

A. DUMAS  
LOS CUARENTA  
Y  
CINCO

27  
CIC  
BIBLIOTECA  
DE LOS  
NOVELISTAS  
V. CH. BOURET



A SUMAS

DE

INGLESITA

DE

LA



PQ2227

Q2

S6

v. 2



1020026352



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LOS

CUARENTA Y CINCO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

Núm. Clas. D886110  
Núm. Autor \_\_\_\_\_  
Núm. Adq. 29994  
Procedencia -8-  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Clasificó [Signature]  
Catalogo \_\_\_\_\_





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

PARÍS — LIBRERÍA É IMPRINTA DE LA V<sup>da</sup> DE CH. BOURET.

LOS

# CUARENTA Y CINCO

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

POR

ALEJANDRO DUMAS.

NUEVA EDICIÓN

TOMO SEGUNDO.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

LIBRERÍA DE LA V<sup>da</sup> DE CH. BOURET

PARÍS  
23, rue Visconti, 23.

MÉXICO  
14, Cinco de Mayo, 14.

1908

PROPIEDAD DEL EDITOR.

29994

098719

843  
9.

PQ 3007  
D2  
S6  
V.2



CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LOS  
CUARENTA Y CINCO.

---

I.

El priorato de los Dominicos.

El priorato con que el rey había recompensado á Gorenflot sus leales servicios, y sobre todo su brillante facundia, estaba situado como á dos tiros de arcabuz de la puerta de San Antonio.

El barrio de este nombre era en aquella época muy frecuentado por la nobleza, pues el rey visitaba con frecuencia el castillo de Vincennes, llamado entonces Bosque de Vincennes.

Algunas casas de campo pertenecientes á personajes de la corte, con encantadores jardines y



magníficos patios, rodeaban por todas partes aquel castillo, sirviendo de citas campestres, de las cuales estaba cuidadosamente excluida la política, á pesar de la manía de discutir que aquejaba á todos los ciudadanos.

De aquellas idas y venidas de la corte resultaba que el camino, proporcionalmente hablando, tenía toda la importancia que ha adquirido en nuestros días el paseo de los Campos Elíseos.

Aquella posición, como puede presumirse, convenía perfectamente al priorato, que se elevaba soberbio á la derecha del camino de Vincennes.

Dicho priorato era un cuadrilátero de edificios, que contenía un extenso patio, en el cual crecían muchos árboles; una huerta detrás de los edificios y una multitud de dependencias que le daban el aspecto de un pueblo de provincia.

Doscientos religiosos dominicos ocupaban sus celdas, situadas en la extremidad del patio paralelo al camino.

En su fachada, cuatro grandes ventanas y un balcón de hierro que las abrazaba completamente, difundían en todas las habitaciones del priorato el aire, la luz y la vida.

Semejante á una ciudad que teme ser sitiada, reunía en sí mismo el priorato todos los recursos que podía necesitar en los territorios tributarios de Charonne, de Montreuil y de Saint-Mandé. Sus pastos mantenían un rebaño que nunca bajaba de cincuenta bueyes y de noventa y nueve carneros, pues las órdenes religiosas, ya fuese por tradición ó por alguna ley escrita, nada podían poseer en cantidad que llegase al número de ciento.

En otro edificio separado se criaban asimismo noventa y nueve cerdos de una especie particular, que con especial cuidado y no con poco amor propio cebaba un tocintero elegido por el mismo don Modesto.

El tal tocintero había merecido aquel alto honor, gracias á las exquisitas salchichas, á las orejas rellenas y á las morcillas encebollinadas que en otro tiempo trabajaba para la hostería del *Guerno de la Abundancia*, porque reconocido don Modesto á los buenos ratos que le proporcionaran aquellos manjares en casa de maese Bonhommet, pagaba de aquel modo las deudas del hermano Gorenflot.

Es inútil hablar de la repostería y de la bodega. La espaldera del jardín, expuesta al aire de Levante

y al sol de Mediodía, proporcionaba alberchigos, melocotones y uvas incomparables: además de esto, un hermano llamado Eusebio, autor del famoso castillo de dulces que el ayuntamiento de París había ofrecido á las dos reinas en el último banquete de ceremonia, preparaba deliciosas conservas de aquellas frutas, y pastas dulces de un mérito indisputable.

En cuanto á la bodega, el mismo Gorenflot se había tomado el trabajo de proveerla vaciando al efecto todas las de Borgoña, porque entre todos los verdaderos mojones pasaba por axioma el principio de que sólo el néctar de aquel departamento podía llamarse vino con toda propiedad.

En aquel priorato, verdadero paraíso de perezosos y glotonos, en aquella habitación suntuosa del primer piso, cuyo balcón daba vista al camino real, es en donde vamos á encontrar á Gorenflot, adornado con su correspondiente papada y con esa especie de venerable gravedad que la costumbre de la quietud y del bienestar comunica á las fisonomías más vulgares.

Ataviado con su manto blanco como la nieve y con su escapulario negro, Gorenflot no tenía tanta

libertad en sus movimientos, como cuando usaba el hábito gris de simple fraile, pero aparecía mucho más majestuoso.

Su mano, semejante á una pierna de carnero, se apoyaba sobre un *in-cuarto* cubriéndole enteramente; sus pies descansaban en un braserillo y sus brazos parecían demasiado cortos para abarcar su vientre.

Acaban de dar las siete y media de la mañana; el prior es el último que ha abandonado el lecho, aprovechándose de la regla que concede al jefe una hora más de sueño que á los demás frailes: pero continúa haciendo del día noche, repantigado en un gran sillón con orejeras y tan blando como un colchón de plumas.

El ajuar del aposento en que nuestro digno prior hosteiza, es más mundano que religioso: una mesa de pies circulares y cubierta con rico tapete, cuadros galantes de religión, mezcla singular de pinturas amorosas y devotas, que sólo dió á luz aquella época, vasos preciosísimos de altar ó de mesa en bellos aparadores, magníficas cortinas de brocado veneciano, más vistosas, no obstante su vejez, que las más preciosas telas modernas; hé ahí el por-



menor de las riquezas que posee don Modesto Gorenflot, por la gracia de Dios, del rey, y sobre todo de Chicot.

Dormía, como hemos dicho, el prior en su cómoda poltrona, en tanto que el sol se presentaba á hacerle su visita cotidiana acariciando con sus dorados resplandores los tonos purpurinos y anacarados del rostro de aquel durmiente.

Abrióse la puerta de la habitación con la mayor suavidad, y entraron dos frailes sin despertar á su superior.

Era el primero un hombre como de treinta á treinta y cinco años, flaco, pálido, y encorvado bajo la flotante túnica de dominico; erguía sin embargo su altiva frente; su mirada, desprendida como un rayo de sus ojos de halcón, daba órdenes antes que su lengua produjese un sonido, y con todo se dulcificaba notablemente por medio de sus largas pestañas blancas que al juntarse hacían resaltar las anchas orejas que las cercaban.

Pero cuando sus pupilas negras brillaban entre aquellas espesas pestañas y el marco salvaje de sus órbitas, semejaban al relámpago que estalla rasgando los pliegues de dos nubes rojizas.

Aquel religioso se llamaba el hermano Borromeo, y hacía tres semanas que era tesorero del convento.

Su compañero podía tener diez y siete ó diez y ocho años; sus ojos eran negros y vivarachos, su fisonomía atrevida, puntiaguda su barba, y su estatura pequeña, aunque proporcionada; iba con las anchas mangas del hábito levantadas y dejaba ver con orgullo dos brazos nervudos, siempre dispuestos á accionar.

— El prior duerme todavía, hermano Borromeo, — dijo el más joven de los frailes al otro. — ¿Le despertaremos?

— Guardémonos de ello, hermano Santiago, — contestóle el tesorero.

— Lástima es, — repuso el primero, — que tengamos un prior tan dormilón, porque hubiéramos podido ejercitarnos esta mañana en el manejo de las armas. ¿Habéis reparado qué hermosas corazas y magníficos arcabuces tenemos?

— ¡Silencio, hermano! — que pueden oiros.

— ¡Qué desgracia! — exclamó el joven religioso dando una patada cuyo ruido ahogó el tapiz.

— Sí, es una verdadera desgracia, porque hace



un tiempo tan precioso, está tan seco el patio, y nos ejercitaríamos en él con tanto gusto, hermano tesorero...

— Es preciso esperar, hermano mío, — dijo el hermano Borromeo con hipócrita humildad desmentida por el fuego de sus miradas.

— Pero ¿por qué no mandáis que se distribuyan las armas? — replicó impetuosamente Santiago levantando las mangas que habían vuelto á cubrir sus brazos.

— ¡Mandar yo!

— Sí, vos.

— Ya sabéis, hermano mío, que yo no mando aquí, — observó Borromeo compungido. — ¿No estáis viendo á nuestro superior?

— Si, en efecto; le veo dormido en su poltrona en tanto que todo el mundo vela, — dijo Santiago con voz menos respetuosa que impaciente. — ¡Vaya un superior!

Y una mirada de soberbia inteligencia procuró penetrar hasta el fondo del corazón del hermano Borromeo.

— Respetemos su rango y su sueño, — añadió éste adelantándose hacia el centro de la estancia,

aunque con tan poca precaución que al pasar derribó un taburete.

Aunque el tapiz amortiguó algún tanto el estrépito causado por la caída de este mueble, como había evitado que se oyese el ruido de la patada del hermano Santiago, don Modesto hizo un movimiento y se despertó.

— ¿Quién está ahí? — exclamó con el tono asustadizo de un centinela medio dormido.

— Señor prior, — respondió el hermano Borromeo, — perdonadnos si hemos turbado vuestra devota meditación; vengo á recibir vuestras órdenes.

— ¡Ah! Buenos días, hermano Borromeo, — dijo Gorenflot inclinando ligeramente la cabeza.

Y después de un momento de reflexión, durante el cual era evidente que acababa de poner en tormento su memoria, añadió guiñando tres ó cuatro veces los ojos:

— ¿Qué órdenes?

— Las que gustéis respecto á las armas y las armaduras.

— ¡Á las armas y á las armaduras! — repitió Gorenflot.

— Sin duda: vuestra señoría ha mandado que se trajesen al convento...

— ¿Y á quién se lo he mandado?

— Á mí.

— ¿Á vos? ¿Yo he pedido armas... yo?

— Sí, señor prior, — insistió Borromeo con firmeza.

— ¡Yo, yo! — gritaba don Modesto con un asombro imposible de describir. — ¿Y cuándo he mandado eso?

— Hace ocho días.

— ¡Ah! sí, hace ocho días... pero, ¿con qué objeto he mandado traer armas?

— Me dijisteis, señor... y estas fueron vuestras mismas palabras: Hermano Borromeo, será muy conveniente que nos procuremos los medios necesarios para armar á nuestros hermanos los frailes, porque los ejercicios gimnásticos desarrollan las fuerzas del cuerpo, así como las exhortaciones piadosas las del alma.

— ¿Dije eso?

— Sí, reverendo prior, y yo, hermano obediente aunque indigno, me he apresurado á cumplir vuestras órdenes haciéndome con las armas necesarias.

— ¡Vaya una cosa extraña! — murmuró Gorenflot; — pues no me acuerdo absolutamente de semejante cosa.

— También añadisteis, reverendo prior, este texto latino: *Militat spiritu, militat gladio*.

— ¡Oh, oh! — exclamó don Modesto abriendo desmesuradamente los ojos. — ¿Conque es verdad que añadí ese texto?

— Tengo buena memoria, reverendo prior, — contestó Borromeo bajando los ojos con modestia.

— Si he dicho eso, — repuso Gorenflot meneando suavemente la cabeza, — consiste, hermano Borromeo, en que he tenido mis motivos particulares para obrar así. En efecto, siempre he opinado que era preciso ejercitar el cuerpo, y cuando era simple fraile también combatía con la palabra y con la espada: *Militat... spiritu...* Muy bien, hermano Borromeo; esa es una inspiración del Señor.

— Voy pues á acabar de cumplir vuestras órdenes, reverendo prior, — dijo Borromeo retirándose con el hermano Santiago, que, temblando de alegría, le tiraba por la punta del hábito.

— Id, — dijo majestuosamente Gorenflot.



— ¡ Ah ! reverendo prior, — añadió el hermano Borromeo volviendo á entrar poco después de haber salido ; — se me olvidaba...

— ¿ Qué ?...

— Que en el locutorio está un amigo de vuestra señoría que desea hablaros.

— ¿ Cómo se llama ?

— Maese Roberto Briquet.

— Maese Roberto Briquet no es amigo, hermano Borromeo, sino un simple conocido.

— Es decir que vuestra reverencia no quiere recibirle.

— Sí, por cierto, sí, sí, — contestó Gorenflot con dejadez ; — ese hombre me distrae, y así decidle que suba.

El hermano Borromeo saludó por segunda vez y salió. En cuanto al hermano Santiago, no había hecho más que precipitarse desde la estancia del prior hasta la habitación en que se hallaban depositadas las armas.

Cinco minutos después volvió á abrirse la puerta de la primera, y se presentó Chicot.

## II.

## Los dos amigos.

Don Modesto Gorenflot no abandonó la devota postura que había tomado.

Chicot atravesó la estancia para acercarse á él.

Lo único que hizo el prior fué inclinar suavemente la cabeza para indicar al recién venido que le había percibido.

Chicot no pareció admirarse de la indiferencia del prior, siguió marchando hasta llegar á cierta distancia del sillón, y saludó :

— Buenos días, señor prior, — dijo.

— ¡Hola! ¿ya estáis aquí, eh? — respondió Gorenflot. — Parece que habéis vuelto á resucitar...

— Eso es decir que me habéis creído muerto.

— Como no os he visto en tanto tiempo...

— He estado sumamente ocupado.

— ¡Ah!

Chicot sabía muy bien que Gorenflot era muy sobrio de palabras cuando no tenía depositadas en el estómago dos ó tres botellas de añejo Borgoña; y como, según todas las probabilidades, en atención á la hora en que con él hablaba, se hallaba todavía en ayunas, eligió un cómodo sillón en el cual se instaló silenciosamente al lado de la chimenea extendiendo sus pies sobre los morillos y recostándose en el blando respaldo de la poltrona.

— ¿Pensáis almorzar conmigo, señor Briquet?

— le preguntó don Modesto.

— Puede que sí, reverendo prior.

— Es preciso que no os incomodéis conmigo, si no puedo acompañaros todo el tiempo que quisiera.

— ¿Y quién diablo os exige vuestro tiempo? Tampoco os he pedido de almorzar, ¡cuerpo de Crispo! al contrario, vos me habéis hecho esa oferta.

— En efecto, señor Briquet, — repuso don Modesto con una inquietud que justificaba la energía de Chicot; — sí, sin duda os lo he ofrecido, pero...

— Pero habéis creído que yo no aceptaría.

— De ninguna manera. ¿Acostumbro acaso á ser cumplimentero, señor Briquet?

— ¡Oh! se acostumbra uno á todo lo que quiere en este mundo, cuando es uno hombre de vuestra superioridad, reverendo prior, — replicó Chicot con aquella sonrisa que le era peculiar.

Don Modesto le miró guiñando los ojos, porque le era imposible adivinar si Chicot quería divertirse á su costa ó si hablaba seriamente.

Chicot estaba ya en pie.

— ¿Por qué os levantáis, señor Briquet? — le preguntó Gorenflot.

— Porque me marcho.

— ¿Y por qué os marcháis después que habéis dicho que almorzaríais conmigo?

— En primer lugar, no he dicho semejante cosa.

— Es verdad, os lo he ofrecido.

— Y he respondido, puede que sí, y esto no es decir si positivamente.

— ¿Ya os enfadáis?



Chicot se echó á reír.

— ¡Enfadarme yo! — dijo. — ¿Y de qué?  
¿De que sois impudente, ignorante y grosero?  
¡Ah, reverendo y querido prior! Hace demasiado  
tiempo que os conozeo para enfadarme contra vuestros  
pequeños defectos.

Herido Gorenflot por esta sencilla observación de  
su huésped, permaneció con la boca y los brazos  
abiertos.

— Adiós, señor prior, — añadió Chicot.

— Vamos, quedaos.

— No puedo detener mi viaje.

— ¡Ah! ¿Estáis de viaje?

— Llevo una misión.

— ¿De quién?

— Del rey.

Gorenflot se abismaba de una reflexión en otra.

— ¡Una misión! — exclamó. — ¡Una misión  
del rey! ¿Luego habéis vuelto á verle?

— Sin duda.

— ¿Y cómo os ha recibido?

— Con entusiasmo, porque, aunque es rey, tiene  
buena memoria.

— ¡Una misión del rey! — murmuraba el prior.

— ¡Y me llama impudente, ignorante y grosero!  
Su corazón se deshinchaba poco á poco, como un  
globo que deja salir el viento que lo sostiene, cuando  
se llena de agujeros.

— Adiós, — repitió Chicot.

Gorenflot se incorporó y detuvo al fugitivo, quien  
sea dicho en honor de la verdad, se dejó contener  
sin gran violencia.

— Vamos, — dijo el prior, — expliquémonos  
francamente.

— ¿Sobre qué?

— Sobre esa susceptibilidad que hoy manifestáis.

— El mismo soy ahora que siempre.

— No.

— Un espejo sencillo y fiel de los hombres con  
quienes estoy.

— No.

— Si os reís, me río; si me miráis con mal gesto,  
pongo una cara de demonio.

— No, no, mil veces no.

— Sí, sí, mil veces sí.

— Pues bien, lo confieso, me habéis encontrado  
distruido.

— ¿De veras?



— ¿No seréis indulgente con un hombre que se entrega á los más penosos trabajos? ¿Tengo por ventura cabeza para tanto, Dios mío? ¿No es este priorato semejante al gobierno de una provincia? Pensad que mando aquí á doscientos hombres, que soy á la vez ecónomo, arquitecto, intendente, y todo esto sin tomar en cuenta mis demás funciones espirituales.

— ¡Oh! En efecto, eso es demasiado para un indigno servidor de Dios.

— Me habláis con mucha ironía, — dijo Gorenflot. — ¿No tenéis ya caridad cristiana, señor Briquet?

— Es decir que en otro tiempo la tenía...

— Se me figura que hay en eso algo de envidia; pero en eso no hacéis bien: acordaos de que la envidia es un pecado mortal.

— ¡Algo de envidia! Decidme, ¿qué es lo que puedo envidiar?

— Apuesto á que estáis diciendo entre dientes: El prior don Modesto Gorenflot sube progresivamente, está en escala ascendente.

— En tanto que yo me encuentro en escala descendente, ¿no es eso? — repuso irónicamente Chicot.

— La causa de eso está en vuestra falsa posición, señor Briquet.

— Señor prior, acordaos del texto del Evangelio.

— ¿De qué texto?

— Del que dice: El que se eleva será humillado, y el que se humilla será elevado.

— ¡Bah! — hizo Gorenflot.

— ¡Buenos estamos! ¡este hereje no cree ya en los textos sagrados! — exclamó Chicot juntando las manos.

— ¡Hereje! — repitió Gorenflot; — herejes lo son los hugonotes.

— Entonces sois un cismático.

— Veamos qué es lo que queréis decir, señor Briquet, porque verdaderamente me estáis deslumbrando.

— Nada, sino que estoy de viaje y que vengo á despedirme de vos.

— Pero no me dejaréis de ese modo.

— Sí, ¡vive Dios!

— ¿Vos?

— Sí, yo,

— ¿Siendo mi amigo?

— En la fortuna no hay amigos.

— ¿Vos, Chicot?

— Yo no soy ya Chicot; vos mismo acabáis de echármelo en cara.

— ¡Yo echároslo en cara! ¿Cuándo?

— Al hablarme de mi falsa posición.

— ¡Echároslo en cara! ¡Ah! qué lenguaje tenéis hoy!

Y el prior inclinó su rolliza cabeza, cuya triple barba quedó confundida en una sola bajo su pescozo de toro.

— Chicot le observaba al soslayo, y le vió ponerse algo pálido.

— Adiós, y no me guardéis rencor por las verdades que os he dicho.

É hizo un movimiento para salir.

— Decidme cuanto queráis, señor Chicot, — replicó don Modesto; — ¡pero no me miréis de ese modo!

— ¡Ah, ah! Es algo tarde.

— Nunca es tarde, y nadie emprende la marcha sin alimentarse; porque ¡qué diablo! no es saludable, según os lo he oído decir veinte veces: por consiguiente, almorcemos.

Chicot estaba resuelto á recobrar de una sola vez todas sus ventajas, y así le contestó:

— No, á fe mía, pues aquí se almuerza muy mal.

Gorenflot había sufrido con algún valor las anteriores embestidas, pero la última le desconcertó enteramente.

— ¿Conque se almuerza mal aquí? — preguntó sin saber lo que decía.

— Al menos es mi parecer, — dijo Chicot.

— ¿No os agradó la última comida que os puse?

— Todavía tengo en el paladar su sabor maldito.

¡Puf!

— Habéis dicho ¡puf! — exclamó Gorenflot alzando las manos al cielo.

— Sí, por cierto, he dicho ¡puf! — respondió Chicot resueltamente.

— Pero ¿por qué? Hablad.

— Porque las chuletas de cerdo estaban enteramente quemadas.

— ¡Oh!

— Porque las orejas rellenas no crujían entre los dientes.

— ¡Oh!



— Porque el capón con arroz no tenía sustancia.

— ¡Justo Dios!

— Porque el guisado tenía mucha grasa.

— ¡Misericordia!

— Porque en el caldo sobrenadaba una especie de aceite que todavía me revuelve el estómago.

— ¡Chicot, Chicot! — dijo suspirando don Modesto, como César, cuando al expirar decía á su asesino: ¡Bruto, Bruto!

— Por otra parte, tampoco podéis acompañarme mucho tiempo.

— ¿Yo?

— Me habéis dicho que os hallabais ocupado. ¿Es cierto ó no? Lo único que os faltaba era ser embustero.

— Es que puedo dejar para otra hora mi ocupación, supuesto que sólo se trata de recibir á una solicitante.

— Pues bien, recibidla.

— No, no, mi querido Chicot, y eso que me ha enviado cien botellas de vino de Sicilia.

— ¿Cien botellas de vino de Sicilia?

— Á pesar de todo, no quiero recibirla, aun

cuando probablemente es una gran señora, porque no quiero recibir hoy más que á mi amigo Chicot. Quiere ser mi hija de confesión esa dama; pero, si lo exigís, le negaré mis consejos espirituales, aconsejándole que busque otro director.

— ¿Sois capaz de hacer eso?

— Sí, por almorzar en vuestra compañía, por reparar mis anteriores faltas.

— vuestras faltas nacen de vuestro orgullo, don Modesto.

— Amigo mío, me humillaré.

— Y de vuestra insolente pereza.

— Chicot, Chicot, desde mañana mortificaré mi cuerpo, mandando el ejercicio á todos los religiosos de esta santa casa.

— ¿Qué significa eso? ¿Qué ejercicio? ¿El del tenedor?

— El ejercicio de armas.

— ¡De armas!

— Sí, y cuidado que cansan mucho las voces de mando.

— Pero, ¿mandáis el ejercicio de armas á los Dominicos?

— Hasta ahora no; pero lo mandaré.

- ¿Desde mañana ?
- Desde hoy, si lo exigís.
- ¿ Y quién demonios ha discurrido eso ?
- Según parece yo mismo.
- ¡ Vos ! Imposible.
- Como lo ois ; yo he dado las órdenes convenientes al hermano Borromeo.
- ¿ Qué casta de pájaro es ese ?
- ¡ Ah ! Es verdad que no le conocéis.
- Pero ¿ quién es ?
- El tesorero de la comunidad.
- ¿ Y como tienes, belitre, un tesorero á quien yo no conozco ?
- Está aquí desde vuestra última visita.
- ¿ De dónde ha venido ?
- Me lo ha recomendado el cardenal de Guisa.
- ¿ En persona ?
- No, por medio de una carta.
- ¿ Será por ventura una especie de Milano que he encontrado en la portería ?
- El mismo.
- ¿ El que me ha anunciado ?
- Sí
- ¡ Oh, oh ! ¿ Y qué méritos tiene el tal teso-

rero para que el cardenal de Guisa te lo haya recomendado tanto ?

- Es tan matemático como Pitágoras.
- ¿ Y con él habréis arreglado, señor prior, esa farsa de ejercicio de armas ?
- Sí, amigo mío.
- Es decir que os ha propuesto armar á los frailes...
- No, no, señor Chicot; la idea es mía, me pertenece enteramente.
- ¿ Con qué objeto habéis tenido esa idea ?
- Con el objeto de armar á los frailes.
- ¡ Afuera orgullo, pecador endurecido ! porque el orgullo es un pecado mortal : no es vuestra semejante idea.

— Mía ó suya... ciertamente no puedo deciros á cuál de los dos ha ocurrido. Pero... no hay duda, me ha ocurrido á mi, y aun recuerdo que con tal motivo pronuncié un texto latino muy prudente y de gran mérito.

Chicot se acercó al prior.

- ¿ Vos pronunciasteis un texto latino, querido prior ? — preguntó Chicot ; — ¿ y os acordáis de él ?



— *Militat spiritu...*

— *Militat spiritu, militat gladio.*

— ¡ Eso es ! ¡ eso es ! — exclamó don Modesto con entusiasmo.

— Vamos, vamos, no cabe justificarse con más gracia que lo hacéis, don Modesto ; os perdono.

— ¡ Ah ! — exclamó Gorenflot enternecido.

— Sois siempre mi amigo, mi mejor amigo.

Gorenflot se enjugó una lágrima.

— Pero, almorcemos, y seré indulgente con el almuerzo.

— Escuchad, — dijo Gorenflot con entusiasmo, — voy á mandar decir al hermano cocinero que si no nos presenta un almuerzo regio, le mando encerrar en un calabozo.

— Sí, decidsele, sois aquí el amo, mi querido prior.

— Y descorcharemos algunas botellas de la penitente.

— Yo os auxiliaré con mis luces, amigo mío.

— ¡ Dejadme abrazaros, Chicot !

— ¡ No me ahoguéis, y hablemos !

### III.

#### El almuerzo.

Gorenflot no tardó en dar sus órdenes, pues si, como él decía, el digno prior estaba en la escala ascendente, lo estaba con especialidad en lo concerniente á los pormenores de una buena comida y los progresos de la ciencia culinaria.

Don Modesto mandó llamar al hermano Eusebio, el cual compareció no ante su prior, sino ante su juez ; pues por el modo con que le habían llamado



— *Militat spiritu...*

— *Militat spiritu, militat gladio.*

— ¡ Eso es ! ¡ eso es ! — exclamó don Modesto con entusiasmo.

— Vamos, vamos, no cabe justificarse con más gracia que lo hacéis, don Modesto ; os perdono.

— ¡ Ah ! — exclamó Gorenflot enternecido.

— Sois siempre mi amigo, mi mejor amigo.

Gorenflot se enjugó una lágrima.

— Pero, almorcemos, y seré indulgente con el almuerzo.

— Escuchad, — dijo Gorenflot con entusiasmo,

— voy á mandar decir al hermano cocinero que si no nos presenta un almuerzo regio, le mando encerrar en un calabozo.

— Sí, decidsele, sois aquí el amo, mi querido prior.

— Y descorcharemos algunas botellas de la penitente.

— Yo os auxiliaré con mis luces, amigo mío.

— ¡ Dejadme abrazaros, Chicot !

— ¡ No me ahoguéis, y hablemos !

### III.

#### El almuerzo.

Gorenflot no tardó en dar sus órdenes, pues si, como él decía, el digno prior estaba en la escala ascendente, lo estaba con especialidad en lo concerniente á los pormenores de una buena comida y los progresos de la ciencia culinaria.

Don Modesto mandó llamar al hermano Eusebio, el cual compareció no ante su prior, sino ante su juez ; pues por el modo con que le habían llamado

adivinó que ocurría alguna cosa extraordinaria concerniente á él en la celda del reverendo prior.

— Hermano Eusebio, — dijo Gorenflot con voz severa, — escuchad lo que os va á decir el señor Roberto Briquet, mi amigo. Parece que os vais descuidando. Hemos oído hablar de incorrecciones graves en vuestra última pepitoria, y de una fatal negligencia en cuanto al crujido que deben hacer las orejas bien fritas. ¡ Cuidado, hermano Eusebio ! ¡ Cuidado ! Un solo paso en el mal camino arrastra todo el cuerpo.

El hermano cocinero se sonrosó y palideció sucesivamente, y balbució una excusa que no fué admitida.

— ¡ Basta ! — dijo Gorenflot.

El hermano Eusebio se calló.

— ¿ Qué tenéis hoy para almorzar ? — preguntó el reverendo prior.

— Huevos revueltos con crestas de gallo.

— ¿ Qué más ?

— Hongos rellenos.

— ¿ Y luego ?

— Cangrejos compuestos con vino de Madera.

— Todo eso es bueno para limpiar los dientes,

pero necesitamos algo sólido, algún plato fuerte: vamos, hablad.

— Si queréis un buen jamón con alfóneigos...

— ¡ Puf ! — dijo Chicot.

— Perdonad, — añadió Eusebio con timidez: — está cocido en vino seco de Jerez; además he tenido el cuidado de mecharlo con adobo de vaca conservado en aceite de Aix, de modo que con la grasa de dicha vaca se come la parte magra del jamón, y con la gorda de éste la del adobo.

Gorenflot aventuró una mirada dirigida á Chicot, acompañándola con un gesto de aprobación.

— No me parece mal, — dijo. — ¿ Y á vos, señor Roberto ?

Chicot hizo un gesto medio satisfactorio.

— ¿ Y después ? — preguntó de nuevo el prior.

— ¡ Qué más tenéis aún ?

— Se puede acomodar una anguila en un instante.

— Dios me libre de ella, — dijo Chicot.

— Se me figura, señor Briquet, — repuso el hermano Eusebio animándose poco á poco, — que podréis probarla, sin que os pese luego.

— ¿ Pues qué tiene de particular ?



— ¡Oh! Crio yo anguilas de un modo bastante raro.

— ¡Oh, oh!

— En efecto, — añadió Gorenflot, — parece que los Romanos ó los Griegos, pues no me acuerdo bien, en fin, un pueblo de Italia era el que criaba las lampreas del mismo modo que Eusebio: éste lo ha leído en un autor antiguo llamado Suetonio, que escribió mucho de cocina.

— ¿Qué es eso, hermano Eusebio? — exclamó Chicot: ¿conque dais á vuestras anguilas cadáveres humanos por alimento?

— Nada de eso, señor; hago picadillo de los intestinos y los higados de la gallinas, de las perdices, de los conejos y demás, añado un poco de tocino, hago de todo eso una especie de relleno y se lo echo á mis anguilas, que, en el agua dulce renovada sobre menuda arena, se ponen gordas en un mes y al mismo tiempo se alargan prodigiosamente. La que serviré hoy al señor prior, por ejemplo, pesa nueve libras.

— Entonces es un culebrón, — dijo Chicot.

— Se tragaba de un bocado un pollo de seis días.

— ¿Y cómo la habéis de sazonar?

— Sí, ¿cómo la habéis de sazonar? — repitió el prior.

— Después de bien dorada con manteca de anchoas y envuelta en una capa fina de pan rallado, la colocaré con cuidado y delicadeza en las parillas por espacio de diez segundos, y en seguida os la presentaré con una salsa de aceite, ajo, perejil y pimienta.

— Sí, pero esa salsa...

— ¡Oh! será de aceite de Aix batido con jugo de limón y mostaza.

— ¡Exquisito! — exclamó Chicot.

El hermano Eusebio respiró.

— Ahora faltan los platos de dulce, — observó oportunamente Gorenflot.

— Ya inventaré alguno que sea de vuestro agrado, reverendo prior.

— Bien, bien, allá lo veremos, pero haceos digno de nuestra confianza.

— ¿Puedo ya retirarme? — preguntó Eusebio saludando.

El prior consultó á Chicot.

— Que se retire, — dijo éste.

— Retiraos y enviadme al padre despensero.

Eusebio saludó de nuevo y salió de la habitación.

El hermano despensero ocupó su lugar, y recibió órdenes no menos precisas para el almuerzo.

Dos minutos después los dos amigos, arrellanados en cómodas butacas delante de una mesa cubierta con un mantel finísimo de blanco lino, parecían amenazarse como dos duelistas, con los tenedores y cuchillos de que estaban armados.

Aquella mesa, capaz para seis personas, estaba llena con el servicio, porque el despensero había amontonado en ella botellas de formas y rótulos diferentes.

Fiel Eusebio á su programa, acababa de enviar los huevos revueltos, los cangrejos y los hongos, que perfumaban el aposento con un delicioso olor de criadillas de tierra y de manteca fresca, como la crema de tomillo y el vino de Madera.

Chicot se abalanzó al almuerzo como un hambriento, y el prior, por el contrario, como hombre que desconfía de sí mismo, de su convidado y del cocinero.

Después de algunos segundos devoraba Gorenflot, al paso que Chicot no hacía más que observar.

Dieron principio por el vino del Rhin; en seguida pasaron al de Borgoña de 1550; hicieron luego una excursión á las botellas de otra bodega, cuya fecha parecía antediluviana; vaciaron algunas copas de Saint-Perey, y por último saborearon el néctar de la nueva hija de confesión.

— ¿Qué decis de esto? — preguntó Gorenflot, después de haberlo probado tres veces antes de pronunciarse.

— Oscurillo es, pero también ligero, — contestó Chicot. — ¿Y cómo se llama vuestra penitente?

— No la conozco.

— ¡Cómo! ¿ignoráis su nombre?

— Sí: nos tratamos por medio de embajadores.

Chicot cerró los ojos, como para saborear una copa de vino entre la lengua y el paladar antes de tragarlo, aunque entre en realidad para reflexionar.

— ¿Conque es decir, — exclamó en seguida, — que tengo el honor de almorzar en compañía del general en jefe de un ejército?

— ¡Oh! ¡Dios mío! Sí, sí.

— ¿Y suspiráis al decir eso?

— Es cargo muy penoso.

— Cierto, pero también noble y distinguido.



— ¡ Oh ! soberbio, pero no puedo conseguir que se guarde silencio en el coro... Como que antes de ayer me vi precisado á suprimir un plato en el refectorio.

— ¡ Suprimir un plato ! ¿ Y por qué ?

— Porque muchos de mis mejores soldados, pues debo hacerles esta justicia, tuvieron el atrevimiento de creer que no les bastaba el postre de uivate de Borgoña que se les da todos los viernes.

— ¡ Conque insuficiente ! ¿ Y en qué se fundaban ?

— En qué á pesar del postre tenían hambre, por lo cual pedían tajadas de carne magra, ó pescado, como cercetas, langostas ó salmón. ¿ Qué os parece de esos engullidores ?

— Nada de extraño tiene que estén hambrientos, si se entregan á ejercicios violentos.

— ¡ Y en qué consiste el mérito ? Comer bien y trabajar mucho son cosas que todo el mundo puede hacer. ¡ Qué diablo ! Es necesario que los hombres sepamos ofrecer al Señor nuestras privaciones, — prosiguió el digno prior ensartando una enorme lonja de jamón y sepultándola en una fuente llena de gelatina, de la cual no había hablado el her-

mano Eusebio, por no creerla digna de figurar en el programa del almuerzo.

— Bebed, Modesto, bebed, — le dijo Chicot, — pues de lo contrario vais á atragantaros ; casi tenéis un color cárdeno que...

— De indignación, amigo mío, — le interrumpió el prior vaciando su vaso que contenía más de un cuartillo.

Chicot esperó á que diese fin á su enorme libación, y al verle dejar el vaso en la mesa, le dijo :

— Acabemos vuestra historia, porque me interesa sobre manera. ¿ Conque les privasteis de un plato, porque dijeron que no tenían bastante ?

— Por supuesto.

— No deja de ser ingenioso el castigo.

— Y sobre todo hizo su efecto, y tanto que creí verlos amotinados ; sus ojos despedían chispas, y castañeteaban sus dientes.

— Tenían hambre los pobres diablos, — dijo Chicot. — ¿ Qué habían de hacer ?

— ¿ Conque tenían hambre ?

— Pues es claro.

— ¿ Lo creéis así ?



— Estoy seguro de ello.

— Pues bien; yo observé esa noche un hecho singular que recomendaré al análisis de la ciencia. Por lo pronto di al hermano Borromeo las órdenes convenientes acerca de la supresión del referido plato, y al notar los síntomas de la rebelión, prohibí asimismo el vino.

— ¿Y luego? — preguntó Chicot.

— Para coronar la obra, mandé hacer por segunda vez el ejercicio, pues quería destruir á todo trance la hidra revolucionaria, como lo ordenan los salmos: no ignoráis aquello de *Cabis poriabis diaconem*. ¡Eh! ¿Qué tal? Supongo que no lo habéis olvidado.

— *Proculcabis draconem*, — observó Chicot echando de beber al prior.

— *Draconem*.... eso es, eso mismo.... ¡Bravo! Y á propósito de dragón, probad esta anguila que está diciendo: cómeme. ¡Oh! Es bocado delicioso.

— Gracias; apenas puedo respirar, pero seguid, seguid adelante.

— ¿Qué he de seguir?

— Vuestro hecho singular.

— ¿Qué hecho? Ya no me acuerdo.

— El que queréis recomendar al examen de los sabios.

— ¡Ah! Ya caigo.

— Y ya escucho.

— Prescribí, como he dicho, segundo ejercicio para la tarde, y por Dios vivo que esperaba encontrar extenuados, medio muertos á esos tunos; por lo mismo había preparado un sermón magnífico sobre este texto: *El que come mi pan*.....

— Pan seco, — dijo Chicot.

— ¡Eso es, pan seco! — exclamó Gorenflot, dilatando con una risa de ciclope sus robustas quijadas. — ¡Oh! Hubiera desenvuelto mi tema, y aun de antemano me reía solo de la ocurrencia por espacio de una hora, cuando en seguida me encontré en el patio delante de un tropel compuesto de mocetones animosos y forzudos que saltaban como langostas: hé aquí la ilusión que quiero someter á la ilustración de los sabios.

— Veamos esa ilusión.

— Apeataban á vino como demonios.

— ¿Á vino? Es decir que el hermano Borromeo os hizo traición.

29994

— ¡Oh! tengo mucha confianza en él, porque es la obediencia pasiva en persona: estoy seguro de que si yo se lo ordenase, se arrojaría á un horno ardiendo.

— Hé ahí lo que es el ser un mal fisonomista, — dijo Chicot rascándose la nariz; — yo he formado de ese fraílucos una opinión diametralmente contraria.

— Es muy posible, y sin embargo, yo conozco á fondo el carácter de mi Borromeo, como te conozco á ti, Chicot, — añadió don Modesto, que iba siendo comunicativo á medida que se emborrachaba.

— ¿Y dices que apestaban á vino?

— ¿Quién? ¿Borromeo?

— Hombre, no, tus frailes.

— Como cubas, sin contar que todos estaban colorados como cangrejos: esta fué la primera observación que hice á Borromeo.

— ¡Bravo!

— Es que yo no me duermo.

— ¿Y qué te contestó?

— Una cosa muy sutil.

— Ya lo creo.

— Que el apetito demasiado vivo produce los mismos efectos que la satisfacción de ellos.

— ¡Já! ¡Já! ¡Já! En efecto, eso es tan sutil como dices, ¡cuerpo de Crispo! ¿Sabes que tu Borromeo es un hombre que lo entiende? Ya no extraño que tenga los labios tan delgados y tan afilada la nariz. Y en fin, ¿te convenció?

— Completamente, como vas á convencerte tú: pero acércate un poco más, porque me cuesta algún trabajo moverme.

Chicot se aproximó y Gorenflot hizo de su mano una especie de trompetilla acústica que aplicó al oído de su amigo.

— Acaba, — dijo éste.

— Voy á reasumirlo todo. ¿Te acuerdas, Chicot, del tiempo en que éramos jóvenes?

— Me acuerdo.

— De aquel tiempo en que nos hervía la sangre, cuando los deseos impuros...

— ¡Prior! ¡Prior! — exclamó el casto Chicot.

— Figúrate que habla Borromeo, y yo sostengo que tiene razón. ¿No producía entonces el apetito muchas veces las ilusiones de la realidad?

Chicot soltó tan violentas carcajadas, que la mesa



con todas las botellas empezó á temblar como la cubierta de un buque.

— Perfectamente, — exclamó al mismo tiempo; — voy á ponerme bajo la dirección del hermano Borrromeo, y después que me entere bien de sus teorías, os pediré un favor, reverendo padre.

— Y yo te lo concederé, Chicot, así como todo cuanto desees y yo pueda. Dime por lo mismo qué favor será ese.

— Que me concedáis únicamente por ocho días el cargo de ecónomo del convento.

— ¡Y qué harás con eso?

— Alimentaré al hermano Borrromeo con sus teorías, y le presentaré un plato y un vaso vacíos, diciéndole: Podéis apetecer con toda la fuerza de vuestra hambre y de vuestra sed un pavo relleno con setas y una botella de vino de Chambertin; pero, ¡cuidado con emborracharos! ¡cuidado con que pesquéis una indigestión, hermano filósofo!

— ¡Conque no crees en los milagos que produce al apetito?

— ¡Bah! ¡bah! Yo creo lo que creo; pero dejemos á un lado las teorías.

— Corriente, dijo Gorenflot; — vayan al demonio, y hablemos de realidades.

Y Gorenflot colmó su vaso.

— Brindo, — añadió, — por aquel tiempo que antes me has recordado, y por nuestros festines en la hostería del *Cuerno de la Abundancia*.

— Ya creía que habías olvidado todo eso, reverendo amigo.

— Profano, todo eso se oculta bajo la majestad de mi posición, pero á solas... ¡Oh! ¡por vida del diablo! yo soy siempre el mismo.

Y Gorenflot comenzó á entonar su canción favorita, á pesar de las señas para que callase, que le hacía Chicot:

Cuando al borrico desatan,

Endereza las orejas;

El vino espumoso salta,

Si destapan la botella.

Pero al fraile que se ve

Libre de estrecha clausura,

Nadie excede en liviandad,

Nadie iguala en travesura.

— ¡Calla, desdichado! — dijo Chicot, — si

viene por aquí el hermano Borromeo, creará que hace un mes que no has comido ni bebido.

— Si viniese el hermano Borromeo, cantaría conmigo.

— No lo creo.

— Pues yo sí.

— Vamos, déjame en paz, y responde á mis preguntas.

— Habla.

— Si apenas me das tiempo... ¡Borracho!

— ¡Cómo! ¡Borracho yo!!!

— Vamos: resulta de esos ejercicios de armas que tu convento se ha convertido en un verdadero cuartel.

— Eso es, tienes razón, amigo mío, en un cuartel: el jueves último... no... sí... ¿era el jueves?... sí el jueves... Espera un poco... no sé ciertamente si fué el jueves...

— Lo mismo me da el jueves que el viernes; adelante.

— Cierto: lo principal es el hecho y no la fecha, ¿eh? Pues, señor, el jueves ó el viernes encontré en los claustros dos novicios que se batían al sable,

acompañados de sus correspondientes padrinos, que se disponían á hacer otro tanto.

— ¿Y qué providencia tomaste?

— Mandé que me llevasen unas disciplinas para azotar á los novicios, que al punto huyeron; pero Borromeo...

— ¡Ah! ah! ¡Otra vez Borromeo!

— Sí, por supuesto.

— ¿Qué hizo Borromeo?

— Les echó el guante y los puso á disciplinazos como nuevos, de tal modo, que todavía están los pobres en cama.

— Quiero ver sus espaldas para apreciar debidamente el vigor del brazo del hermano Borromeo.

— ¡Vaya! ¡vaya! ¡Incomodarnos ahora en ver otras costillas que no sean las de carnero! Ea, come, come dulce de melocotón.

— No por cierto: ¡caramba! estoy reventando.

— Pues bien; bebe al menos.

— Tampoco, porque tengo que andar mucho.

— ¡Y qué! ¿Crees por ventura que yo me he de quedar quieto aquí? Sin embargo, ya ves que bebo.

— ¡Oh! Tú puedes hacerlo, y por otra parte,



para dar las voces de mando, se necesita fuerza en los pulmones.

— Bien ; pero te convidó con un vaso de este licor digestivo, cuya composición sólo conoce Eusebio.

— Acepto.

— Es tan eficaz, que aun cuando uno coma á reventar, tiene hambre á las dos horas.

— Magnífica receta para los pobres. ¿ Sabes que si yo fuese rey, mandaría que cortasen la cabeza á Eusebio ? Su licor es capaz de destruir una nación entera... Pero ¿ qué demonios es eso ?

— Sin duda empieza el ejercicio.

En efecto, oíase distintamente gran estrépito de armas y de armaduras hacia el patio.

— ¿ Sin el jefe ? — dijo Chicot. — Hé aquí unos soldados indisciplinados, según parece.

— ¿ Sin mí ? Imposible, — replicó el prior, —

No sabes que yo los mando y los instruyo ? La prueba de ello es que ya siento los pasos del hermano Borromeo que viene á recibir mis órdenes.

En efecto, Borromeo se presentó casi al mismo

tiempo, dirigiendo á Chichot una mirada oblicua y rápida como la flecha traidora del Parto.

— ¡ Oh ! oh ! murmuró Chicot entre dientes ; — esa mirada te ha vendido.

— Señor prior, — dijo el hermano tesorero, — sólo á vos esperamos para dar principio á la revista de armas y de corazas.

— ¡ Corazas ! ¡ Hola ! hola ! — pensó Chicot : — entiendo, entiendo.

Y se levantó con prontitud.

— Quiero que asistáis á nuestras maniobras, — dijo Gorenflot poniéndose también en pie, como si fuese una mole de mármol con piernas ; — dadme el brazo, amigo mío y veréis maravillas.

— No hay duda que el reverendo prior es un táctico profundo, — repuso Borromeo examinando la imperturbable fisonomía de Chicot.

— Don Modesto es hombre superior en todo, — observó éste inclinándose.

Y añadió para su sayo :

— Juguemos limpio, aguilucho mío, porque aquí hay un milano que puede arrancarte las plumas.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 2625 MONTERREY, MEXICO

IV.

**El hermano Borromeo.**

Cuando Chicot, sosteniendo al reverendo prior, llegó por la escalera principal al patio del priorato, se presentó á su vista un espectáculo exactamente igual al de un gran cuartel en toda su actividad.

Los frailes, divididos en dos compañías de á cien hombres cada una, aguardaban, descansando sobre las alabardas, las picas ó los mosquetes, la presencia de su comandante.

Como unos cincuenta de los más fuertes y celosos, tenían cubiertas sus cabezas con caseos y celadas, y de un cinturón ceñido á sus riñones perdía una



larga espada, de modo que no les faltaba más que rodela para parecerse á los antiguos Medos, ó los párpados de los ojos arremangados para parecerse á los modernos Chinos.

Otros ostentaban con orgullo corazas combadas, sobre las que se complacían en golpear con sus manoplas.

Otros, en fin, cubiertos de brazaletes y grebas, se ejercitaban en dar movimiento á las juntas de sus brazos y piernas, privados de elasticidad por aquellas armaduras parciales.

El hermano Borromeo tomó un casco de manos de un novicio, y se lo acomodó con un movimiento tan pronto y tan regular como hubiera podido hacerlo un *reitre* (1) ó un *lansquenet* (2).

Mientras que ataba sus carrilleras, Chicot no separaba la vista del casco, sonriéndose al mismo tiempo, y dando vueltas alrededor de Borromeo para admirarlo en todas sus faces.

Hizo aun más; se acercó al tesorero, y pasó la mano por una de las desigualdades del yelmo.

(1) Antiguos soldados de caballería alemana.

(2) Criados que acompañaban á los reitres y que después formaron unas milicias mercenarias.

— Tenéis un magnífico almete, hermano Borromeo, — dijo, — ¿en dónde lo habéis comprado, querido prior?

Gorenflot no pudo responderle, porque en aquel momento le estaban poniendo una coraza resplandeciente, que, aunque bastante espaciosa para hospedar al Hércules de Farnesio, oprimía dolorosamente las carnosas ondulaciones del digno prior.

— ¡No apretéis tanto, con mil diablos! — exclamaba Gorenflot; — no apretéis tanto, porque me vais á ahogar. ¡Basta, basta!

— Creo que preguntabais al reverendo prior en dónde había comprado mi yelmo, — dijo Borromeo á Chicot.

— En efecto, se lo preguntaba al reverendo prior, y no á vos, — respondió Chicot, porque presumo que en este convento, como en los demás, no se hace nada sino por orden del superior.

— Tenéis razón, — dijo Gorenflot, — nada se hace aquí sin mi orden. — ¿Qué es lo que preguntabais, querido señor Briquet?

— Preguntaba al hermano Borromeo si sabía de dónde le venía este casco.

— Hacía parte de una porción de armaduras

que el reverendo prior ha comprado ayer para uso del convento.

— ¡Yo! — exclamó Gorenflot.

— Vuestra señoría recordará que ha mandado traer aquí muchos cascos y corazas; y se han ejecutado sus órdenes.

— Es verdad, es verdad, — dijo Gorenflot.

— ¡Cuerpo de Crispo! — dijo para sí Chicot. — ¡Conque mi casco tiene tanto apego á su dueño, que después de haberlo dejado yo mismo en el palacio de Guisa, viene como un perro perdido á buscarme al priorato de los Dominicos?

En aquel momento, á una señal del hermano Borromeo, se alinearon los frailes y guardaron silencio.

Chicot se sentó en un banco para presenciar con comodidad las maniobras.

Gorenflot se mantuvo á plomo sobre sus piernas como sobre dos poste.

— ¡Atención! — dijo en voz baja el hermano Borromeo.

Don Modesto desenvainó un sable gigantesco, y blandiéndolo en el aire, gritó con estentórea voz:

— ¡Atención!

— Puede que vuestra reverencia se fatigue si manda el ejercicio, — dijo entonces el hermano Borromeo con mucha dulzura; — esta mañana no os hallabais bueno, y si gustáis cuidar vuestra preciosa salud, yo mandaré hoy el ejercicio.

— Con mucho gusto, — dijo don Modesto; — en efecto me siento mal... me ahogo... mandad por mí.

Borromeo se inclinó; y como hombre acostumbrado á aquel género de consentimiento, fué á colocarse al frente de los frailes.

— ¡Qué servidor tan complaciente! — dijo Chicot. — Ese jaquetón es una alhaja.

— ¡Cuando yo te lo decía!... Es excelente, — dijo don Modesto.

— Estoy seguro de que todos los días te hace el mismo obsequio, dijo Chicot.

— Por supuesto, todos los días. Es sumiso como un esclavo, y no hago más que reprenderle su empeño en obsequiarme con sus atenciones. La humildad no consiste en la servidumbre, — añadió sentenciosamente Gorenflot.

— De suerte que, en resumidas cuentas, nada tienes que hacer aquí, y puedes dormir á pierna suelta, puesto que el hermano Borromeo vela por ti.



— ¿Quién lo duda?

— Hé ahí lo que yo quería saber, — dijo Chicot fijando toda su atención en Borromeo.

Era maravilloso el ver al tesorero semejante á un caballo de batalla enderezarse bajo la armadura.

Sus dilatados ojos lanzaban fuego, su brazo vigoroso imprimía á la espada movimientos tan exactos, que se le hubiera tenido por un maestro de esgrima instruyendo á un pelotón de soldados. Cada demostración de Borromeo la repetía Gorenflot añadiendo:

— Tiene razón el hermano Borromeo; y eso mismo es lo que yo os he enseñado: acordaos de mi lección de ayer: vamos, pasad el arma de una mano á otra, sostened bien esas lanzas, el hierro á la altura de la vista. ¡ Marcialidad, por san Jorge! ¡ Firmeza! Media vuelta á la izquierda es exactamente lo mismo que media vuelta á la derecha, pero quiere decir todo lo contrario.

— ¡ Por vida de Brios! — dijo Chicot, — ya veo que explicas las cosas á las mil maravillas.

— ¡ Oh! Sí, sí, — le contestó Gorenflot acariaciándose la triple barba; — entiendo bastante bien el manejo de armas, gracias á Dios.

— Y tienes en Borromeo un excelente discípulo.

— Ha llegado á comprenderme, pues es hombre muy aventajado.

Los frailes ejecutaron la carrera militar, especie de maniobra que á la sazón estaba en boga, el pase de armas, el de espada, el de lanza, y varios ejercicios de fuego.

Cuando llegó esta última prueba, dijo el prior á Chicot:

— Ahora verás á mi Santiaguillo.

— ¿ Qué es eso de tu Santiaguillo?

— Un hermoso joven que he destinado cerca de á persona, porque á un exterior tranquilo reúne una mano vigorosa y la viveza de la ardilla.

— ¿ Verdaderamente? ¿ Y dónde se encuentra ese joven de tanto mérito?

— Espera, espera que voy á mostrártelo; mírale, mírale allí; es aquel que empuña el mosquete y se prepara á disparar antes que los demás.

— ¿ Y tira bien?

— Puedo asegurarte que no se le escapa un noble á cien pasos de distancia.

— Pues, señor, es un ganapán muy á propósito para ayudar á misa, pero... calla... si digo...

— ¿ Qué?

— Me parece... no, no...

— ¿Conoces por ventura á Santiaguillo?

— No por cierto.

— Sin embargo, creías conocerle.

— Á la verdad, me parecía haberle visto en cierta iglesia un día, ó mejor dicho una noche en que yo estaba metido dentro de un confesonario. Pero me equivocaba, pues no es él.

Debemos declarar que las palabras de Chicot no estaban acordes con lo que sentía, pues era demasiado fisonomista para que olvidara un rostro que hubiese visto una sola vez.

En tanto que sin darse cuenta de ello llamaba la atención del prior y de su amigo, Santiaguillo, como le llamaba Gorenflot, cargaba en efecto un mosquete pesado y tan largo como su cuerpo; en seguida se colocó á cien pasos del blanco, y tendiendo hacia atrás la pierna derecha con precisión militar, se echó el arma á la cara y apuntó.

Salió el tiro casi al mismo tiempo, y la bala dió en el centro del blanco, habilidad que aplaudieron con entusiasmo todos los frailes.

— ¡Por vida mía que es un buen tiro! — dijo Chicot, — y hé ahí un mozo que promete.

— Muchas gracias, caballero, contestó Santiago, cuyas mejillas pálidas se pusieron encendidas de placer.

— Manejas muy bien el arma, querido, — replicó Chicot.

— Ya veis, sin embargo, que estoy aprendiendo.

Y dejando á un lado el mosquete, después de la prueba de destreza que acababa de dar, cogió una lanza y ejecutó un molinete con gran satisfacción de Chicot, quien hizo de nuevo mil elogios de su maestría.

— ¡Oh! La espada es sobre todas el arma en que más sobresale, — dijo don Modesto: — todos los inteligentes le tienen por un maestro consumado, aunque es verdad que el tuno tiene jarretes de hierro, puños de acero, y no hace más que jugar la espada desde la mañana hasta la noche.

— ¡Bien, bien! Veamos eso, — dijo Chicot.

— ¿Queréis conocer por vos mismo su destreza? preguntó Borromeo.

— Quisiera al menos tener una prueba de ella, — respondió Chicot.

— Es que aquí, — añadió el tesorero, — sólo



yo tal vez soy capaz de habérmelas con él. ¿ Sois algo fuerte en el manejo ?

— ¡ Cá ! No soy más que un pobre paisano, — respondió Chicot encogiéndose de hombros ; — es verdad que en otro tiempo sabía manejar mi tizona como cualquier otro, pero lo que es en el día me tiemblan las piernas, mi brazo vacila, y mi cabeza no conserva la seguridad necesaria.

— Con todo, se me figura que manejáis aún el arma, — dijo Borromeo.

— Un poco, — respondió Chicot lanzando á Gorenflot una mirada que le hizo pronunciar sonriendo el nombre de Nicolás David.

Pero Borromeo no percibió aquella sonrisa, ni oyó aquel nombre, y con una sonrisa llena de tranquilidad mandó que trajeran dos floretes y las caretas de esgrima.

Santiaguillo rebotando de alegría bajo su exterior frío y sombrío, levantó su hábito hasta las rodillas y aseguró sus sandalias sobre la arena, haciendo una llamada.

— No lo dudéis, — dijo Chicot como quien no era fraile ni soldado, — hace algún tiempo que no manejo el florete ; os ruego, hermano Borromeo, á

vos que todo sois músculos y tendones, que deis la lección al hermano Santiago. ¿ Lo permitis, querido prior ? — preguntó á éste Chicot.

— ¡ No sólo lo permito, sino que lo mando ! — respondió en tono declamatorio el prior, encantado siempre que podía encajar esta última palabra.

Borromeo se quitó su casco, Chicot se apresuró á alargar las manos para recibirlo, y una vez en su poder, pudo su antiguo dueño comprobar de nuevo su identidad ; luego, mientras que él hacía ese examen, el tesorero se levantaba su hábito sujetándolo á la cintura, y se preparaba al combate.

Todos los frailes, animados del espíritu de corporación, formaron un círculo alrededor del discípulo y del maestro.

Gorenflot se inclinó al oído de su amigo, y le dijo sencillamente :

— Tan divertido es esto como cantar visperas.

— ¿ Eh ?

— Eso es lo que aseguran los soldados de caballería ligera, — contestó Chicot con la misma sencillez.

Los dos combatientes se pusieron en guardia : Borromeo, flaco y nervioso, tenía la ventaja de la

estatura y la que proporcionan la serenidad y la experiencia.

En cuanto á Santiago, sus ojos parecían centellas, y un sonrosado febril animaba las mejillas de su rostro.

Poco á poco iba desapareciendo la máscara religiosa de Borromeo, que, con el florete tendido, y arrastrado por la acción belicosa de la lucha, se transformaba en guerrero; acompañaba sus embestidas con exhortaciones, consejos ó reprimendas, pero casi siempre el vigor, la rapidez y los arranques de Santiago triunfaban de su maestro, y el hermano Borromeo recibía sendos botonazos en medio del pecho.

Chicot devoraba con la vista aquel espectáculo y contaba los botonazos.

Cuando concluyó el asalto, ó más bien, cuando los tiradores hicieron una pausa; Santiago ha dado seis botonazos, — dijo Chicot; — y el hermano Borromeo nueve. Eso es muy bueno de parte del discípulo, pero no es bastante de parte del maestro.

Una llama, desapercibida por todos menos por Chicot, brilló en los ojos de Borromeo, y reveló un nuevo rasgo de su carácter.

— ¡ Bueno ! — pensó Chicot; — es orgulloso.

— Señor, — replicó Borromeo con una voz que le costó mucho trabajo endulzar, — el ejercicio de las armas es muy rudo para todos, y con especialidad para unos pobres frailes como nosotros.

— No importa, — dijo Chicot resuelto á sacar de sus casillas al maestro Borromeo; — el maestro no debe sacar menos de una mitad de ventaja á su discípulo.

— ¡ Cáspita, señor Briquet ! — exclamó Borromeo pálido y mordiéndose los labios: — muy absoluto me parecéis.

— ¡ Bueno ! ¡ es colérico ! — pensó Chicot; — dos pecados mortales; dicen que basta uno para perder á un hombre: tengo ventaja.

Luego en voz alta :

— Y si Santiago tuviese más serenidad, — continuó, — estoy seguro de que haría el juego tablas.

— No lo creo así, — dijo Borromeo.

— Pues yo lo creo, y estoy seguro de ello.

— El señor Briquet, que sabe tirar, — dijo Borromeo con un tono amargo, — podría muy bien probar por sí mismo la fuerza de Santiago; entonces estaría en el caso de apreciarla mejor.



— ¡Yo? Soy ya viejo, — respondió Chicot.

— Sí, pero diestro, — dijo Borromeo.

— ¡Ah! ¡Conque te burlas! — dijo para sí Briquet. — ¡Aguarda, aguarda! Pero, — continuó en voz alta, — hay una cosa que quita mucho valor á mi observación.

— ¿Cuál es?

— Que estoy seguro de que el hermano Borromeo, como digno maestro, ha dejado por complacencia que Santiago le diese botonazos.

— ¡Oh! oh! — exclamó Santiago á su vez frunciendo el entrecejo.

— Aseguro que no, — respondió Borromeo reprimiéndose, aunque interiormente exasperado; — cierto que quiero mucho á Santiago, pero no le echo á perder con esas complacencias.

— Es extraño, — dijo Chicot como hablando consigo mismo; — lo había creído así, perdonad.

— Pero, con mil santos, vos que tanto habláis, señor Briquet, haced la prueba, — dijo Borromeo.

— ¡Oh! No, me intimidáis, — respondió Chicot.

— No tengáis cuidado, — dijo Borromeo; — que ya se os tendrá indulgencia; pues son conocidas las leyes de la Iglesia.

— ¡Pagano! — murmuró Chicot.

— Vamos, señor Briquet, un asalto nada más.

— Prueba, prueba, — dijo Gorenflot.

— No os haré daño, — dijo Santiago tomando á su vez el partido de su maestro, y deseando dar también su canilada; — tengo la mano muy suave.

— ¡Pobre criatura! — murmuró Chicot dirigiendo al joven fraile una inexplicable mirada que terminó en una sonrisa.

— Vamos, — añadió, — supuesto que todos le desean...

— ¡Bravo! ¡bravo! — gritaron los interesados con el apetito del triunfo.

— Sólo que os prevengo, — dijo Chicot, — que no acepto más que tres embestidas.

— Como gustéis, señor, — respondió Santiago.

Y levantándose lentamente del banco en que estaba sentado, Chicot apretó su ropilla, se metió su guante de esgrima, y se sujetó la careta con la agilidad de una tortuga que atrapa moscas.

— Si no le das una buena soba, — dijo Borromeo al oído de Santiago, té prevengo que no vuelvo á tirar contigo.

Santiago hizo un movimiento de cabeza acompañado de una sonrisa que quería decir :

— Perded cuidado, maestro.

Chicot, siempre con la misma lentitud y circunspección, se puso en guardia, tendiendo sus largos brazos y zancas, que, por un milagro de precisión, dispuso de manera que no se percibiese su enorme resorte y su incalculable desarrollo.

v.

La Lección.

La esgrima, en aquella época de que no sólo tratamos de referir los acontecimientos, sino de pintar también sus costumbres, no era lo que es hoy. Las espadas eran de dos filos, y se hería con ellas casi tantas veces de corte como de punta. Además, armada la mano izquierda de una daga, era á la vez defensiva y ofensiva, resultando de ahí una multitud de heridas ó de arañazos, que en un combate real eran un poderoso motivo de excitación. Quelus, á pesar de que perdía su sangre por diez y ocho



Santiago hizo un movimiento de cabeza acompañado de una sonrisa que quería decir :

— Perded cuidado, maestro.

Chicot, siempre con la misma lentitud y circunspección, se puso en guardia, tendiendo sus largos brazos y zancas, que, por un milagro de precisión, dispuso de manera que no se percibiese su enorme resorte y su incalculable desarrollo.

v.

La Lección.

La esgrima, en aquella época de que no sólo tratamos de referir los acontecimientos, sino de pintar también sus costumbres, no era lo que es hoy. Las espadas eran de dos filos, y se hería con ellas casi tantas veces de corte como de punta. Además, armada la mano izquierda de una daga, era á la vez defensiva y ofensiva, resultando de ahí una multitud de heridas ó de arañazos, que en un combate real eran un poderoso motivo de excitación. Quelus, á pesar de que perdía su sangre por diez y ocho

heridas, se mantenía aun en pie, seguía combatiendo, y no hubiera caído, si una décimonona herida no le hubiera postrado en cama, de la que sólo salió para el sepulcro.

La esgrima, traída de Italia en la infancia del arte, consistía en aquella época en una multitud de evoluciones que hacían perder considerablemente el puesto al tirador y debían encontrar, en un terreno elegido por casualidad, mil obstáculos en las desigualdades de éste.

Chicot no parecía haber aprendido la esgrima en aquella escuela; al contrario, cualquiera hubiera dicho que había presentado el arte verdadero, cuya superioridad, y particularmente cuya gracia, consistía en la agilidad de las manos y en la inmovilidad casi completa del cuerpo. Se puso en guardia recto, y firme sobre ambas piernas, con una muñeca flexible y nervuda á la vez, con una espada que parecía un flexible junco, desde la punta hasta la mitad de la hoja, y que era de incontrastable acero desde la empuñadura hasta dicha mitad.

Á los primeros quites, viéndose Santiago que se las había con un hombre de bronce cuya muñeca era la única parte de su cuerpo que parecía ani-

mada, experimentó una impaciencia terrible, que no produjo en Chicot otro efecto que el de recoger su brazo y su pierna al menor descubierto que le dejaba el manejo de su adversario, descubiertos que eran frecuentes, en razón de la costumbre de atacar de corte y de punta. Á cada vez que se descubría, el brazo de Chicot se alargaba tres pies, y daba rectamente en el pecho de su adversario un botonazo tan metódico como si lo dirigiese una máquina y no un órgano de carne incierto y desigual.

Santiago, á cada botonazo que sentía, daba un salto hacia atrás con los ojos inflamados de cólera y de emulación.

Por espacio de diez minutos desplegó todos los recursos de su agilidad prodigiosa; lanzábase á su contrario como un gato montés, enroscábase como una culebra, se deslizaba bajo el pecho de Chicot, saltaba á derecha é izquierda; pero este último, fiado en su propia calma y en la longitud de su brazo, elegía ocasiones favorables, y al mismo tiempo que se separaba de su cuerpo el florete del fraile imprimía el terrible botón en el punto que quería.

El hermano Borromeo estaba pálido y sentía



hervir en su pecho todas las pasiones que poco antes le habían excitado.

En fin, Santiago se abalanzó por última vez sobre Chicot, que al verle sin el aplomo debido, se presentó en descubierto para obligarle á partir á fondo. Santiago cayó en el lazo, atacó con furor, y Chicot con un quite vigoroso y diestro, separó al pobre discípulo de la línea de equilibrio de tal modo, que no pudo sostenerse y cayó.

Inmóvil Chicot como una roca, permaneció en su puesto.

El hermano Borromeo se mordió los dedos hasta hacerse sangre, y le dijo :

— Por cierto, caballero, que nos habéis hecho saber que sois un maestro de esgrima consumado.

— ¡ Eh, eh ! — exclamó Gorenflot, atónito pero triunfante por un sentimiento de amistad fácil de comprender. — Si nunca sale...

— Soy un pobre diablo, — añadió Chicot : — ¿ cómo queréis que el obscuro Roberto Briquet merezca la calificación que le dais ? Me confundís, señor tesorero.

— Pero no hay duda, — repuso éste, — que es

preciso haberse ejercitado mucho para manejar la espada como vos.

— En efecto, — dijo Chicot con la mayor naturalidad, — he manejado la espada algunas veces, y al manejarla siempre he observado una cosa.

— ¿Cuál ?

— Que para el que tiene la espada en la mano, el orgullo es muy mal consejero, y la cólera un auxiliar sumamente perjudicial. Ahora escuchadme, hermano Santiago ; vuestra muñeca es buena, pero os faltan piernas y cabeza ; sois ligero, pero no reflexionáis. En el manejo de la espada deben considerarse tres cosas esenciales : en primer lugar la cabeza, después la mano y luego las piernas ; con la primera puede un hombre defenderse, con la primera y la segunda puede vencer, y si reúne las tres cosas, vencerá siempre.

— ¡ Ah, caballero ! — le dijo Santiago, dad un asalto con el hermano Borromeo, porque nos haréis pasar un rato delicioso.

Chicot iba á rehusar con desdén aquella proposición, pero reflexionó que esto sería conceder al orgulloso tesorero una ventaja sobre él.

— Con mucho gusto, — respondió, — si el her-

mano Borromeo consiente en ello, estoy á sus órdenes.

— De ninguna manera, — replicó el tesorero, — porque me venceríais, y más quiero confesarlo que hacer la prueba.

— ¡Oh, qué modesto, qué amable! — exclamó Gorenflot.

— Te engañas, — le dijo al oído el implacable Chicot; — es un loco vanidoso; si á mi en su edad se me hubiese presentado una ocasión semejante, hubiera pedido de rodillas la lección que Santiago acaña de recibir.

Y diciendo y haciendo recobró su joroba, volvió á aparecer con sus piernas torcidas y su mucca eterna, y se sentó de nuevo en el banco.

Santiago le siguió, pues la admiración podía más en él que la vergüenza de la derrota.

— Os suplico que me deis lecciones, señor Roberto, — le dijo, — pues me figuro que el reverendo prior lo permitirá. ¿Es cierto?

— Sí, hijo mío, con mucho gusto, — le contestó Gorenflot.

— Yo no quiero enmeadar la plana á vuestro

profesor, amigo mío, — repuso Chicot saludando á Borromeo.

— ¡Oh! No soy el único maestro de Santiago, — dijo el tesorero, — porque hay otro que enseña también en el convento el manejo del arma; por consiguiente, no habiendo sido el honor exclusivamente mío, tampoco puede serlo su vencimiento.

— ¿Y quién es el otro profesor? — se apresuró á preguntar Chicot, conociendo por el semblante de Borromeo que éste acababa de cometer una imprudencia.

— Ninguno, ninguno, — respondió Borromeo.

— Sí tal, sí tal, — replicó Chicot; — le he oído perfectamente. ¿Quién es el otro maestro, Santiago?

— ¡Ah! Ya me acuerdo, — añadió Gorenflot; — aquel hombrecillo grueso que me habéis presentado, hermano Borromeo, y que suele venir algunas veces; buena catadura tiene por cierto, y bebe regularmente.

— No recuerdo ya su nombre, murmuró Borromeo.

Al oír esto el hermano Eusebio, se acercó con



sencillez con su cuchillo pendiende del cinturón y la risa en los labios, diciendo:

— Yo lo sé, yo lo sé perfectamente.

Borromeo le hizo multiplicadas señas, pero no reparó en ellas, y añadió:

— Se llama maese Bussy-Leclerc, y ha sido maestro de esgrima en Bruselas.

— ¡Hola! ¡hola! — exclamó Chicot. ¡Maese Bussy-Leclerc! ¡Buena espada á fe mia!

Y al hablar de este modo con toda la naturalidad de que era capaz, no perdía de vista las furibundas miradas que el hermano Borromeo dirigía al malaventurado charlatán.

— ¡Toma! — observó Gorenflot; — pues tampoco sabía yo que se llamase Bussy-Leclerc; sin duda se han olvidado de informarme de esa circunstancia.

— Se me figuraba que su nombre no podría interesar á vuestra reverencia, — dijo Borromeo.

— Efectivamente, — añadió Chicot, — ¿Qué importa que se llame Juan ó Pedro? Lo que interesa es que instruya bien á sus discípulos.

— Es verdad, es verdad, refunfuñó Gorenflot; — lo principal es que sepa su obligación.

Dicho esto, se dirigió á la escalera que conducía á su cuarto acompañado de la admiración general de los frailes.

Al pie de la escalera reiteró Santiago su demanda á Chicot con visible disgusto de Borromeo, pero Chicot le dijo:

— No sé enseñar, amigo mío, pues me he formado yo solo por medio de la reflexión y de la práctica: haced como yo, porque vuestro mismo empeño os sacará adelante.

Borromeo mandó entonces una evolución, y todos los frailes se fueron á sus respectivos aposentos. Gorenflot se apoyó en el brazo de Chicot, y subió majestuosamente la escalera.

— Me parece, — dijo con orgullo, que tenemos un convento enteramente adieto al servicio del rey, y útil para algo. ¿Eh?

— ¡Ira de Dios! Ya lo creo, contestó Chicot: — se ven buenas cosas en esta santa casa.

— Pues todo se ha hecho en un mes... ¿Qué digo? En menos de un mes.

— ¿Y lo habéis hecho vos?

— Yo, yo solo, como lo veis.

— Es mucho más que lo que yo esperaba, amigo mío; y cuando vuelva de mi misión...

— Es verdad, querido amigo; hablemos de eso.

— Con tanto mayor gusto, cuanto que debe enviar al rey un mensaje, ó más bien un mensajero, antes de mi partida.

— ¡Al rey! ¡un mensajero al rey! ¿Luego estás en correspondencia con el rey?

— En correspondencia directa.

— ¿Y dices que necesitas un mensajero?

— Sí.

— ¿Quieres enviar á alguno de mis frailes? ¡Oh! Sería grande honor para el convento el que uno de nuestros hermanos viese al rey.

— Seguramente.

— Pues bien; voy á poner á tus órdenes las mejores piernas del priorato; pero cuéntame, Chicot, cómo ha sido que el rey, que te creía muerto...

— Ya te dije que sólo me proponía resucitar cuando fuese necesario.

— ¿Y has resucitado para entrar en favor?

— ¡Oh! Mucho mayor que antes.

— Es decir, que bien podrás enterar al rey de todo cuanto hacemos aquí por su propio interés.

— No dejaré de hacerlo, amigo mío, puedes estar seguro de ello.

— ¡Querido Chicot! — exclamó el buen prior creyéndose ya obispo.

— Pero antes tengo que pedirte dos cosas.

— Habla.

— En primer lugar algún dinero, que el rey te devolverá.

— ¿Dinero? — dijo Gorenflot levantándose con precipitación: — afortunadamente tengo atestados los cofres...

— Eres feliz, ¡por Dios vivo!

— ¿Quieres mil escudos?

— No, no, querido amigo; eso es demasiado, y yo soy modesto en mis gustos y humilde en mis deseos; el título de embajador no me ensoberbece, y más bien lo oculto que hago ostentación de él. Cien escudos me bastarán.

— Aquí los tienes. ¿Qué más?

— Un escudero.

— ¿Un escudero?

— Sí; para que me acompañe, porque soy muy aficionado á la sociedad.

— ¡Ay, caro amigo! — murmuró Gorenflot arro-



jando un suspiro. — ¡ Si yo estuviese libre como en otro tiempo !

— Sí, pero no lo estás.

— La grandeza me tiene encadenado.

— No puede poseerse todo á la vez, y ya que no puedo contar con tu amable compañía, mi muy querido prior, me contentaré con la del hermano Santiaguillo.

— ¡ Santiaguillo !

— Sí, me agrada mucho ese mozaivete.

— Y tienes razón, Chicot ; es joven de provecho, y creo que hará fortuna.

— Por lo pronto voy á llevarle á doscientas cincuenta leguas de aquí si convienes en ello.

— Dispón de él á tu gusto.

El prior tiró de una campanilla, y al punto se presentó un lego.

— Que suban el hermano Santiago y el encargado de las comisiones del convento en la ciudad.

Diez minutos después estaban los dos en el aposento del prior.

Santiago, — dijo éste, — voy á daros una comisión extraordinaria.

— ¿ Á mí, reverendo padre ? — preguntó el joven admirado.

— Sí ; debéis acompañar en un largo viaje al señor Roberto Briquet.

— ¡ Oh ! — exclamó el hermano con un entusiasmo salvaje. — ¡ Yo de viaje con el señor Briquet ! ¡ Yo al aire libre por ese mundo ! Señor Roberto Briquet, nos ejercitaremos todos los días en el manejo de armas, ¿ no es verdad ?

— Sí, hijo mío.

— ¿ Y podré llevar mi arcabuz ?

— Lo llevarás.

Santiago dió un salto enorme, y desapareció del aposento dando gritos de alegría.

— En cuanto á la comisión para la ciudad, — dijo Gorenflot á Chicot, — puedes dar tus órdenes á ese otro fraile : acercaos, hermano Panurgo.

— ¡ Panurgo ! — murmuró Chicot, en quien este nombre despertó recuerdos que no estaban exentos de dolor. — ¡ Panurgo !...

— ¡ Ah !... — dijo Gorenflot, — he elegido á este hermano, que se llama como el otro, para que haga exactamente lo mismo que aquél hacía.

— Luego nuestro antiguo amigo está fuera de servicio...

— Ha muerto... ha muerto...

— ¡ Ah ! — exclamó Chicot compadecido ; — el hecho es que debía hacerse viejo.

— Diez y nueve años, amigo... sólo tenía diez y nueve años.

— Es un caso de longevidad sorprendente, — observó Chicot ; — sólo un convento puede ofrecer ejemplos semejantes.

## VI.

## La penitente.

Panurgo, así llamado por el prior, se presentó al punto.

Por cierto que no era por su configuración moral ó física por lo que había sido elegido para reemplazar á su difunto homónimo, porque jamás cara más inteligente había sido deshonrada por la aplicación de un nombre de asno.

Á lo que el hermano Panurgo se asemejaba era á un zorro, en sus ojillos, su nariz puntiaguda y sus quijadas salientes.



— Luego nuestro antiguo amigo está fuera de servicio...

— Ha muerto... ha muerto...

— ¡ Ah! — exclamó Chicot compadecido; — el hecho es que debía hacerse viejo.

— Diez y nueve años, amigo... sólo tenía diez y nueve años.

— Es un caso de longevidad sorprendente, — observó Chicot; — sólo un convento puede ofrecer ejemplos semejantes.

## VI.

## La penitente.

Panurgo, así llamado por el prior, se presentó al punto.

Por cierto que no era por su configuración moral ó física por lo que había sido elegido para reemplazar á su difunto homónimo, porque jamás cara más inteligente había sido deshonrada por la aplicación de un nombre de asno.

Á lo que el hermano Panurgo se asemejaba era á un zorro, en sus ojillos, su nariz puntiaguda y sus quijadas salientes.

Chicot le miró un instante, y en aquel corto tiempo pareció haber apreciado en lo que valía al mensajero del convento.

Panurgo se quedó humildemente cerca de la puerta.

— Acercaos, señor correo, — le dijo Chicot;

— ¿conocéis al Louvre?

— Sí, señor, — respondió Panurgo.

— ¿Y conocéis en el Louvre á un tal Enrique de Valois?

— ¿Al rey?

— No podré deciros si efectivamente es el rey, — dijo Chicot; — pero, en fin, así es como acostumbra llamarle.

— ¿Es al rey á quien queréis enviarme con una comisión?

— Precisamente; ¿le conocéis?

— Mucho, señor Briquet.

— Pues pediréis que os permitan hablarle.

— ¿Y me dejarán entrar?

— Hasta el cuarto del ayuda de cámara, sí; vuestro hábito es un pasaporte; pues, como sabéis, S. M. es muy religioso.

— ¿Y qué he de decir al ayuda de cámara de S. M.?

— Que vais de parte de la Sombra.

— ¿De qué sombra?

— La curiosidad es un defecto muy feo, hermano.

— Perdonad.

— Le diréis, pues, que vais de parte de la Sombra.

— Está bien.

— Y que vais por la carta.

— ¿Por qué carta?

— ¿Volvemos á las andadas?

— ¡Ah! perdonad, no me acordaba.

— Reverendo padre, — dijo Chicot dirigiéndose á Gorenflot; — decididamente me gustaba más el otro Panurgo.

— ¿Es eso todo lo que tengo que hacer? — preguntó el correo.

— Añadiréis que la Sombra le aguarda, siguiendo poco á poco el camino de Charentón.

— Entonces ¿debo ir á buscaros en ese camino?

— Perfectamente.

Panurgo se dirigió hacia la puerta y levantó la

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO



mampara para retirarse, pero le pareció á Chicot que al ejecutar este movimiento había descubierto á alguno escuchando.

Por lo demás, la mampara se cerró tan rápidamente, que Chicot no tuvo tiempo para cerciorarse si era una realidad ó una visión lo que acababa de figurarse.

La sutil penetración de Chicot le condujo casi á la certeza de que el que escuchaba era precisamente el hermano Borromeo.

— ¡ Ah ! ¡ Estás escuchando ! — se dijo interiormente ; — tanto mejor, porque en tal caso no te faltará tu ración.

— ¡ Conque al fin, — dijo Gorenflot, — el rey te ha honrado con una misión, querido amigo ?

— Sí ; con una misión confidencial.

— Se me figura que debe tener relación con la política.

— Á mí también.

— ¡ Pues que ! ¡ Ignoras la misión que llevas ?

— Sé que llevo una carta ; hé aquí todo.

— ¡ Algún secreto de Estado sin duda ?

— Creo que sí.

— ¡ Y no sospechas cuál sea ?

— ¡ Estamos bastante solos para que te diga lo que pienso ?

— Puedes hablar lo que quieras ; además, yo soy una tumba para guardar un secreto.

— Pues bien, el rey se ha decidido á socorrer al duque de Anjou.

— ¡ Es cierto ?

— Como que el señor de Joyeuse ha debido marchar ya de Paris con ese objeto.

— ¡ Y tú, amigo mio ?

— Yo voy hacia la frontera de España.

— ¡ Y cómo piensas viajar ?

— ¡ Toma ! Como otras veces ; á pie, á caballo, en carreta, según se me proporcione.

— Santiago te servirá de mucho en el camino, y has hecho muy bien en elegirle. ¡ Oh ! ya tiene letra menuda el picarillo.

— Confieso que me agrada mucho.

— Y eso hubiera bastado para que yo te lo cediese, amigo mio ; pero, por otra parte, creo que te guardará perfectamente las espaldas en caso de ataque.

— Por todo te doy las gracias ; y ya sólo me resta decirte adiós.

— ¡ Adios!... Adios!!...

— Pero ¿ qué demonios haces ?

— Voy á echarte la bendición.

— ¡ Bah ! Entre nosotros es ceremonia inútil.

— Dices bien : esto se queda para las personas extrañas.

Y los dos amigos se abrazaron con ternura.

— ¡ Santiago ! — gritó el prior — ¡ Santiago !

Panurgo asomó entre la puerta y la mampara su rostro de gurduña.

— ¡ Cómo ! ¿ Todavía estáis aquí ? — exclamó Chicot.

— ¡ Ah ! Perdonad.

— Partid al momento, porque el señor Briquet tiene mucha prisa, — dijo Gorenflot. — ¿ En dónde está Santiago ?

El hermano Borromeo se presentó á su vez con el semblante tranquilo y la sonrisa en los labios.

— ¿ Y el hermano Santiago ? repitió el prior.

— El hermano Santiago ha partido, — contestó el tesorero.

— ¡ Cómo es eso ! — repuso Chicot

— ¡ Pues no habéis manifestado deseos de que fuese un mensajero al Louvre ?

— Había elegido al efecto al hermano Panurgo, — dijo Gorenflot.

— ¡ Ah, qué torpe soy ! — dijo Borromeo dándose un golpe en la frente ; — habia creído que era Santiago el encargado de esa comisión.

Chicot arrugó el entrecejo ; pero el pesar de Borromeo aparentaba ser tan sincero y natural, que le pareció cruel echarle una reprimenda.

— Esperaré, — respondió, — hasta la vuelta de Santiago.

Borromeo se inclinó frunciendo el gesto.

— Á propósito, — dijo, — se me olvidaba anunciar al reverendo padre prior, y aun para eso he subido, que la dama desconocida acaba de llegar y que desea le concedáis audiencia.

Chicot prestó la mayor atención á estas palabras.

— ¿ Está sola ? — preguntó Gorenflot.

— Con un escudero.

— ¿ Es joven ?

Borromeo bajó púdicamente los ojos.

— Bueno ; también hipócrita, — pensó Chicot.

— En efecto, aun parece joven, — murmuró el tesorero.



— Amigo mío, — observó Gorenflot acercándose al falso Roberto Briquet, — ya comprendes...

— Sí, sí, comprendo bien y te dejo, — replicó Chicot; — quiere decir que te aguardaré en otro aposento ó en el claustro.

— ¡ Gracias, gracias, querido amigo !

— De aquí al Louvre hay mucha distancia, caballero, — dijo el hermano Borromeo, — y el hermano Santiago puede acaso tardar mucho, y más si atendemos á que la persona á quien le enviáis no se determinará tal vez á dar una carta tan importante á un joven.

— Esa reflexión viene demasiado tarde, hermano Borromeo.

— ¡ Como nada sabía !... Si se me hubiese confiado...

— ¡ Está bien, está bien ! Iré poco á poco hacia Charentón ; el mensajero, sea quien fuere, me encontrará en el camino.

Y diciendo y haciendo se dirigió hacia la escalera.

— No vayáis por ahí, caballero, os lo suplico, — dijo vivamente Borromeo, — porque la dama desconocida sube por ese lado y desea no encontrar alma viviente.

— Tenéis razón, dijo Chicot sonriéndose, — bajaré por la escalerilla.

Y entró por una puerta que comunicaba con un gabinete interior.

— Y yo, — repuso Borromeo, — voy á tener el honor de introducir á la penitente en la estancia del reverendo padre prior.

— Eso, eso, — dijo Gorenflot.

— ¿ Sabéis el camino, señor Briquet ? — preguntó á éste Borromeo.

— Perfectamente, — respondió Chicot desapareciendo en el gabinete.

Á continuación de éste había otro aposento, y al fin de él estaba la escalerilla secreta.

Chicot no había mentido ; conocía el camino, pero quedó desorientado en el aposento.

Y esto consistía en que había sufrido una variación completa desde la última visita de Chicot, pues de pacífico que era se había convertido en belicoso ; las paredes estaban cubiertas de armas, las mesas y consolas de sables, espadas y pistolas, en todos los ángulos se veían montones de mosquetes y de arcabuces.

Chicot se detuvo un instante en el aposento, porque tenía necesidad de reflexionar.

— Me ocultan á Santiago, me ocultan á la dama, me hacen salir por escaleras secretas para que quede expedita la principal; todo esto quiere decir que desean alejarme del frailecillo y de la dama.

Ahora bien; en buena estrategia, debo hacer precisamente lo contrario de lo que quieren que haga.

En consecuencia, aguardaré á que llegue Santiago, y me colocaré de modo que pueda ver la dama misteriosa.

¡Hola, hola! Hé aquí una cota de malla flexible, fina y de un temple soberbio.

Y levantó la cota para examinarla.

— Precisamente, — prosiguió diciendo, — buscaba yo una que fuese tan fina como una seda; ésta es demasiado estrecha para el prior, y cualquiera diría que se ha hecho para mí: la tomaré por lo tanto prestada á don Modesto, y se la devolveré cuando concluya mi viaje.

Chicot acomodó al punto la cota debajo de la ropilla, y apenas había ajustado la última agujeta,

cuando apareció Borromeo en el umbral de la puerta.

— ¡Oh, oh! ya vuelves otra vez... — murmuró Chicot, — pero llegas un poco tarde.

Y cruzando sus largos brazos é inclinándose hacia atrás, hizo Chicot como que admiraba los trofeos de la habitación.

— ¿Busca el señor Roberto Briquet alguna arma que pueda convenirle? — preguntó Borromeo.

— ¡Yo, amigo mío! — contestó Chicot. ¿Y para qué quiero yo el arma?

— ¡Oh! cuando uno sabe servirse de ella con tanto acierto....

— No es más que teoría, querido hermano; teoría y nada más: un pobre paisano como yo puede conservar alguna firmeza en sus brazos y piernas; pero lo que le falta, lo que le faltará siempre es el corazón de un soldado: el florete no se encuentra del todo mal en mi mano; pero podéis creer que Santiago me haría huir desde aquí á Charentón con la punta de su espada.

— Puede ser, contestó Borromeo convencido por el tono natural y sencillo de Chicot, quien, en honor de la verdad, debe decirse que acababa de ponerse



más jorobado, más torcido y más bizeo que nunca.

— Además, añadió Chicot, — me suele faltar la respiración, habréis reparado que apenas puedo partir á fondo, porque mis piernas son execrables, lo cual constituye mi mayor defecto.

— Debo haceros observar, sin embargo, que ese defecto es mucho mayor para viajar que para batirse.

— ¡ Ah ! ¿ conque sabéis que viajo ? — replicó Chicot con indiferencia.

— Panurgo me lo ha dicho, — contestó Borromeo poniéndose enceso como un aseua.

— Pues no deja de ser graciosa la ocurrencia, porque no me acuerdo haber hablado de semejante cosa con Panurgo ; pero en fin, importa poco, y no tengo necesidad de ocultarlo. Sí, hermano mío ; voy á emprender un viajecillo hacia mi país, en el cual poseo algunos bienes.

— ¿ Sabéis, señor Briquet, que vais á honrar mucho al hermano Santiago ?

— ¿ Haciendo que me acompañe ?

— Sí, y haciendo que vea al rey.

— Ó á su ayuda de cámara, porque es probable que Santiago no llegue á la estancia del primero.

— ¿ Conque tenéis relaciones en el Louvre ?

— ¡ Oh ! Muchísimas ; como que soy quien abastece al rey y á los jóvenes señores de la corte de medias bien tupidas.

— ¿ Al rey ?

— Ya era parroquiano mío cuando sólo se llamaba duque de Anjou. Á su vuelta de Polonia se acordó de mí, nombrándome abastecedor de la corte.

— Tenéis un magnífico conocimiento, señor Briquet.

— ¿Cuál ? ¿ El de S. M ?

— Sí.

— No todos dicen lo mismo, hermano Borromeo.

— ¡ Ya ! los de la Liga.

— Casi todos pertenecen hoy poco ó mucho á ella.

— Vos no debéis ser muy adicto, á lo que creo. ®

— ¿ Yo ? ¿ Y por qué ?

— Cuando se conoce personalmente al rey...

— ¡ Bah ! ¡ bah ! Yo tengo mi política como los demás hombres.

— Pero vuestra política está en armonía con la del rey.

— No lo aseguréis mucho, porque casi siempre estamos disputando.

— ¿Y cómo, siendo así, os confía una misión?

— Una comisión querréis decir.

— Misión ó comisión ¿qué más da? ambas revelan confianza.

— ¡Oh! Todo lo que necesita el rey es que yo sepa tomar bien mis medidas.

— ¿Vuestras medidas?

— Es claro.

— ¿Medidas políticas ó financieras?

— ¡Cá! Medidas de vestidos.

— ¡Cómo! — exclamó Borromeo estupefacto.

— Sin duda, ahora vais á comprenderme.

— Ya os escucho.

— El rey ha ido hace poco en peregrinación á Nuestra Señora de Chartres.

— En efecto: para que el cielo le dé un heredero.

— Precisamente. ¿Y sabéis que existe un medio para obtener el resultado que el rey desea?

— En todo caso, parece que él no emplea ese medio.

— ¡Hermano Borromeo! — exclamó Chicot.

— ¿Qué?

— No ignoráis que se trata de obtener por medio de un milagro, y no de otro modo un heredero de la corona.

— ¿Y de quién se espera ese milagro?

— De Nuestra Señora de Chartres.

— ¡Ah! ¡ah! Ya recuerdo la historia de la camisa.

— ¡Bien, bien! eso es: el rey se ha apoderado de la camisa de la Virgen y se la ha dado á la reina, y ahora quiere devolverle en cambio un manto semejante al de Nuestra Señora de Toledo, que, según dicen, es el más rico que existe en el mundo.

— De modo que vos os dirigis...

— Á Toledo, querido Borromeo, á Toledo para tomar las medidas del mencionado manto y encargar otro igual.

Borromeo quedó pensativo, no sabiendo si debía prestar fe á las palabras de Chicot.

Debemos presumir que nada creyó de cuanto acababa de oír, después de haber dudado largo rato.

— Ya podéis juzgar, — añadió Chicot, haciendo como que no conocía lo que pasaba en el corazón

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"  
1925 MONTERREY, MEXICO



del hermano tesorero; — ya podéis juzgar cuán agradable debe ser para mí en estas circunstancias la compañía de un ministro del altar. Pero el tiempo urge, y el hermano Santiago no puede tardar mucho: por otra parte, voy á esperarle afuera, por ejemplo, en la Cruz Faubin.

— Creo que haréis bien, — dijo Borromeo.

— Espero que tendréis la bondad de advertírselo cuando llegue.

— Con mucho gusto.

— ¿Y me lo enviaréis?

— Sin la menor tardanza.

— Mil gracias, hermano Borromeo; no sabéis cuánto celebro el haberos conocido.

Los dos se saludaron, y Chicot bajó por la escalera secreta; Borromeo echó inmediatamente los cerrojos á la puerta.

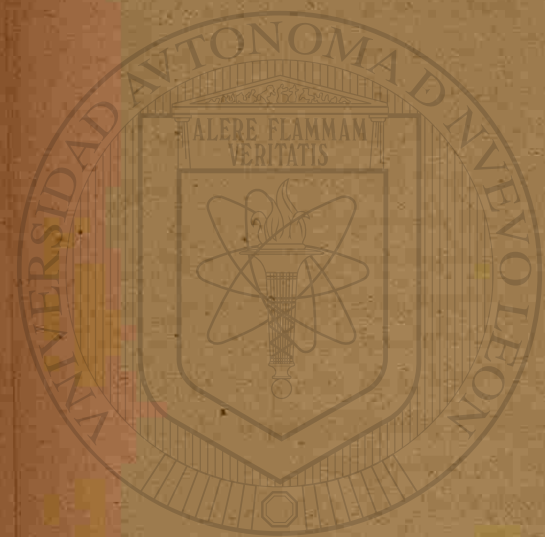
— Vamos, vamos, — dijo el primero, — ya conozco que, según parece, es de gran importancia que yo no vea á la dama: por consiguiente, es preciso verla.

Y á fin de ejecutar su proyecto, salió del priorato de los Dominicos á vista de todos, y habló un momento con el hermano portero, dirigiéndose en

seguida hacia la Cruz Faubin por medio del camino.

Pero una vez llegado á ella, desapareció entre el ángulo de la pared de una granja, y conociendo que desde allí podía desafiar á todos los argos del prior, aun cuando tuviesen, como Borromeo, ojos de halcón, se deslizó poco á poco arrimado á los edificios, siguió por el foso un vallado de forma circular, y llegó sin ser sentido hasta un seto de ojaranzos bastante espeso que se extendía precisamente hasta enfrente del convento.

Llegado á ese punto que le presentaba un centro de observación tan seguro como podía esperarlo, se sentó, ó más bien se acostó esperando á que el hermano Santiago volviese al convento, y á que saliese de éste la dama misteriosa.



VII.

La emboscada.

Sabido es que Chicot no era hombre que tardaba en tomar un partido; tomó el de aguardar con la mayor comodidad posible.

Á través del seto se abrió una especie de ventana para no dejar pasase desapercibido ninguno de los yentes y vinientes que pudieran interesarle.

El camino estaba desierto, y en toda la extensión á que podía alcanzar la vista de Chicot, no se percibía caballero ni paisano alguno: todo el gentío



que se había reunido la vispera había desaparecido con el espectáculo que llamara su atención.

Lo único que Chicot divisó fué un hombre mezquinamente vestido que se paseaba trasversalmente en el camino y media con un largo y puntiagudo bastón el terreno de S. M. el rey de Francia.

Chicot nada tenía que hacer y se alegró de descubrir aquel buen hombre para servirle de punto de mira.

— ¿Pero qué media? ¿Por qué media! Hé aquí las dos preguntas que durante algunos segundos ocuparon seriamente la atención de maese Roberto Briquet.

Se resolvió por lo tanto á no perderle de vista.

Pero desgraciadamente, al mismo tiempo en que el nuevo personaje acababa sus medidas y se disponía á levantar la cabeza, otro descubrimiento absorbió toda la atención de Chicot obligándole á dirigir sus miradas á distinto punto.

Abrióse de par en par el balcón de Gorenflot, y apareció en él el respetable corpanchón de don Modesto, quien con sus ojazos desmesuradamente abiertos, con la sonrisa del placer y sus más distinguidas maneras, acompañaba á una dama casi ente-

ramente cubierta con un manto de terciopelo forrado de pieles.

— ¡Oh! oh! — dijo Chicot, — hé ahí la penitente: parece joven; pero examinemos su cara... ¡Bien, bien! ¡Ponte así! Vuélvete todavía un poco de ese lado!... perfectamente! ¡Válgame Dios! Es muy singular que todas las caras que vea exciten en mí recuerdos... Es una manía de mi temperamento! ¡Hola! Ya aparece el escudero, y lo que es éste no se me despinta; es Mayneville en cuerpo y alma. Sí, sí, el del bigote retorcido y la espada con puño de concha... Vamos, él mismo... ¡Cuerpo de Crispo! ¡Y por qué me he de equivocar respecto á madama de Montpensier? No hay duda, esa mujer es la duquesa.

Chicot no necesitó más para abandonar á su suerte al hombre de las medidas á fin de no perder de vista á los dos ilustres personajes que acababa de descubrir.

Poco después distinguió detrás de ellos el pálido rostro de Borromeo, á quien Mayneville dirigió la palabra muchas veces.

— ¡Ya, ya! todos se han reunido, — dijo el emboscado: — conspiremos, pues, ya que esto es

de moda. Pero ¡qué diablo! ¿Querrá por ventura la duquesa entrar de pensionista en el priorato de los Dominicos, teniendo á cien pasos de distancia su residencia de Belesbat!

Apenas acababa de decir esto cuando un nuevo incidente llamó poderosamente su atención. Mientras que la duquesa hablaba con Gorenflot, ó más bien le hacía hablar, el señor de Mayneville hizo una seña á alguna persona, que sin duda estaba en la parte exterior del convento.

Sin embargo, Chicot sólo había visto hasta entonces al hombre de las medidas.

Á él en efecto se dirigía la señal, dando por resultado el hacerle interrumpir su operación.

Al punto se paró delante del balcón, medio de perfil, y dando frente al camino de París.

Gorenflot entretanto seguía conversando amistosamente con la dama.

El señor de Mayneville pronunció algunas palabras al oído de Borromeo, y éste comenzó al punto á gesticular detrás del prior de una manera que no podía comprender Chicot; pero por la cuenta, bastante clara para el hombre de las medidas, porque se alejó fijándose como una estatua en otro punto

designado por nuevas señas de Borromeo y de Mayneville.

Después de algunos segundos de inmovilidad y obedeciendo á otra seña de Borromeo, comenzó un ejercicio, que sorprendió á Chicot tanto más, cuanto que le era de todo punto imposible adivinar el objeto que se proponía. Aquel hombre dió en correr á todo escape desde el sitio en que estaba hasta la puerta del convento, en tanto que el señor de Mayneville permanecía en el balcón con el reloj en la mano.

— Pues, señor, — murmuró Chicot, — todo esto me parece sospechoso; el enigma está bien propuesto, pero aunque difícil, con tal que yo distinga el rostro del hombre de las medidas, puede suceder que llegue á acertarlo.

Al mismo tiempo, como si el demonio familiar de Chicot se hubiese propuesto favorecerle, volvió la cara el hombre en cuestión, y el amigo del rey reconoció en él á Nicolás Poulain, teniente del prebostazgo; el mismo á quien el día antes había vendido su armadura.

— ¡Bien, bien! — exclamó; — ¡viva la Liga! bastante he visto ya para adivinar el resto, aunque



me cueste algún trabajo. Sí, sí, trabajaremos.

Después de algunas palabras cambiadas entre la condesa, Gorenflot y Mayneville, el hermano Borromeo cerró el balcón y quedó este desierto.

Poco después salieron del priorato la duquesa y su escudero, subiendo á la litera que los esperaba. Don Modesto, que les acompañó hasta la puerta, se deshacía en cortesías.

Todavía tenía la duquesa abiertas las cortinas de la litera para contestar á los cumplimentos del prior, cuando un fraile dominico que llegaba de París por la puerta de San Antonio, se acercó á los caballos examinándolos con curiosidad, y poco después á la litera, á cuyo interior dirigió ávidas miradas.

Chicot reconoció en aquel fraile el hermano Santiaguillo, que volvía apresurado del Louvre y que se había extasiado al contemplar á la duquesa de Montpensier.

— ¡Vamos, vamos! — dijo entre dientes; — tengo suerte; si hubiese llegado Santiago antes de encontrar yo á la duquesa, me hubiera sido preciso acudir á la cita de la Cruz Faubin. Ahora, la duquesa ha arreglado su conspiración y marcha

dejando el campo á Nicolás Poulain, á quien me propongo despachar en diez minutos.

En efecto, después de pasar la duquesa delante de Chicot, aunque sin verle, se dirigía á París, y Nicolás Poulain se preparaba á seguir sus pasos.

Érale sin embargo preciso pasar, lo mismo que la duquesa, inmediato al seto que ocultaba á Chicot: éste le vió acercarse, como el cazador ve acercarse la pieza, y se preparaba á disparar cuando le tuviese á tiro.

Y disparó cuando Poulain estuvo á su alcance.

— ¡Hola! ¡eh! — le gritó desde su escondite; — mirad hacia este lado, si no tenéis inconveniente, señor hombre de bien!

Poulain se estremeció dirigiendo al mismo tiempo la vista hacia el foso.

— Ya me habéis visto, — añadió Chicot; — perfectamente: ahora... figuraos que en nada habéis reparado, maese Nicolás... Poulain.

El teniente del prebostazgo dió un salto como un gamo herido.

— ¡Quién sois? preguntó azorado. — ¡Qué es lo que deseáis?

— ¡Quién soy?

— Sí.

— Un amigo vuestro y bastante íntimo, aunque de fecha moderna: en cuanto á lo que quiero, es cosa más larga de explicar.

— Pero en fin, explicaos. ¿Qué queréis?

— Que os acerquéis á mí.

— ¿Á vos?

— Es claro; que bajéis al foso.

— ¿Para qué?

— Ya lo sabréis: en primer lugar, bajad.

— Pero...

— Y que os sentéis aquí con la espalda apoyada contra el seto.

— ¿Y luego?

— Sin mirar hacia donde estoy, sin dar á entender que sabéis que me encuentro aquí.

— ¿Qué decís?

— Ya conozco que es exigir mucho, pero ¿qué hemos de hacer? Maese Roberto Briquet tiene derecho á ser exigente.

— ¡Roberto Briquet! — exclamó Poulain haciendo al punto todo cuanto se le había prevenido.

— ¡Así, así!... sentaos ahora... Conque, según

parece, os ocupabais poco hace en tomar las dimensiones del camino de Vincennes.

— ¿Yo?

— Sin duda. ¿Y qué tiene de extraño que un teniente del prebostazgo haga veces de director de caminos cuando la ocasión se presenta?

— En efecto, — repuso Poulain algo más tranquilo, — estaba midiendo...

— Y con gran cuidado, pues teníais por inspectores á muy ilustres personajes.

— ¡Ilustres personajes! No os comprendo.

— ¡Pues qué! ¿No sabéis?

— Ignoro lo que queréis decir.

— ¿Ignoráis también quiénes son esa dama y ese caballero que hace poco estaban en el balcón del priorato y que acaban de tomar la dirección de París?

— Os juro por mi honor...

— ¡Ah! ¡Qué satisfacción experimentar al comunicaros tan importante noticia! Figuraos, señor Poulain, que teníais por espectadores de vuestros trabajos de agrimensura nada menos que á la señora duquesa de Montpensier y al señor conde de Mayneville. Manteneos quieto, si os plaze.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
MEX. 1925 MONTERREY, MEXICO



— Caballero... — contestó Nicolás Poulain tratando de luchar... — esas palabras... el tono con que las pronunciáis...

— Si hacéis un solo movimiento, mi querido maese Nicolás Poulain, vais á obligarme á cometer algún disparate ; por consiguiente, estaos quedo.

Poulain lanzó un suspiro.

— Así me gusta, — prosiguió Chicot ; — decia pues, que, supuesto habéis venido á trabajar en presencia de tan ilustres personajes, los cuales, según aseguráis, no han reparado en ello, os servirá de mucho el que otro personaje ilustre, el rey por ejemplo, os vea trabajar.

— ¿ El rey ?

— Sí, por cierto, maese Poulain ; S. M. en persona, pues sabe admirar el trabajo y también recompensarlo.

— ¡ Ah, señor Briquet ! Compadecedos.

— Os repitó, maese Poulain, que si os movéis, sois hombre muerto ; evitad pues esta desgracia permaneciendo quieto y tranquilo.

— Pero en nombre del cielo, ¿ qué queréis de mí ?

— Vuestro bien, nada más. ¿ No os he dicho que somos amigos ?

— Caballero, — exclamó Nicolás Poulain desesparado, — ignoro el agravio que puedo haber hecho, — á S. M., á vos, ni á nadie en el mundo.

— Mi querido maese Poulain, eso se lo explicaréis á quien corresponda, pues no es asunto que me pertenezca : yo tengo acá ciertas ideas y me aferro á ellas como un diablo : ahora bien ; una de ellas es que el rey no ha de aprobar que el teniente de su prebostazgo obedezca, cuando llena las funciones de agrimensor, las indicaciones del conde de Mayneville. ¿ Y quién sabe si el rey habrá notado la omisión cometida por el mismo teniente de su prebostazgo, en cuanto á haber dejado de consignar en su parte diario la llegada ayer á París de la señora duquesa de Montpensier y del caballero Mayneville ? Motivos ambos, amigo maese Poulain, para indisponeros con S. M.

— Señor Briquet, una omisión no es un crimen, y el rey es demasiado ilustrado.

— Mi querido maese Poulain, se me figura que estáis forjando castillos en el aire : yo veo más claro que vos en este negocio.

— ¿ Qué veis ?

— Una horca magnífica.

— ¡ Señor Briquet !

— Esperad, ¡ con mil diablos ! Sí, una horca, una cuerda nueva con un gran nudo corredizo, cuatro centinelas en los cuatro puntos cardinales, multitud de ciudadanos de París alrededor del suplicio, y cierto teniente de prebostazgo, á quien conozco, bailando en la punta de la cuerda.

Nicolás Poulain temblaba con tanta fuerza, que sus movimientos se comunicaban al ramaje del vallado.

— ¡ Caballero ! — exclamó juntando las manos.

— Os he dicho que soy amigo vuestro, querido maese Poulain, — añadió Chicot, — y como tal voy á daros un consejo saludable.

— ¡ Un consejo !

— Y, gracias á Dios, muy fácil de seguir. Es preciso que vayáis á buen paso... ¡ Habéis entendido bien ? á buen paso... á buscar...

— ¡ Á quién ? — preguntó Nicolás lleno de angustia. — ¡ Á quién ?

— Dejadme reflexionar un instante... Eso es... al duque de Epernón.

— ¡ Al duque de Epernón ! ¡ Al amigo del rey !

— Justamente ; le llamaréis aparte...

— ¡ Y qué ?

— Le referiréis todo el asunto de la medición de camino.

— ¡ Estáis loco, caballero ?

— Al contrario, muy cuerdo, supremamente cuerdo.

— No os entiendo.

— Pues el negocio es clarísimo. Si yo os denuncio pura y simplemente como hombre de medidas y chalán de corazas, os colgarán ; mas si, por el contrario, os denunciáis vos mismo, obtendréis recompensas y honores. Se me figura que no estáis convencido, en cuyo caso me tomaré el trabajo de volver al Louvre, lo que no dejaré de hacer, suceda lo que quiera, porque á todo estoy dispuesto por serviros.

Y Nicolás Poulain oyó el ruido que hacia Chicot al separar las ramas del seto para levantarse.

— ¡ No, no, no ! — exclamó : — ¡ iré, iré !

— Sea en buen hora ; pero ya comprendéis, maese Poulain, que no admito subterfugios, porque mañana sin falta dirigiré una carta al rey, de quien tengo el honor, tal como me veis, ó como no me veis, de ser íntimo amigo ; de modo que por empe-



ñaros en que no os ahorquen hasta pasado mañana, os exponéis á que os cuelguen tan alto y más ignominiosamente.

— ¡Yo?

— ¡Oh!

— Vamos, maese Poulain; debéis estarme agradecido: hace cinco minutos que eráis un traidor, y os he convertido en hombre honrado, en salvador de la patria. Pero... corred, maese Poulain, corred; porque yo también me veo precisado á salir de aquí, y no puedo hacerlo antes que vos. Á propósito, no olvidéis que vais al palacio del duque de Eperón.

Nicolás Poulain se levantó lanzándose como una flecha y desesperado en la dirección de la puerta de San Antonio.

— Ya era tiempo, — dijo Chicot, — porque hé ahí que salen del priorato; pero ¡no es el hermano Santiaguillo, por vida mía! ¡Demonio! ¡Quién será ese tuno tan alto como querría hacer el monte Athos el arquitecto de Alejandro? Á fe, á fe, que no es mal perrazo para que sirva de compañía á un pobre diablo como yo.

Al ver de cerca al nuevo emisario del convento,

se apresuró Chicot á dirigirse hacia la Cruz Faubin, lugar de la cita que tenía.

Pero como se veía precisado á seguir un camino circular, la línea recta debía servir al otro con más rapidez que á él la curva, de modo que el fraile gigante, que no se descuidaba en dar descomunales zancadas, fué el primero que llegó á la Cruz.

Chicot, por otra parte, al paso que caminaba, perdía no poco tiempo en examinar á aquel hombre, de cuya fisonomía nada recordaba.

En efecto, el tal fraile era un verdadero filisteo: con la precipitación de su marcha por alcanzar á Chicot, llevaba el hábito suelto, y éste permitía divisar unas piernas musculosas cubiertas de calzones profanos.

Al mismo tiempo descubría su capucha, caída hacia la espalda, una cabellera que nunca de seguro se había visto amenazaba por las tijeras del priorato.

Crispaba además las extremidades de su boca cierta expresión poco religiosa, y cuando esta sonrisa se convertía en risa verdadera, mostraba aquel gran tuno tres dientes semejantes á tres

estacas fijadas detrás de la muralla formada por sus gruesos labios.

Brazos largos como los de Chicot, aunque más fornidos, espaldas capaces de levantar las puertas de la ciudad de Gaza, y un gran cuchillo de cocina, atravesado en el cordón del hábito; tales eran, con un saco arrollado como un escudo sobre su pecho, las armas ofensivas y defensivas del Goliath de los Dominicos.

— No hay duda, — dijo Chicot, — es muy feo, y si no me trae buenas y frescas noticias en esa cabeza tan extravagante, será preciso convenir en que es una criatura muy inútil en el mundo.

Al ver el fraile que Chicot se le acercaba, le saludó casi militarmente.

— ¿Qué me queréis, amigo? — le preguntó el amigo del rey.

— ¿Sois el señor Roberto Briquet?

— En persona.

— Traigo para vos una carta del reverendo padre prior.

— Dádmela.

Chicot abrió la carta, que estaba concebida en los términos siguientes:

« Mi querido amigo: desde nuestra separación  
 » he reflexionado mucho, y en verdad me es  
 » imposible exponer á la voracidad de los lobos  
 » humanos la oveja que el Señor me ha confiado.  
 » Esto alude, como ya podéis figuraros, á nuestro  
 » hermano Santiaguillo Clemente, que acaba de  
 » ser recibido por el rey y ha desempeñado perfec-  
 » tamente vuestra comisión.

» En vez de Santiaguillo, que es aún demasiado  
 » joven y que debè sus servicios al priorato, os  
 » envío un excelente y digno hermano de nuestra  
 » comunidad: sus costumbres son apacibles y su  
 » carácter inocente. Creo, pues, que con gusto le  
 » agregaréis á vuestro servicio, como compañero  
 » de viaje. »

— Sí, sí, — pensó Chicot mirando de soslayo al fraile; — ¡ cuenta con ello!

Y prosiguió leyendo;

« Uno á esta carta mi bendición, y siento mucho  
 » no haber podido dárosla de viva voz.  
 » Adiós, mi querido amigo. »

— Hermosa forma de letra es ésta, — dijo Chicot después de dar fin á la carta; — apuesto á que la



carta ha sido escrita por el hermano tesorero, que tiene muy buena mano.

— Habéis acertado, — contestó el Goliat; — ha sido obra del hermano Borromeo.

— Por lo cual, amigo mío, — añadió Chicot dirigiendo una agradable sonrisa al fraile, — tenéis que volver al convento.

— ¿Yo?

— Sí; para decir á su reverencia que he mudado de parecer, y deseo viajar solo.

— ¿Cómo! — repuso el fraile con una especie de asombro que tenía algo de amenaza. — ¿No me lleváis en vuestra compañía?

— No, amigo mío, no.

— ¿Por qué motivo?

— Porque necesito economizar mis fondos; los tiempos están muy malos, y debéis comer enormemente.

El gigante enseñó sus tres enormes dientes.

— Pues á fe que Santiago come tanto como yo,

— contestó en seguida.

— Ya, pero Santiago es fraile.

— ¿Y yo qué soy?

— Vos, amigo mío, sois un lansquenete ó un

gendarme, lo cual, acá para los dos, puede escandalizar á la Virgen que tengo encargo de visitar.

— ¿Qué habláis de gendarme y de lansquenete? Yo soy un fraile dominico. ¿No conocéis por ventura el hábito?

— El hábito no hace el fraile, amigo mío, pero el arma constituye el soldado. Decid esto de mi parte al hermano Borromeo, si no tenéis reparo en ello.

Y Chicot saludó políticamente al gigante, que tomó el camino del priorato, gruñendo como un perro á quien se echa de casa.

En cuanto á nuestro viajero, dejó que se alejase el hombre que debía acompañarle, y no bien le vió desaparecer por la puerta principal del convento, cuando, ocultándose detrás del vallado inmediato, se quitó la ropilla y se puso la cota de malla, que ya conocemos, sobre su camisa de lienzo.

Concluida esta operación indispensable, atravesó los campos que le separaban del camino de Charentón.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

VIII.

Los Guisas.

La misma tarde del día en que Chicot se ponía en camino para Navarra, volveremos á hallar en el gran salón del palacio de Guisa, al que más de una vez hemos conducido ya á nuestros lectores; volveremos á hallar, decimos, á aquel joven de ojos vivos, á quien ya vimos entrar en París á la grupa del caballo de Carmainges, y á quien ya conocemos por la hermosa penitente de don Modesto Gorenflot. Á la sazón no había tomado precauciones para



disimular su sexo ni la identidad de su persona. La duquesa de Montpensier, vestida con elegancia, mostrando una garganta bellísima y adornados sus cabellos con estrellas de fina pedrería, con arreglo á la moda de la época, esperaba con impaciencia, en pie en el hueco de una ventana, á alguno que tardaba en llegar.

Comenzaba á oscurecer, y la duquesa apenas distinguía ya con mucho trabajo la puerta principal del palacio, en la que tenía constantemente fijos los ojos.

Por fin se oyeron los pasos de un caballo, y diez minutos después anunció el ujier con misterio á la señora de Montpensier el duque de Mayenne.

La duquesa se dirigió al encuentro de su hermano con tal precipitación, que se olvidó de apoyar el peso de su cuerpo sobre la punta del pie derecho, según acostumbraba cuando quería disimular su cojera.

— ¡Solo, hermano mío! — le dijo. — ¡Vienes solo?

— Sí, querida hermana, — respondió el duque sentándose, después de haberla besado la mano.

— ¡Y Enrique? ¿En dónde está Enrique? ¿Sabes que todos le aguardan aquí?

— Enrique nada tiene que hacer al presente en París, al paso que reclaman su persona las ciudades de Flandes y de Picardía. Nuestro trabajo es lento y debe permanecer secreto, y no nos falta ocupación allá abajo. ¿Por qué, pues, lo hemos de abandonar para venir á París, en donde todo marcha bien?

— Pero todo se malogrará, si no os dais prisa.

— ¡Bah!

— Eso es; con decir ¡bah! sales siempre del paso... Pues bien, yo te aseguro que los ciudadanos de París no se contentan con esas razones, que quieren ver á su duque, y que con esto sueñan y deliran.

— No tardarán en tenerle á su lado. ¿Por ventura no te lo ha explicado todo Mayneville?

— Sí, por cierto, pero no es lo mismo oírlo de su boca que de la tuya.

— Hermana mía, hablemos de lo principal. ¿Y Saleedo?

— En el otro mundo.

— ¿Sin hablar?

— Ni una palabra.

— Bueno. ¿Y el armamento?

— Negocio concluido.

— ¿Y París?

— Está dividido en diez y seis barrios.

— ¿Tiene cada uno de ellos el jefe designado?

— Sí.

— Pues vivamos tranquilos, por el cielo: hé aquí lo que debo decir á nuestros fieles ciudadanos.

— No te escucharán.

— ¡Bah!

— ¡Te digo que es gente endemoniada!

— Querida hermana, estás muy acostumbrada á juzgar de precipitación de los demás por tu propia impaciencia.

— ¿Me lo dices con formalidad?

— No lo permita Dios, pero la verdad es que debe hacerse lo que ha prevenido nuestro hermano Enrique. Me ha encargado que en manera alguna se precipiten los acontecimientos por culpa nuestra.

— ¿Y qué hemos de hacer? — preguntó impaciente la duquesa.

— ¿Tenemos prisa de hacer algo, hermana?

— Sí; es preciso empezar.

— ¿Por dónde?

— Por apoderarnos del rey.

— Esa es tu idea fija, y á fe que no la considero mala, si pudiera ejecutarse; pero una cosa es pensarlo y otra ponerlo por obra: acuérdate de las veces que ese mismo proyecto ha fracasado en nuestras manos.

— El tiempo ha cambiado mucho, y el rey no tiene hoy quien le defienda.

— No, si se exceptúan los Suizos, los Escoceses y la guardia francesa.

— Hermano mío, cuando tú quieras me comprometo á presentártelo en un camino y fuera de París acompañado únicamente de sus lacayos.

— Se me ha ofrecido eso cien veces, pero nunca se ha realizado.

— Se realizará, con tal que permanezcas en París tres días.

— ¿Conque tienes un proyecto?

— Di más bien un plan.

— Espero que me lo comuniques.

— ¡Oh! es una idea que sólo puede ocurrir á una mujer, y que tal vez excitará tu risa.

— No quiera Dios que sea yo quien hiera tu amor propio. Ea; veamos el plan.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO



— Te estás burlando, Mayenne.

— Nada de eso: te escucho.

— Pues bien; voy á explicarme en dos palabras...

Al mismo tiempo abrió el ujier la mampara, y dijo:

— ¿Tienen á bien vuestras altezas recibir al caballero de Mayneville?

— Es mi cómplice, — respondió la duquesa: — que entre.

El señor de Mayneville fué introducido en efecto, y besó la mano al duque de Mayenne.

— Escuchadme, monseñor — le dijo: — vengo del Louvre.

— ¿Y qué hay? — exclamaron á un tiempo Mayenne y la duquesa.

— Se sospecha vuestra llegada.

— ¿Cómo así?

— Estando hablando yo con el comandante del puesto de Saint-Germain-l'Auxerrois, pasaban casualmente dos gascones.

— ¿Los conocéis?

— No; llevan trajes nuevos. ¡Ira de Dios! decía uno de ellos á su compañero: tienes una magnífica

ropilla; pero en un apuro no te prestará el servicio de la coraza que ostentabas ayer.

— No importa, — contestó el otro; — por sólida que sea la espada del duque de Mayenne, te apuesto á que no atraviesa más ni menos esta seda que el hierro de esa armadura que dices.

El gascón añadió otras fanfarronadas, indicando que tenía noticias de vuestro arribo.

— ¿Á quién pertenecen esos gascones?

— Lo ignoro.

— ¿Se han retirado en seguida?

— Lo que puedo decir es que hablaban en alta voz; que pronunciaron el nombre de V. A., y que algunos curiosos se les acercaron para preguntarles si efectivamente habíais llegado á París. Ya iban á contestar, cuando un hombre se acercó á ellos y les tocó en los hombros; ó me equivoco mucho, monseñor, ó aquel sujeto era Loignac.

— ¿Qué más? — preguntó la duquesa.

— Hablaron los tres en voz baja, y los gascones, después de dar señales de obediencia, siguieron al que había llegado á interrumpirlos.

— De modo que...

— Nada más he podido averiguar ; pero entre tanto guardaos.

— ¿ No los habéis seguido ?

— Sí por cierto, aunque de lejos, porque temía ser reconocido como gentilhomme de V. A. Tomaron la dirección del Louvre y desaparecieron detrás del Guarda-muebles ; sin embargo, muchas voces repetían despues : ¡ Mayenne ! Mayenne !

— Tengo un medio muy sencillito de contestarles, — dijo el duque.

— ¿Cuál ? — preguntó su hermana.

— El de ir á saludar al rey esta noche.

— ¡ Á saludar al rey !

— Sin duda : acabo de llegar á París y le traigo nuevas de sus leales ciudades de Picardía. Nada puede decirse contra este paso.

— No es malo el medio, — observó Mayneville.

— Pero muy imprudente, — añadió la duquesa.

— Indispensable, hermana mía, — dijo el duque, — si efectivamente se sospecha mi entrada en París. Además, mi hermano Enrique ha creído que yo debía apearme en el Louvre para ofrecer al rey el homenaje de toda nuestra familia. Después de

cumplir este deber, podré obrar con entera libertad y recibir á quien me parezca.

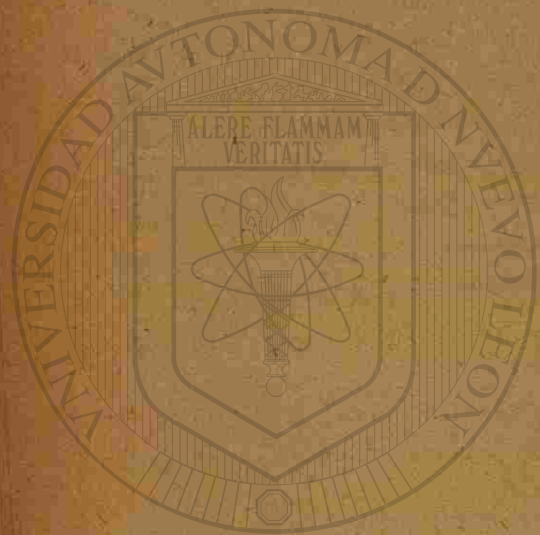
— Por ejemplo, á los individuos de la Liga que te esperan.

— Sí ; los veré en el palacio de San Dionisio cuando salga del Louvre. Haced, pues, Mayneville, que me traigan el caballo según está y sin limpiarlo ; me acompañaréis al Louvre. Tú, hermana mía, me esperarás.

— ¿ Aquí ?

— No, en el palacio de San Dionisio, donde he dejado mis efectos y donde creen que debo pasar la noche. Dentro de dos horas iremos á reunirnos contigo.





IX.

En el Louvre.

Aquel día, que debía ser de grandes aventuras, salió el rey de su gabinete y mandó llamar al señor de Epernón.

Serían las doce.

El duque se apresuró á obedecer pasando á palacio, y halló á S. M. en pie, en uno de los cuartos primeros, examinando con atención á un fraile dominico que se ruborizaba y bajaba los ojos por no poder sostener la penetrante mirada del rey.

El rey llamó aparte á de Epernón.

— Mira, duque, — le dijo señalando al joven,  
— la cara graciosa de ese fraile.

— ¿Qué halla de particular en ella V. M.? —  
dijo el duque, — yo la hallo muy ordinaria.

— ¿De veras?

Y el rey empezó á reflexionar.

— ¿Cómo te llamas? — preguntó al religioso.

— Fray Santiago, señor.

— ¿No tienes otro nombre?

— ¿Mi nombre de familia?... Clemente.

— Fray Santiago Clemente, — repitió el rey.

— ¿No halla también V. M. algo de extraordinario en su nombre? — preguntó riendo el duque.

El rey no respondió.

— Has desempeñado perfectamente tu comisión,

— dijo al fraile sin separar de él la vista.

— ¿Qué comisión, señor? — preguntó el duque con aquel atrevimiento que tanto le censuraban y que iba adquiriendo con la familiaridad de todos los días.

— Nada, — repuso Enrique; — es un secreto entre mi persona y otra que no conoces, ó que ya no conoces.

— En verdad, señor, que miráis á ese joven de un modo extraño y le obligáis á sonrosarse.

— Tienes razón, duque; no sé el motivo por qué

no pueden separarse de él mis miradas; se me figura que le he visto antes de ahora, ó que volveré á verle. Creo que se me ha aparecido en sueños... Vamos; ya comienzo á disparatar; puedes retirarte, buen religioso, pues has desempeñado tu comisión; se enviará la carta á la persona que la solicita: tranquilízate. De Epernón.

— ¿Señor!

— Que se le den diez escudos.

— Mil gracias, — murmuró el fraile.

— Cualquiera diría que has dado á S. M. las gracias de dientes afuera, — repuso de Epernón, que no podía figurarse que un fraile despreciase diez escudos.

— He dado así las gracias, — replicó Santiago, — porque preferiría mucho mejor una de esas hermosas dagas españolas que están ahí colgadas en la pared.

— ¿Cómo! ¿No prefieres el dinero para ir á las farsas de los juglares de la feria de San Lorenzo ó á las conejeras de la calle de Santa Margarita? — preguntó de Epernón.

— He hecho voto de pobreza y castidad, — replicó Santiago.



— Lavalette, — dijo el rey, — dale lo que pide, y que se vaya con Dios.

El duque, con toda la parsimonia que le era natural, escogió entre las dagas la que le pareció menos magnífica y la entregó al joven religioso.

Era catalana de ancha y afilada hoja, con un sólido puño de asta cincelada.

Santiago la recibió entusiasmado y se retiró; el duque acto continuo se propuso hacer algunas preguntas al rey, pero éste se adelantó diciendo:

— ¿Tienes, duque, entre tus Cuarenta y Cinco dos ó tres que sepan cabalgar?

— Lo menos hay doce, señor, y os aseguro que dentro de un mes todos serán buenos jinetes.

— Elige tú mismo dos, y haz que vengan aquí al momento.

El duque saludó, y retirándose de la estancia, llamó á Loignac á la antecámara.

El oficial gascón se presentó al cabo de algunos segundos.

— Enviadme, — le dijo el duque, — dos caballeros seguros, pues tienen que desempeñar una misión directa de S. M.

Loignac atravesó al punto la galería y llegó á

aquella parte del Louvre, que en adelante llamaremos cuartel de los Cuarenta y Cinco.

Abrió la puerta y gritó con voz de autoridad:

— ¡ Señor de Carmainges!

— ¡ Señor Biran!

— El señor de Biran ha salido, — dijo el centinela.

— ¡ Cómo es eso! ¿ Sin permiso?

— Está observando lo que pasa en el barrio que monseñor el duque de Eperón le ha designado esta mañana.

— Bien, bien; llamad en su lugar al señor de Sainte-Maline.

Los dos nombres resonaron bajo aquellas bóvedas, y al punto comparecieron los dos elegidos.

— Señores, — les dijo Loignac, — seguidme; os llama el duque de Eperón.

Condújolos en efecto á su presencia, y el duque, después de despedir á Loignac, los introdujo en la cámara del rey.

S. M. hizo una seña: retiróse de Eperón, y los dos jóvenes que daron solos en presencia del monarca.

Era la primera vez que aquello les sucedía, y

Enrique tenía un aspecto muy imponente, de modo que ambos estaban conmovidos, aunque su turbación presentaba síntomas diferentes.

Los ojos de Sainte-Maline brillaban, tenía una pierna extendida y el bigote erizado.

En cuanto á Carmainges, pálido, pero tan resuelto aunque menos arrogante, no osaba fijar sus miradas en el rostro del rey.

— ¿Sois del número de mis Cuarenta y Cinco, señores? — les preguntó éste.

— Tengo ese honor, señor, — contestó Sainte-Maline.

— ¿Y vos, caballero?

— He creído que mi compañero respondía por los dos, señor, y por eso no he desplegado los labios: en cuanto á servir á V. M., estoy tan dispuesto á ello como el primero.

— Perfectamente. Vais á montar á caballo y seguir el camino de Tours. ¿Lo conocéis?

— Preguntaré, — dijo Sainte-Maline.

— Me orientaré, — añadió Carmainges.

— Para que acertéis mejor, pasad primero por Charentón.

— Así lo haremos, señor.

— Seguid adelante hasta que encontréis un hombre que viaja solo.

— Si V. M. tiene á bien darnos las señas de esa persona...

— Lleva una espada muy larga; es hombre de largos brazos y descomunales piernas.

— ¿Podemos saber su nombre, señor? — repuso Ernautón de Carmainges, á quien el ejemplo de su compañero impulsaba á preguntar al rey, faltando á las reglas de la etiqueta.

— Se llama La Sombra, — respondió Enrique.

— Preguntaremos el nombre de cuantos viajeros encontremos.

— Registraremos todas las posadas del camino.

— Y cuando encontréis al hombre y le reconocáis bien, le entregaréis esta carta.

Los dos jóvenes atargaron la mano al mismo tiempo, y el rey quedó un momento perplejo.

— ¿Cómo os llamáis? — preguntó á uno de ellos.

— Ernautón de Carmainges.

— ¿Y vos?

— Renato de Sainte-Maliné.

— Señor de Carmainges, vos llevaréis la carta;



y el señor de Sainte-Maline la entregará á quien va dirigida.

Ernautón recibió el precioso depósito y lo ocultó debajo de la ropilla.

Sainte-Maline le detuvo el brazo cuando iba á desaparecer de su vista, y besó con respeto el sello real.

— Aquella adulación hizo sonreír á Enrique III.

— Ya veo, caballeros, — les dijo, — que me serviréis fielmente.

— ¡ Tiene algo más que mandarnos V. M. ? — preguntó Ernautón.

— Nada más; pero debo recomendaros por último una cosa.

Los jóvenes se inclinaron preparándose á escuchar con atención.

— Esa carta, señores, — prosiguió Enrique, — es mucho más preciosa que la vida de un hombre: me respondéis de ella con vuestras cabezas, así como de que la entregaréis á La Sombra, que os dará recibo y me lo traeréis: sobre todo viajad como si os obligasen á ello vuestros propios negocios. Podéis partir.

Los dos salieron de la real cámara, Ernautón

rebotando de contento, Sainte-Maline lleno de envidia; el primero con los ojos radiantes de placer; el segundo dirigiéndole ávidas miradas que parecían querer atravesar la ropilla de su camarada.

El señor de Epernón los esperaba y quiso preguntarles.

— Señor duque, — le dijo Ernautón, — el rey no nos ha autorizado para hablar.

Acto continuo pasaron á las caballerizas, y el picador del rey les entregó dos caballos de fatiga vigorosos y perfectamente enjaezados.

De buena gana les hubiera seguido algún trecho el duque de Epernón con el objeto de satisfacer su curiosidad, á no habersele prevenido, no bien se separó de ellos, que un hombre quería hablarle sin perder instante, á toda costa y á todo trance.

— ¿ Quién es ? — preguntó el señor de Epernón con impaciencia.

— El teniente del prebostazgo de la isla de Francia.

— ¡ Por vida de Brios ! ¿ Soy por ventura regidor, preboste ó jefe de la ronda ?

— No, monseñor, pero sois amigo del rey, — le contestó humildemente una voz á su izquierda. —

Tened, pues, á bien escucharme, merced al título que invoco.

El duque volvió el rostro y vió á su lado á un hombre que con sombrero en mano y orejas gachas pasaba á cada segundo por uno de los matices del arco iris.

— ¿Quién sois? — le preguntó el duque con muy mal humor.

— Nicolás Poulain, para servirlos, monseñor.

— ¿Y queréis hablarme?

— Os pido esa gracia.

— Pues bien; no tengo tiempo para escucharos.

— ¿Ni para saber un secreto, monseñor?

— Ciento escuchó diariamente, con el vuestro serían hoy ciento y uno, y por consiguiente sería uno de sobra.

— ¿Y aun cuando ese secreto interese á la vida de S. M.? — añadió Nicolás Poulain al oído del duque.

— ¡Cómo!... Sí, os oiré, — contestó éste: — venid, venid á mi gabinete.

Nicolás Poulain se enjugó la frente bañada en sudor, y siguió al duque.

X.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Cto. 1625 MONTERREY, MEXICO

La revelación.

El señor de Epernon, al atravesar su antecámara, se dirigió á uno de los caballeros que allí hacían mansión,

— ¿Cómo os llamáis? — le preguntó.

— Pertinax de Montcrabeau, monseñor, — respondió el caballero.

— Pues bien; colocaos á la puerta de mi habitación, y que nadie entre.

— Está bien, señor duque.



Tened, pues, á bien escucharme, merced al título que invoco.

El duque volvió el rostro y vió á su lado á un hombre que con sombrero en mano y orejas gachas pasaba á cada segundo por uno de los matices del arco iris.

— ¿Quién sois? — le preguntó el duque con muy mal humor.

— Nicolás Poulain, para servirlos, monseñor.

— ¿Y queréis hablarme?

— Os pido esa gracia.

— Pues bien; no tengo tiempo para escucharos.

— ¿Ni para saber un secreto, monseñor?

— Ciento escuchó diariamente, con el vuestro serían hoy ciento y uno, y por consiguiente sería uno de sobra.

— ¿Y aun cuando ese secreto interese á la vida de S. M.? — añadió Nicolás Poulain al oído del duque.

— ¡Cómo!... Sí, os oiré, — contestó éste: — venid, venid á mi gabinete.

Nicolás Poulain se enjugó la frente bañada en sudor, y siguió al duque.

X.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Cto. 1625 MONTERREY, MEXICO

La revelación.

El señor de Epernon, al atravesar su antecámara, se dirigió á uno de los caballeros que allí hacían mansión,

— ¿Cómo os llamáis? — le preguntó.

— Pertinax de Montcrabeau, monseñor, — respondió el caballero.

— Pues bien; colocaos á la puerta de mi habitación, y que nadie entre.

— Está bien, señor duque.

— Nadie absolutamente, ¿entendéis?

— Perfectamente.

— Y el señor Pertinaz, que estaba suntuosamente vestido, y que andaba muy hueco con sus medias color de naranja, y su ropilla de raso azul, obedeció á la orden del señor de Eperón, y en su virtud se arrimó á la pared, y tomó posición, con los brazos cruzados, á lo largo de las colgaduras.

Nicolás Poulain siguió al duque hasta su gabinete, vió la puerta abrirse y cerrarse, luego tras ella caer la mampara, y comenzó á temblar seriamente.

— Veamos ya vuestra conspiración, señor mío, — le dijo el duque con sequedad, — pero que sea cosa buena, porque precisamente tengo hoy mil cosas que hacer á cual más agradable, y si pierdo el tiempo en escucharos, ¡pobre de vos!

— Señor duque, — repuso Nicolás Poulain, — se trata del crimen más espantoso...

— Bien, veamos ese crimen.

— Señor duque...

— Me quieren matar, ¿no es eso? — observó el señor de Eperón enderezándose como un espartano. — Enhorabuena; mi vida pertenece al rey, y pueden quitármela cuando quieran.

— No se trata de vos, monseñor,

— ¡Cómo! Me admira eso...

— Se trata del rey, á quien quieren arrebatarse, señor duque.

— ¡Ah! ¡Todavía estamos en ese antiguo y maldito negocio de raptos! — dijo desdeñosamente de Eperón.

— Ahora va la cosa muy seria, si hemos de creer en apariencias.

— ¿Qué día es el que tienen designado para apoderarse de S. M.?

— El primero en que S. M. vaya á Vincennes en litera.

— ¿De qué modo?

— Matando á sus dos picadores.

— ¿Y quién ha de dar el golpe?

— Madama de Montpensier.

El duque soltó la carcajada, exclamando:

— ¡Pobre duquesita! ¡Qué cosas se le atribuyen!

— No tantas como proyecta, monseñor.

— ¿Y se ocupa de eso en Soissons?

— La duquesa está en París.

— ¡En París!



— Respondo de ello á monseñor.

— ¿La habéis visto?

— Sí.

— Es decir que habéis creído verla...

— He tenido el honor de hablarla.

— ¿El honor?

— Me he equivocado, señor duque; he querido decir la desgracia.

— Pero supongo, señor teniente del prebostazgo, que no será la duquesa precisamente la que se apodere del rey.

— Perdonad, monseñor.

— ¿Ella misma?

— En persona; pero, se entiende, acompañada de sus adictos.

— ¿Y desde dónde ha de presidir ese rapto?

— Desde una ventana del priorato de los Dominicos, situado, como sabéis, en el camino de Vincennes.

— ¿Qué diablos me estáis contando?

— La verdad, monseñor: están tomadas todas las medidas para detener la litera apenas llegue al frente de la fachada del convento.

— ¿Quién ha tomado esas medidas?

— ¡Ay!!!

— ¡Acabad con mil legiones de demonios!

— Yo, monseñor.

El duque dió un paso atrás.

— ¡Vos! ¡Es imposible! — exclamó al mismo tiempo que Poulain lanzaba un profundo suspiro.

— ¿Conque sois vos y venís á denunciar la trama?

— Monseñor, — murmuró el teniente del prebostazgo, — un buen servidor del rey debe arriesgarlo todo por él.

— En efecto, ¡ira de Dios! Lo cierto es que arriesgáis el pesuezo.

— Prefiero mi muerte al envilecimiento ó á la muerte del rey; por eso he venido á hablaros.

— Esos son muy buenos sentimientos, señor mío, y sin duda tenéis excelentes y poderosas razones para abrigarlos.

— He pensado, monseñor, que sois amigo del rey, que no me haréis traición, y que haréis que nos aproveche á todos la revelación que acabáis de oír.

El duque examinó con minuciosa atención á Nicolás Poulain y procuró escudriñar detenidamente las facciones de su pálido rostro.

— Algo más debe haber, — dijo en seguida, — porque la duquesita de Montpensier, por atrevida que sea, no osaría intentar sola empresa semejante.

— Espera á su hermano, — respondió Poulain.

— ¡Al duque Enrique!!! — exclamó el favorito con el mismo terror que hubiera experimentado al acercársele un león.

— No, monseñor; al duque de Mayenne.

— ¡Ah! — repuso de Epernon respirando; — mas no importa; es preciso prevenir todos esos proyectos.

— Sin duda, monseñor, y por eso me he dado prisa en avisaros.

— Si habéis dicho la verdad, señor teniente, seréis recompensado.

— ¡Y por qué había de mentir, monseñor? ¿No como el pan del rey? ¿No le debo mis servicios? Iré pues á su presencia; si vos no me creéis, os lo prevengo, y moriré también, si es necesario, en testimonio de mis palabras.

— ¡No, por todos los diablos del infierno! no iréis vos á la presencia del rey. ¿Me habéis comprendido, maese Nicolás? Conmigo debéis entenderos.

— Sea así, monseñor; sólo he dicho eso por haberme parecido que dudabais.

— No, no dudo, y desde luego os debo mil escudos.

— ¿Desea monseñor saber sólo el secreto?

— Sí; tengo emulación, tengo celo y quiero el secreto para mí solo. Me lo cedéis, ¿no es verdad?

— Sí, monseñor.

— ¿Con la garantía de que es un secreto verdadero?

— Sí por cierto; con la garantía que queráis.

— Contad, pues, con mil escudos, sin otras recompensas para más adelante.

— Tengo familia, monseñor.

— Ya, ya, pero al cabo, ¡con mil demonios! mil escudos...

— Y si en Lorena llegan á saber que he hecho semejante revelación, estoy seguro de que cada palabra que he pronunciado me costará media azumbre de sangre.

— ¡Pobrecillo!

— Es, pues, preciso que, si llega á aconteceme una desgracia, pueda vivir mi familia.



— ¿Y qué?

— Que esa es la razón que me impele á aceptar los mil escudos.

— Reniego de la explicación. ¿Qué diablos me importa el motivo que os induce á aceptarlos, supuesto que no los rehusáis? El hecho es que los mil escudos son vuestros.

— Gracias, monseñor.

Y al ver que el duque se acercaba á un cofre, en el cual metió la mano, Poulain se adelantó detrás de él.

Pero el duque se contentó con sacar del cofre un librito, en el cual escribió con gigantesca y endiablada letra:

« *Tres mil libras á maese Nicolás Poulain.* »

De modo que era difícil averiguar si había dado efectivamente las tres mil libras ó si las debía.

— Esto es lo mismo que si las tuvieseis en vuestro poder, — dijo á Poulain.

Éste, que había alargado la mano y la pierna, retiró ambos miembros, lo cual equivalía á un saludo.

— ¿Conque es cosa convenida? — le preguntó el duque.

— ¿En qué hemos convenido, monseñor?

— En que seguiréis instruyéndome de todo.

Poulain vaciló, porque se le encargaba el oficio de espía.

— ¿Qué es eso? — añadió de Epernón. — ¿Se ha desvanecido ya esa adhesión sin límites?

— No, monseñor.

— ¿Luego puedo contar con vos?

Poulain hizo un esfuerzo y contestó:

— Podéis contar conmigo.

— Bajo el supuesto de que soy el único que lo sabe.

— El único, monseñor,

— Perfectamente; retiraos ya. ¡Ah! Que tengas cuidado con lo que hace el señor de Mayenne ¡por vida de Brios!

Pronunció estas últimas palabras al mismo tiempo que levantaba la mampara para que saliese Poulain: cuando vió á éste atravesar la antecámara y desaparecer, se dirigió al cuarto del rey.

Cansado Enrique III de entretenerse con sus perros, jugaba á la sazón al boliche.

El duque de Epernón se presentó con aire sombrío é inquieto; pero, preocupado el monarca con

su importante diversión, no hizo alto en el semblante del favorito.

Sin embargo, al notar que éste guardaba obstinado silencio, levantó la cabeza y fijó en él una mirada penetrante.

— ¿Qué tenemos de nuevo, Lavalette? — le preguntó. — ¿Has muerto por ventura?

— ¡Olajá, señor! — respondió de Eperón, — pues no vería lo que estoy viendo.

— ¿Qué! ¿Mi boliche?

— Señor, en los grandes peligros un súbdito fiel puede alarmarse hasta por la seguridad de su amo.

— ¿Todavía peligros? ¿Llévete, duque, el diablo más negro del infierno!

Y al decir esto, ensartó con admirable destreza la punta del boliche en el agujero de la bola de marfil.

— ¿Conque ignoráis lo que pasa? — le preguntó el duque.

— Puede suceder que lo ignore, — contestó el rey.

— Señor, señor, en este instante os halláis cercado de vuestros más crueles enemigos.

— ¡Bah! ¿Quiénes son?

— En primer lugar, la duquesa de Montpensier.

— ¡Ah! sí; es cierto; ayer estaba en la plaza, cuando desuartizaban á Salcedo.

— V. M. dice eso de un modo...

— ¿Y qué me importa?

— ¿Conque lo sabiais?

— Si no lo supiera no lo diría.

— ¿Y estáis enterado de que debe llegar el señor de Mayenne?

— Desde anoche.

— ¡Cómo! ¿Ese secreto! — exclamó el duque con desagradable sorpresa.

— ¿Hay por ventura secretos para el rey? — replicó Enrique.

— Pero ¿quién ha podido instruiros?

— ¿Ignoras que nosotros los príncipes tenemos revelaciones?

— Ó, por mejor decir, una policía.

— Lo mismo es.

— ¡Ah! ¿Conque V. M. tiene su policía y nada nos dice! — añadió picado de Eperón.

— ¡Ira de Dios! ¿Quién me amará, si yo no me amo?



— Me injuriáis, señor.

— Si efectivamente abrigas ese celo, mi querido Lavalette, lo cual es una grande cualidad, eres perezoso, que es un gran defecto. Tu noticia hubiera sido muy buena ayer á las cuatro de la tarde, pero hoy...

— Pero hoy... ¿Qué?

— Debes convenir en que llega algo tarde.

— Creo, por el contrario, que llega muy á tiempo, señor, pues que no estáis todavía dispuesto á escucharme.

— Hace una hora que te estoy escuchando.

— ¡Y qué! Os veis amenazado, combatido, os preparan emboscadas, ¿y no os movéis?

— ¿Con qué objeto? ¿No me has puesto una guardia respetable? ¿No pretendias ayer que estaba asegurada mi inmortalidad? Arrugas el ceño. ¡Vaya! ¿Se han retirado ya á Gascuña tus Cuarenta y Cinco, ó no sirven para maldita la cosa? ¿Sucede con ellos lo que con los mulos? Ya sabes que cuando éstos se presentan en la feria son como centellas, pero una vez comprados reculan en vez de andar.

— V. M. sabrá pronto lo que dan de sí.

— No me disgustará la prueba. ¿Conque pronto, eh?

— Señor, antes tal vez que imagináis.

— Vamos, tú vas á amedrentarme.

— Lo veréis, lo veréis, señor. ¡Ah! Á propósito, ¿cuándo pensáis ir al campo?

— ¿Al bosque?

— Sí.

— El sábado.

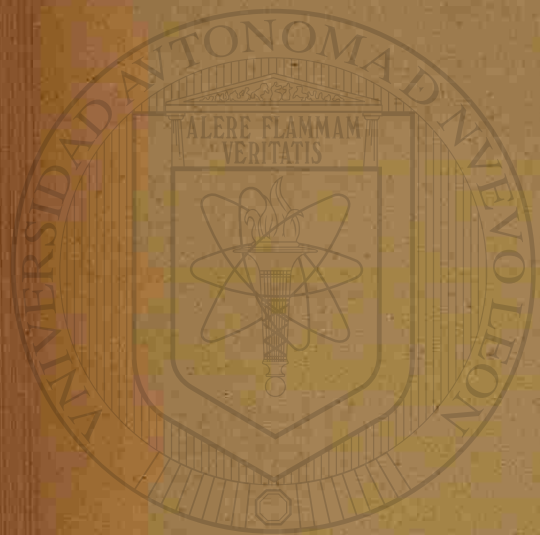
— ¿Dentro de tres días?

— Precisamente.

— Basta, señor.

El señor de Epernon saludó al rey y se retiró.

Cuando llegó á la antecámara se acordó de que había olvidado relevar al caballero Pertinaz de su centinela, pero el caballero Pertinaz se había relevado á sí mismo.



XI.

Los dos amigos.

Ahora, si el lector lo lleva á bien, seguiremos á los dos jóvenes que el rey, encantado de tener sus secretos propios, enviaba por su parte al mensajero Chicot.

No bien montaron á caballo Ernautón y Sainte-Maline, cuando por el empeño de no dejarse tomar la delantera, estuvieron á punto de estrellarse uno contra otro al pasar el postigo.

En efecto, marchando á la par los dos caballos,



hicieron chocar fuertemente una contra otra las dos rodillas de ambos jinetes.

El rostro de Sainte-Maline se puso cárdeno, y el de Ernautón se cubrió de palidez.

— Me lastimáis, caballero, — gritó el primero cuando pasaron la puerta. ¿Queréis despedazarme?

— También vos me lastimáis, — contestó Ernautón, — y no me quejo.

— ¿Creo que queréis darme una lección?

— No quiero daros absolutamente nada.

— ¿Cómo, cómo! — dijo Sainte-Maline arriando más su caballo para poder hablar de más cerca á su compañero. — Repetidme esas palabras.

— ¿Para qué?

— Para que yo las comprenda bien.

— ¿Buscáis camorra, eh? — dijo flemáticamente Ernautón. — Sí así es, tanto peor para vos.

— ¿Y por qué os he de buscar camorra? ¿Os conozco por ventura? — replicó desdeñosamente Sainte-Maline.

— Me conocéis perfectamente, caballero, — dijo Ernautón. — Primeramente, porque allá en nuestro país mi casa dista dos leguas de la vues-

tra, y mi antigua raza es allí conocida de todos; en segundo lugar, porque estáis dado á todos los diablos por haberme visto en París cuando creíais ser el único llamado; y en tercer lugar, porque me ha elegido el rey para ser el portador de la carta.

— ¿Y bien; sea así! — exclamó Sainte-Maline, pálido de furor. — Acepto como verdadero cuanto acabáis de decir, però resulta de ahí una cosa...

— ¿Cuál?

— Que me hallo mal á vuestro lado.

— Retiraos, si queréis. ¡Pardiez! no tengo el menor empeño en que me sigáis.

— Aparentáis no comprender lo que digo.

— Al contrario, caballero, se me figura que os comprendo perfectamente. Querriais, por ejemplo, cogerme la carta para llevarla, ¿no es eso? Por desgracia necesitáis matarme para conseguirlo.

— ¿Y quien os ha dicho que no tengo ganas de hacerlo?

— Del dicho al hecho hay gran treeho.

— Bajad conmigo á orillas del río, y veremos si no falta el refrán.

— Señor mío, cuando el rey me encarga que lleve una carta...

— ¿Qué hacéis ?

— La llevo.

— Yo os la arrancaré á la fuerza, por mucho que presumáis.

— Supongo que no me obligaréis á que os rompa la cabeza como á un perro rabioso...

— ¡ Vos á mí !

— Sin duda ; tengo aquí una pistola enorme, y vos no.

— ¡ Ah ! ya me las pagaréis, — dijo Sainte-Maline separando su caballo.

— Ya lo creo ; después que se concluya mi comisión.

— ¡ Voto á mil demonios !

— En cuanto al presente, moderaos, señor de Sainte-Maline, porque tenemos el honor de pertenecer al rey, y daríamos muy mala opinión de nosotros mismos si tratásemos de llamar la atención del pueblo. Pensad también que la discordia entre los defensores de S. M. sería un triunfo más para los enemigos del trono.

Sainte-Maline mordía sus guantes y hacía saltar su sangre bajo sus furibundos dientes.

— Vamos, vamos, — le dijo Ernaudón, — con-

servad esos puños para sostener bien la espada cuando llegue la ocasión.

— ¡ Ah ! voy á reventar de furor, — exclamó Sainte-Maline.

— En ese caso, — replicó Ernaudón, — me daréis hecho todo el trabajo.

Nadie es capaz de saber hasta qué extremo hubiera conducido á Sainte-Maline su rabia siempre en aumento ; pero al atravesar la calle de San Antonio por las inmediaciones de San Pablo, reparó Ernaudón en una litera, arrojó un grito de sorpresa y detuvo su caballo para mirar una dama medio tapada.

— ¡ Mi paje de ayer ! ! — murmuró.

La dama no hizo ademán de haberle reconocido, y pasó sin pestañear, aunque ocultándose en el fondo de la litera.

— ¡ Ira de Dios ! — dijo Sainte-Maline, — creo que me forzáis á detenerme por el gusto de ver á una mujer.

— Os pido que me perdonéis, caballero, — contestó Ernaudón prosiguiendo su camino.

Desde aquel momento continuaron al trote largo,



pasando por la calle del arrabal de San Marcelo sin dirigirse la palabra, ni aun para disputar.

Sainte-Maline parecía exteriormente tranquilo, pero lo cierto era que todos los músculos de su cuerpo se estremecían de cólera.

Había reconocido por otra parte que, á pesar de ser buen jinete, no le sería fácil seguir en un caso dado á Ernautón, porque su caballo era muy inferior al de éste y sudaba á mares sin haber corrido, descubrimiento que, como puede presumirse, contribuía poderosamente á exaltar su bilis.

Esta circunstancia le hacía cavilar muchísimo, y para probar de un modo exacto lo que podía prometerse de su corcel; le hostigaba sin cesar con el látigo y la espuela.

Pero aquella insistencia en el castigo produjo un altercado entre su caballo y él, cuando ya se hallaban cercanos al Bievre; el alazán no se expresó en términos retóricos como lo había hecho Ernautón, sino que acordándose de su origen (era normando), entabló al jinete un pleito, y el jinete lo perdió.

Comenzó por espantarse, después se encabritó, dió en seguida un salto de carnero y arrancó á escape hasta el Bievre, en donde se desembarazó

de su jinete, rodando con él hasta el río, en el cual se separaron.

Se podían oír desde una legua las imprecaciones de Sainte-Maline, aunque medio ahogadas por el líquido elemento; cuando después de mil esfuerzos consiguió levantarse, los ojos parecían saltarle de sus órbitas, y algunas gotas de sangre que corrían de su desollada frente le surcaban el rostro.

Sainte-Maline dirigió miradas atónitas en torno suyo: el caballo había salido ya á la orilla, aunque no se veía más que la grupa, lo cual indicaba que debía tener la cabeza vuelta hacia el Louvre.

Molido, lleno de barro, calado hasta los huesos, cubierto de sangre y de contusiones, Sainte-Maline se convenció de que no podría apoderarse de su corcel, y que el pretenderlo sería una tentativa ridícula.

Entonces se acordó de las palabras que había dirigido á Ernautón. En efecto, supuesto que no había querido esperar un momento á su compañero en la calle de San Antonio, ¿cómo había de tener su compañero la atencíon de aguardarle una ó dos horas en medio del camino?

Esta reflexión convirtió su cólera en desespera-

ción violenta, y mucho más cuando notó desde el sitio en que se hallaba encajonado que Ernaudón, silencioso, picaba á su caballo oblicuando la marcha por otro camino, que sin duda tenía por más corto.

Los hombres verdaderamente irascibles revelan el punto culminante de su cólera por medio de una ráfaga de locura: algunos sólo llegan hasta el delirio; otros llegan hasta la postración total de sus fuerzas y de su inteligencia.

Sainte-Maline desenvainó maquinalmente el puñal, y por un instante concibió el designio de sepultarlo en su pecho hasta el mango. Nadie, ni aun él mismo, sería capaz de decir lo que sufrió en aquel corto espacio. Fué una crisis de aquellas que matan á un hombre, ó le hacen diez años más viejo.

Subió por fin por el declive del río ayudándose con manos y rodillas hasta que llegó al punto más alto; una vez allí, examinó el camino, pero nada se veía. Ernaudón había desaparecido por la derecha, sin duda avanzando á toda brida, y, en el fondo, había desaparecido su corcel.

En tanto que Sainte-Maline daba cabida en su imaginación exasperada á mil pensamientos sinies-

tros contra todo el mundo y contra sí mismo, resonó en sus oídos el galope de un caballo, y al mismo tiempo vió desembocar, por la parte de la derecha del camino que había seguido Ernaudón, á un caballero montado.

El caballero conducía otro alazán por la brida.

Era precisamente el resultado de la carrera del señor de Carmainges, quien se habia dirigido hacia la derecha del río, porque no ignoraba que perseguir á un caballo por detrás es infundirle aliento para huir con la velocidad que comunica el miedo.

Había por consiguiente cortado el paso al cuadrúpedo normando por medio de un rodeo, esperándole en una estrecha callejuela.

Al reparar en él se llenó de contento el corazón de Sainte-Maline, y experimentó al mismo tiempo un movimiento de efusión y de gratitud que prestó nuevo brillo á sus miradas; mas no tardó en obscurarse su semblante, porque acababa de reconocer la superioridad que Ernaudón tenía sobre él, que se creía incapaz de haber obrado del mismo modo en iguales circunstancias.

La nobleza de su honroso proceder le anonadaba, y cuanto más pensaba en ella más tormentos sufría.



Murmuró sin embargo algunas frases en acción de gracias, en las que no hizo alto Ernauton, empuñó las riendas con ira, y, á pesar de los dolores que le atormentaban, se plantó en la silla.

Ernautón, siempre silencioso, tomó la delantera al paso acariciando á su caballo.

Ya hemos dicho que Sainte-Maline era un buen jinete; por lo tanto, el accidente de que había sido víctima sólo podía considerarse como una sorpresa: así que, después de otra pequeña lucha, en la cual estuvo de su parte la ventaja, dominó por fin á su corcel y le hizo tomar el trote.

— Os doy las gracias, caballero, — dijo por segunda vez á Ernautón después de haber consultado cien veces con su orgullo y con la decencia social.

Ernautón se contentó con inclinarse hacia él llevando la mano al ala de su sombrero.

El camino pareció bastante largo á Sainte-Maline.

Como á las dos y media de la tarde, alcanzaron á un hombre que caminaba acompañado por un perro; era de alta estatura y pendía de su cintura una

larga espada: no era Chicot, aunque tenía brazos y piernas como las suyas.

Sainte-Maline, aunque todavía cubierto de fango, no pudo contenerse, y al ver que Ernautón pasaba de largo sin hacer caso de aquel hombre, concibió la idea de que su compañero se viese en descubierto por su falta de precaución; así pues se acercó al caminante, preguntándole:

— ¿Esperáis alguna cosa?

El viajero miró á Sainte-Maline, cuyo aspecto á la sazón, á decir verdad, nada tenía de agradable. Aquel rostro descompuesto por la reciente cólera, aquel barro aun no seco de su traje, aquella sangre reciente de su frente y mejillas, aquellas cejas negras y fruncidas, aquella mano calenturienta extendida hacia él, y el gesto de amenaza que la acompañaba, todo pareció de muy mal agüero al caminante.

— Si espero algo, — contestó, — al menos á nadie aguardo, y si efectivamente aguardo á alguno, de seguro que no os aguardo á vos.

— Sois muy poco urbano, señor mío, — repuso Sainte-Maline, contento al fin porque se le presentaba una ocasión de desfogar su cólera, y furioso

también porque, en el hecho de equivocarse, acababa de proporcionar un nuevo triunfo á su adversario.

Al mismo tiempo levantó la mano armada del látigo para sacudir al viajero, pero éste puso en juego el pato que llevaba y asestó un golpe en la espalda á Sainte-Maline: acto continuo silbó á su perro, que se avanzó á los corvejones del caballo y al muslo del caballero, arrancando al primero una tajada y al segundo un jirón de los calzones.

Irritado el caballo por el dolor, partió á escape como si llevase en el cuerpo una legión de demonios, sin que pudiese contenerlo Sainte-Maline, quien á pesar de todo no perdió los estribos.

Pasó, pues, como una flecha disparada por el lado de Ernautón, quien le vió pasar sin sonreírse de su percance.

Por fin, cuando logró detener al normando, cuando notó que el señor de Carmainges se le reunía, su orgullo empezó, no precisamente á disminuir, sino á entrar en composición.

— ¡Vamos, vamos! — exclamó procurando sonreírse; — ya veo que este es mal día para mí, según parece. Y con todo, el caminante que queda atrás

se parece bastante al retrato que nos ha hecho S. M. del hombre á quien buscamos.

Ernautón guardó silencio.

— Os estoy hablando, caballero, — añadió Sainte-Maline, exasperado por aquella sangre fría, que con razón consideraba como una prueba de desprecio, y que se empeñaba en hacer cesar por cualquiera ruptura definitiva, aun cuando le costase la vida. — Os hablo, repito. ¿No me escucháis?

— El hombre designado por S. M., — respondió Ernautón, — no lleva palo ni perro.

— Es verdad, y á haber reparado yo en ello, tendría ahora una contusión menos en la espalda y dos mordiscos menos en el muslo: ya veo que es muy bueno mostrarse prudente y tranquilo.

Ernautón no le contestó; pero, alzándose sobre los estribos y poniendo la mano abierta encima de los ojos, en forma de pantalla, exclamó:

— Allá abajo está aguardándonos el hombre que buscamos.

— ¡Con mil diablos! — murmuró Sainte-Maline incomodado por la nueva ventaja de su compañero; — tenéis excelente vista: yo sólo distingo un punto negro, y aun eso con poca claridad.



Ernautón, sin responder, continuó avanzando, y no tardó Sainte-Maline en ver y reconocer al hombre que el rey les había señalado. Dominado por su envidia, picó su caballo para llegar el primero.

Ernautón esperaba aquel movimiento y le miró sin disgusto y sin intención aparente: aquella mirada contuvo á Sainte-Maline, que puso su caballo al paso.

XII.

Sainte-Maline.

Ernautón no se había equivocado, pues aquel hombre era Chicot en persona.

Este, por su parte, tenía buena vista y buen oído, y había visto y oído á los jinetes de muy lejos, y los aguardaba imaginándose que iban en busca suya.

Cuando ya no le cupo duda sobre esto, cuando vió que los dos jinetes se dirigían verdaderamente hacia él, llevó sin afectación la mano al pomo de su larga espada, á fin de tomar una actitud noble.

Ernautón, sin responder, continuó avanzando, y no tardó Sainte-Maline en ver y reconocer al hombre que el rey les había señalado. Dominado por su envidia, picó su caballo para llegar el primero.

Ernautón esperaba aquel movimiento y le miró sin disgusto y sin intención aparente: aquella mirada contuvo á Sainte-Maline, que puso su caballo al paso.

XII.

Sainte-Maline.

Ernautón no se había equivocado, pues aquel hombre era Chicot en persona.

Este, por su parte, tenía buena vista y buen oído, y había visto y oído á los jinetes de muy lejos, y los aguardaba imaginándose que iban en busca suya.

Cuando ya no le cupo duda sobre esto, cuando vió que los dos jinetes se dirigían verdaderamente hacia él, llevó sin afectación la mano al pomo de su larga espada, á fin de tomar una actitud noble.



Ernautón y Sainte-Maline se miraron en silencio por espacio de un segundo.

— Os toca á vos, caballero, si lo tenéis á bien, — dijo Ernautón inclinándose á su adversario ; porque, en aquella ocasión, la palabra adversario es más propia que la de compañero.

Sainte-Maline quedó sofocado ; la sorpresa de aquella cortés invitación le embargaba la voz, y sólo contestó con un movimiento de cabeza.

Ernautón, al ver que no desplegaba los labios, tomó la palabra :

— Caballero, — dijo á Chicot, — el señor y yo estamos á vuestras órdenes.

Chicot saludó con una graciosa sonrisa.

— ¿ Podríamos preguntaros, sin parecer indiscretos, cómo os llamáis ? — continuó diciendo el joven.

— Me llamo La Sombra, caballero, — respondió Chicot.

— ¿ Aguardáis alguna cosa ?

— Sí, señor.

— ¿ Y tendréis la bondad de decirnos lo que aguardáis ?

— Aguardo una carta.

— No debéis extrañar nuestra curiosidad, caballero, pues nada tiene de ofensiva para vos.

Chicot se volvió á inclinar con una sonrisa cada vez más graciosa.

— ¿ De dónde esperáis esa carta ? — repuso Ernautón.

— Del Louvre.

— ¿ Con qué sello ?

— Con el sello real.

Ernautón llevó la mano á su bolsillo.

— ¿ Sin duda reconoceréis esta carta ? — preguntó.

— Sí, sí la veo.

Ernautón sacó la carta.

— Esa es, — dijo Chicot, — y para mayor seguridad, os debo dar en cambio alguna cosa, ¿ no es verdad ?

— Sí, un recibo.

— Perfectamente.

— Caballero, el rey me ha encargado la carta hasta el momento en que os encontrase, pero el señor es quien debe entregárosla.

Diciendo y haciendo alargó la misiva á Sainte-Maline, quien la tomó y la puso en manos de Chicot.

— Gracias, caballero, — dijo éste.

— Ya veis, — observó Ernaudón, — que hemos cumplido fielmente las órdenes que se nos han dado ; en ese camino no se divisa alma nacida, y por lo tanto nadie nos ha visto hablar con vos ni entregarnos esa carta.

— Es muy cierto, caballero ; reconozco la verdad de vuestras palabras, y en caso necesario daré testimonio de ellas. Ahora debo cumplir por mi parte.

— En efecto... el recibo... — murmuraron á un mismo tiempo los dos jóvenes.

— ¿ Á cuál de los dos debo darlo ?

— No lo ha dicho el rey, — contestó Sainte-Maline mirando á su compañero con gesto amenazador.

— Extendedlo por duplicado, — replicó Ernaudón, — y llevaremos cada uno una copia ; hay una distancia regular desde aquí al Louvre, y el señor ó yo podemos experimentar algún contratiempo.

Al pronunciar estas palabras, los ojos de Ernaudón brillaron como relámpagos.

— Sois hombre prudente, le dijo Chicot.

Sacó acto continuo un librito de memoria, arrancó de él dos hojas y escribió en ellas lo siguiente :

*He recibido de manos del Sr. Renato de Sainte-Maline la carta que ha traído el Sr. Ernaudón de Carmaingés.*

LA SOMBRA.

— Adiós, caballero, — dijo Sainte-Maline apoderándose de su recibo.

— Adios, caballero, y buen viaje, — añadió Ernaudón. — ¿ Se os ofrece alguna otra cosa para el Louvre ?

— Nada absolutamente, señores ; vuelvo á daros infinitas gracias.

Ernaudón y Sainte-Maline volvieron bridas hacia París, y Chicot, por su parte, se alejó con un paso que hubiera podido envidiar la mejor cabalgadura.

Apenas hubo desaparecido, cuando Ernaudón, que casi no había caminado cien pasos, detuvo su caballo, y dirigiéndose á Sainte-Maline, le dijo :

— Ahora, caballero, pie á tierra, si lo tenéis á bien.

— ¿ Con qué objeto ? — le preguntó aquél con asombro.



— Hemos cumplido nuestra comisión y tenemos que hablar: por otra parte, este sitio me parece muy á propósito para una conversación del género de la nuestra.

— Como gustéis, caballero, — repuso Sainte-Maline apeándose al ver que lo había hecho ya su compañero de viaje.

No bien echó pie á tierra cuando Ernautón le dijo acercándose á él:

— Bien sabéis, caballero, que sin motivo por mi parte y sin medida por la vuestra, en una palabra, sin el menor motivo me habéis ofendido durante todo el día gravemente. No es esto todo: habéis tratado de provocarme en un momento inoportuno, y me he negado á batirme; pero al presente es otra cosa, y estoy á vuestras órdenes.

Sainte-Maline escuchó estas palabras con gesto sombrío: pero ¡cosa extraña! no experimentaba ya la misma cólera que en sus anteriores provocaciones, y por consiguiente no quería batirse: la reflexión había podido más en él que el orgullo, y juzgaba ya desapasionadamente la inferioridad de su posición.

— Caballero, — contestó al cabo de un instante

de silencio, — cuando os insulté me hicisteis un gran servicio: hé aquí por qué no soy capaz de sostener las mismas palabras que antes os he dirigido.

Ernautón cerró los ojos con disgusto.

— Necesito saber, — respondió, — si pensáis todavía lo mismo que deciais hace poco.

— ¿Quién os asegura semejante cosa?

— Todas vuestras palabras respiraban odio y envidia, y al cabo de dos horas que hace que las habéis pronunciado no creo que esos dos sentimientos hayan desaparecido completamente de vuestro corazón.

Sainte-Maline se sonrió; mas no replicó una palabra.

Ernautón se detuvo un instante, y luego prosiguió diciendo:

— Si el rey me ha preferido á vos, consiste en que he llegado á agradarle más; si no he rodado como vos en el Bievre, consiste en que soy mejor jinete; si no he aceptado vuestro desafío cuando os ha parecido oportuno proponérmelo, consiste en que tengo más prudencia; si no me ha mordido un perro y apaleado un hombre, consiste en que tengo

mayor sagacidad; por último, si ahora mismo os pido satisfacción de vuestras ofensas, obligándoos á desenvainar la espada, consiste en que tengo más honor, y... no me obliguéis á decirlo... más valor.

Sainte-Maline temblaba de furor, y sus ojos despedían llamas: todas las malas pasiones que Ernautón había señalado, se revelaban en el lívido rostro de su contrario: no bien Carmainges pronunció las últimas palabras, cuando desenvainó la espada como un loco.

Ernautón empuñaba ya la suya.

— Vamos, caballero — dijo Sainte-Maline; — retirad la última palabra que habéis pronunciado, porque está de más, como debéis conocerlo, ya que sabéis quién soy; pues, como habéis dicho, vivimos separados por dos leguas de distancia: retiradla, porque bastante me habéis humillado; no me deshonréis.

— Caballero, — respondió Ernautón, — como nunca me encolerizo, nunca digo tampoco más que lo que quiero decir, y por consiguiente nada tengo que retirar. También soy sensible á los insultos, y, como nuevo en la corte, no quiero avergonzarme cada vez que os encuentre al paso. Crucemos, pues,

las espadas si os agrada, porque esto valdrá tanto para mi satisfacción como para la vuestra.

— ¡ Oh! me he batido once veces, — dijo Sainte-Maline, y de mis once adversarios quedaron dos en el campo. Supongo que lo sabéis.

— Pues yo, caballero, nunca he hecho otro tanto, — replicó Ernautón, — porque no se me ha presentado la ocasión; ahora viene á buscarme cuando no la esperaba, y la acojo con placer. Cuando gustéis, caballero.

— Esperad, — dijo Sainte-Maline meneando la cabeza; — somos compatriotas, ambos estamos al servicio del rey, por consiguiente soy de parecer que no debemos batirnos, supuesto que os reconozca por un valiente: si me fuera posible, también os ofrecería mi mano. ¿ Qué más queréis? Me manifiesto á vos tal como soy, ulcerado en el fondo de mi corazón, y no por por mi culpa. Soy envidioso sin poderlo remediar, porque la naturaleza me ha arrojado al mundo en hora funesta. El señor Chalabre, el señor de Monterabeau, ó el señor de Pincorney no hubieran excitado mi cólera, porque esta ventaja sólo la debéis á vuestro mérito; consolaos, pues, ya que mi envidia nada puede contra



vos, y que, á despecho mío, os queda vuestro mérito. Esto quiere decir que quedamos como antes. ¿No es esto, caballero? Sufriría demasiado si dijérais á alguno el motivo de nuestra disputa.

— Nadie lo sabrá.

— ¿Nadie?

— No, caballero, porque si nos batimos os mataré ó me mataréis: no creáis por eso que hago poco caso de la vida, al contrario, la estimo mucho, porque tengo veintitrés años, buen nombre, y no soy enteramente pobre: espero en mí y el porvenir, y por consiguiente debéis creer que me defenderé como un héroe.

— Á mí me sucede todo lo contrario, caballero: tengo ya treinta años y estoy cansado de vivir, porque en nada espero, pero á pesar de todo, y aunque nunca seré feliz, deseo no batirme con vos.

— Es decir que vais á darme una satisfacción.

— No; bastante he hecho y dicho: si no os dáis por satisfecho, tanto peor para vos, porque dejaréis de ser superior á mí.

— Debo recordaros, caballero, que no puede quedar terminado este asunto de semejante modo,

sin que los contendientes sean silbados, y mucho más si se atiende á que son gascones.

— Eso es precisamente lo que espero, — dijo Sainte-Maline.

— ¡Cómo!

— Lo que os digo; necesito un hombre que me silbe. ¡Qué feliz momento para mí!

— ¿Luego rehusáis el combate?

— Deseo no batirme... con vos, se entiende.

— ¿Después de haberme provocado?

— Convenido.

— ¿Pero y si me falta la paciencia y la emprendo con vos á estocadas?

Sainte-Maline apretó convulsivamente los puños.

— En ese caso, — dijo, — tanto mejor, arrojaré mi espada á cuarenta pasos.

— Mirad lo que decís, caballero, porque en ese caso no os daré de punta.

— Corriente: esa será una razón más para aborreceros, y os aborreceré mortalmente; algún día os encontraré débil, como hoy me veis, y os mataré desesperado.

Ernautón envainó su espada.

— Sois un hombre extraordinario, — le

dijo, — y os compadezco con todo mi corazón.

— ¿ Me compadeceís ?

— Sí, porque debéis sufrir mucho.

Horriblemente.

— ¿ No debéis amar nunca

— Nunca.

— Pero, á lo menos, tendréis pasiones.

— Una sola.

— Me habéis dicho que la de la envidia.

— Sí, lo que hace que las tenga todas en un grado de vergüenza y desgracia indecible: adoro á una mujer desde que ella ama á otro, amo el oro cuando está en poder de otro, soy orgulloso siempre por comparación, bebo por encender en mí la cólera, es decir, por aguzarla cuando no es crónica, es decir, por hacerla estallar y quemar como un rayo. ¡ Oh ! Sí, lo habéis dicho, señor de Carmainges, soy desgraciado.

— ¿ Y no habéis tratado nunca de corregiros ?

— preguntó Ernaudón.

— No lo he conseguido.

— Entonces ¿ qué esperáis ? ¿ qué pensáis hacer ?

— ¿ Qué hace la planta venenosa ? Tiene flores como las otras, y hay personas que saben sacar de

ella una utilidad. ¿ Qué hacen el oso y el ave de rapiña ? Muerden, pero hay quienes saben criarlos y educarlos para la caza. Hé ahí lo que soy y lo que seré probablemente entre las manos del señor de Eperón y del señor Loignac, hasta el día en que me digan : Esta planta es nociva, arranquémosla ; esta bestia está rabiosa, matémosla.

Ernaudón se había calmado poco á poco. Para él Sainte-Maline no era ya un objeto de cólera sino de estudio, y casi sentía compasión hacia aquel hombre arrastrado por las circunstancias á hacerle tan singulares confesiones.

— Una gran fortuna, y vos podéis hacerla con las cualidades que tenéis, — dijo ; — desarrollaos en el sentido de vuestros instintos, señor de Sainte-Maline, y haréis carrera en la guerra ó en la intriga ; entonces, pudiendo dominar, aborreceréis menos.

— Por muy arriba que me eleve, por profundas que sean las raíces que eche, siempre habrá sobre mí fortunas superiores que me mortificarán, y debajo de mi risas sardónicas que me desgarrarán los oídos.

— Os compadezco, — repitió Ernaudón.



Y terminaron el diálogo.

Ernautón se dirigió á su caballo que había dejado atado á un árbol, y desatándole, volvió á montar.

Sainte-Maline no había soltado la brida del suyo.

Ambos tomaron el camino de París, el uno silencioso y sombrío por lo que había oído; el otro por lo que había dicho.

De súbito, Ernautón alargó la mano á Sainte-Maline.

— ¿Queréis que yo trate de curaros? — le dijo.

— Veamos.

— Ni una palabra más, caballero, — respondió Sainte-Maline, — no, no lo intentéis porque nada lograríais. Al contrario, aborrecedme, y ese será el medio de que yo os admire.

— Lo repito, os compadezco, caballero, — dijo Ernautón.

Una hora después, los dos caballeros entraban en el Louvre y se dirigían al cuartel de los Cuarenta y Cinco.

El rey había salido y no debía volver hasta la noche.

### XIII.

El señor de Loignac dirige una alocución á los Cuarenta y Cinco.

Los dos jóvenes se asomaron á la ventana de sus respectivos aposentos para espiar la llegada del rey, aunque cada uno con pensamientos muy diferentes. Sainte-Maline, entregado completamente á su odio, á su vergüenza y ambición, con el entrecejo fruncido y el corazón ardiendo. Ernautón, sin acordarse ya de lo que había pasado, y preocupado sólo de una cosa, esto es, de quién podía ser aquella mujer que él había introducido en París disfrazada de paje y á quien había vuelto á encontrar en una magnífica litera.

Aquellos dos encuentros ofrecían amplia materia

II.

41  
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

Y terminaron el diálogo.

Ernautón se dirigió á su caballo que había dejado atado á un árbol, y desatándole, volvió á montar.

Sainte-Maline no había soltado la brida del suyo.

Ambos tomaron el camino de París, el uno silencioso y sombrío por lo que había oído; el otro por lo que había dicho.

De súbito, Ernautón alargó la mano á Sainte-Maline.

— ¿Queréis que yo trate de curaros? — le dijo.

— Veamos.

— Ni una palabra más, caballero, — respondió Sainte-Maline, — no, no lo intentéis porque nada lograríais. Al contrario, aborrecedme, y ese será el medio de que yo os admire.

— Lo repito, os compadezco, caballero, — dijo Ernautón.

Una hora después, los dos caballeros entraban en el Louvre y se dirigian al cuartel de los Cuarenta y Cinco.

El rey había salido y no debía volver hasta la noche.

## XIII.

El señor de Loignac dirige una alocución á los Cuarenta y Cinco.

Los dos jóvenes se asomaron á la ventana de sus respectivos aposentos para espiar la llegada del rey, aunque cada uno con pensamientos muy diferentes. Sainte-Maline, entregado completamente á su odio, á su vergüenza y ambición, con el entrecejo fruncido y el corazón ardiendo. Ernautón, sin acordarse ya de lo que había pasado, y preocupado sólo de una cosa, esto es, de quién podía ser aquella mujer que él había introducido en París disfrazada de paje y á quien había vuelto á encontrar en una magnífica litera.

Aquellos dos encuentros ofrecían amplia materia

II.



de reflexión á un corazón más dispuesto á las aventuras amorosas que á los cálculos de la ambición.

Así, Ernautón se fué abismando poco á poco en sus reflexiones tan profundamente que, hasta que levantó la cabeza, no percibió que había desaparecido Sainte-Maline.

Una idea le ocurrió: Sainte-Maline, menos preocupado que él, había notado la llegada del rey, y había ido á su aposento.

Retiróse apresuradamente, atravesó la galería y llegó á la puerta de la real cámara, precisamente en el momento en que salía de ella Sainte-Maline.

— Mirad lo que me ha dado el rey, — le dijo Sainte-Maline lleno de gozo, mostrándole una cadena de oro.

— Os doy el parabién, — respondió Ernautón, sin que su voz revelase la menor emoción.

Y entró á su vez en la estancia del rey.

Sainte-Maline esperaba alguna manifestación de celos por parte del señor de Carmainges, y por consiguiente quedó atónito de aquella calma, aguardando á que Ernautón saliese.

Éste permaneció como unos diez minutos en la

cámara de Enrique, minutos que parecieron siglos á Sainte-Maline.

Salió por fin: Sainte-Maline permanecía en el mismo sitio; examinó á su compañero con una rápida mirada, luego se dilató su corazón, porque Ernautón no traía ningún regalo, á lo menos que fuese visible.

— Y á vos, caballero, ¿qué os ha dado el rey?

— preguntó Sainte-Maline, siguiendo en su idea.

— Su mano á besar, — respondió Ernautón sonriendo.

Sainte-Maline estrujó su cadena entre sus manos con tal fuerza que rompió un anillo.

Ambos se dirigieron silenciosos á su habitación.

Al entrar en la sala sonó el clarín, y, á ese toque de llamada, salieron los Cuarenta y Cinco de sus respectivos cuartos como salen las abejas de las colmenas.

Todos se preguntaban unos á otros qué era lo que había ocurrido de nuevo, al mismo tiempo que aprovechaban aquel instante de reunión general para admirar el cambio que se había operado en la limpieza y traje de todos los gascones.

Casi todos ostentaban gran lujo, de mal gusto si

se quiere, pero en el cual el esplendor suplía á la elegancia.

Por otra parte, tenían lo que el duque de Epernon deseaba en ellos, á fuer de hábil político, ya que era mal soldado: unos juventud, otros vigor, y otros, en fin, experiencia; y estas ventajas obligaban á olvidar sus demás defectos.

En una palabra, los Cuarenta y Cinco se asemejaban á un cuerpo de oficiales vestidos de gala, siendo su traje militar, con algunas excepciones, el que ellos habían ambicionado.

Largas tizonas, espuelas enormes, retorcidos mostachos, botas y guantes de búfalo, todo cubierto de oro por el bien parecer, como entonces se decía: hé aquí el uniforme que el instinto había inspirado á los más de aquellos caballeros.

Los más discretos se conocían en el color obscuro del traje, los más avaros en la solidez del paño, los vivarachos en las joyas con que se adornaban.

Perducas del Pincorney había encontrado en casa de algún judío una cadena de cobre dorado sumamente gruesa y pesada.

Pertinaz de Montcrabeau era todo él rizos y bordados; había comprado su uniforme á un mercader

de la calle des Haudriettes, que había dado abrigo á un caballero herido por varios ladrones. Dicho caballero, reconocido á tan generosa hospitalidad, dejó á su huésped el uniforme, que era bastante decente: es verdad que tenían dos agujeros que en él habían hecho dos puñaladas, pero Pertinaz los mandó bordar de oro, convirtiendo así una falta en un adorno.

Eustaquio de Miradoux no brillaba, porque había tenido que vestir á Lardille, Militar y los dos niños. La primera había elegido un traje tan rico como lo permitían las leyes suntuarias de la época; Militar estaba cubierto de terciopelo desde la cabeza á los pies, ostentando una toquilla con plumas, y medias de seda bordadas; de modo que sólo quedó al pobre Eustaquio la cantidad precisa para cubrir sus carnes.

En cuanto al señor Chalabre, conservaba aún su ropilla color gris, que un sastre acababa de componer y forrar de nuevo; algunas tiras de terciopelo hábilmente puestas en las costuras más deterioradas hacían más disimulable la vejez de la prenda: el señor de Chalabre decía á todas horas, que su único deseo era hacerse una ropilla nueva;



pero á pesar de sus diligencias, le había sido imposible encontrar mejor paño que el de la suya.

Por lo demás, se había comprado calzones color de amapola, botas, capa y sombrero, todo ello de una perspectiva armónica, como sucede siempre en el traje del avaro.

Respecto á sus armas, nada había que decir; pues, como antiguo guerrero, había sabido procurarse una magnífica espada toledana, una daga turca y una gola excelente.

Aquellos caballeros examinaban mutuamente sus trajes, cuando el señor de Loignac entró en el cuartel frunciendo el entrecejo; mandó formar círculo, y se colocó en medio de él con una arrogancia que nada tenía de satisfactoria para los Cuarenta y Cinco.

Inútil nos parece asegurar que todas las miradas se fijaron en el jefe.

— Señores, — dijo con voz de trueno, — ¿no falta ninguno? ¿Están todos presentes?

— Todos, — contestaron cuarenta y cinco voces en coro perfecto que prometían mucho para la disciplina.

— Caballeros, — prosiguió Loignac, — se os ha

traído aquí para que forméis la guardia particular del rey, título honroso, pero que encierra muchas obligaciones.

Loignac hizo una pausa, y sus primeras palabras fueron acogidas con murmullos de satisfacción.

— Se me figura, sin embargo, — añadió, — que no todos habéis comprendido exactamente la extensión de vuestros deberes, y por lo mismo os los voy á explicar.

Todos escucharon con atención, y era evidente que estaban ansiosos de conocer sus obligaciones, si no dispuestos á cumplirlas.

— No debéis figuraros, caballeros, que él os paga y os mantiene para que os deis á los demonios y repartáis arañazos y estocadas cuando se os antoje; la disciplina es una cosa indispensable entre vosotros, porque sois unos verdaderos diablos, pero esa disciplina ha de ser secreta: además, componéis una reunión brillante de caballeros, y debéis por lo tanto ser los primeros en acatar las leyes del reino.

Los Cuarenta y Cinco no respiraban, y parecía indudable que las consecuencias de la perorata iban á ser muy serias.

— Desde hoy habitaréis en lo interior del pala-

cio del Louvre, es decir, en el mismo laboratorio del gobierno; de modo que si no asistís á todas las deliberaciones, seréis casi siempre llamados para ejecutar lo que se os mande: por consiguiente os halláis en el caso de los oficiales que no sólo aceptan la responsabilidad de un secreto, sino que obtienen la autoridad del poder ejecutivo.

Otro murmullo de satisfacción recorrió las filas de los gascones, y sus cabezas se levantaron con orgullo como si la vanidad las hubiese hecho crecer muchas pulgadas.

— Supongamos ahora, — prosiguió Loignac, — que uno de dichos oficiales, en cuyo celo descansa muchas veces la seguridad del Estado ó la tranquilidad de la Corona, supongamos, digo, que uno de esos oficiales haga traición al secreto que se le confía, ó que un soldado, á quien se da una consigna, no la ejecute: ¿sabéis lo que sucede? Se le condena á muerte.

— En eso no hay duda, — contestaron muchas voces.

— Pues bien, caballeros, — exclamó Loignac con acento terrible, — aquí mismo, hoy, se ha hecho traición á una orden del rey, haciendo tal vez

imposible una medida que S. M. quería tomar.

— El terror comenzó á reemplazar al orgullo y á la admiración: los Cuarenta y Cinco se miraron unos á otros con desconfianza é inquietud.

— Dos de vosotros, caballeros, han sido sorprendidos en la calle disputando como dos viejas y dirigiéndose con encarnizamiento palabras tan graves, que cada una de ellas puede herir á un hombre y aun matarlo.

Sainte-Maline se adelantó al punto hacia el señor de Loignac y le dijo:

— Creo que tengo el honor de hablaros en nombre de mis camaradas; importa mucho por lo mismo que vuestras sospechas no recaigan por más tiempo sobre todos los servidores del rey; hablad pronto, si así os place, y sepamos á qué atenernos, á fin de que no se confundan los buenos con los malos.

— Eso es muy fácil, — contestó Loignac.

Todos redoblaron su atención.

— El rey ha recibido hoy aviso de que uno de sus enemigos, precisamente uno de aquellos á quienes debéis combatir, llegaba á París para desafiar su poder y conspirar contra él. Aunque se ha pronunciado secretamente el nombre de este



enemigo, lo ha oído un centinela, es decir, un hombre que hubiera debido considerarse como una pared, y que, como ella, debía haber sido sordo, mudo é inmóvil; sin embargo, éste mismo, apenas se halló en medio de la calle, ha repetido el nombre de ese enemigo del rey con tales fanfarronadas y estrépito, que llamaron la atención de los transeuntes y promovieron una especie de conmoción; yo lo sé, yo, que seguía el mismo camino que ese hombre, y que lo escuché todo con mis propios oídos; yo, que le puse la mano sobre el hombro para impedir que continuara, porque, según las trazas que llevaba, con pocas palabras más habría comprometido tantos intereses sagrados, que me hubiera visto obligado á dejarle en el sitio cosido á puñaladas, si á mi primer aviso no se hubiese quedado mudo.

En aquel momento se vió á Pertinaz de Monterabeau y á Perducas de Pincorney ponerse pálidos y apoyarse uno contra otro medio desfallecidos.

Monterabeau, sin embargo, trató de balbucear algunas palabras de disculpa; pero apenas los dos culpables se delataron con su propia turbación, todas las miradas se fijaron en ellos.

— Nada puede justificaros, señor, — dijo Loignac á Monterabeau; — si estabais borracho, debéis ser castigado por haber bebido; si obrasteis sólo por jactancia y orgullo, también merecéis castigo.

Á estas palabras sucedió un silencio profundo y terrible. Como recordará el lector, el señor de Loignac anunció al comenzar una severidad que prometía siniestros resultados.

— En su consecuencia, — continuó Loignac, — señor de Monterabeau, y vos también, señor de Pincorney, seréis castigados.

— Perdón, señor, — respondió Pertinaz: — reparad en que venimos de provincia, que somos nuevos en la corte, y que ignotamos el arte de vivir conforme á la política.

— No se debe aceptar el honor de servir á S. M. sin pesar las cargas y obligaciones de ese servicio.

— En lo sucesivo seremos mudos como sepulcros: os lo juramos.

— Todo eso es muy bueno, señores: pero ¿repararéis mañana todo el mal que hoy habéis hecho?

— Procuraremos hacerlo así.

— Imposible, os digo que es imposible.

— Pues bien, perdonadnos por esta vez, señor.

— Vivís, señores, — replicó Loignac sin contestar directamente á la súplica de los dos culpables, — en una manifiesta insubordinación y licencia que quiero reprimir por medio de una estricta disciplina: ¿lo entendedís bien? Los que juzguen duro el servicio, que lo dejen; no faltarán voluntarios que los reemplacen.

Nadie contestó, pero muchas frentes se arrugaron.

Ea, pues, — prosiguió el jefe, — importa mucho que os enteréis bien de esto: la justicia se hará entre nosotros de un modo secreto y expedito, sin pergaminos ni procesos, y los traidores sufrirán en el acto la pena de muerte. Para el efecto hay mil pretextos, y nadie podrá sospechar la menor cosa. Supongamos, por ejemplo, que los señores Monterabeau y Pincorney, en vez de hablar en la calle de cosas que debieron haber olvidado, se hubieran entretenido en sacar á colación otras de que pudieron acordarse. ¿Quién ha dicho que una disputa no puede provocar un duelo entre estos señores? En un duelo sucede muchas veces que sucumben los dos adversarios, y por lo tanto al día siguiente de la disputa pueden encontrarse muertos los caballeros

Pincorney y Monterabrau, del mismo modo que se encontraron los caballeros de Quélus, de Schomberg y de Maugirón: el asunto tendrá todas las apariencias de un duelo, y negocio concluido. Por consiguiente haré matar en desafío ó de otro modo cualquiera al que haga traición á los secretos del rey.

Monterabeau, casi sin aliento, se apoyó en su compañero, cuya palidez aparecía más livida á la sazón, y cuyos dientes estaban tan apretados, que parecía iban á romperse.

— Para las faltas menos graves, — añadió el señor de Loignac, — reservo menores castigos, como por ejemplo el arresto, que sin privar al rey de un servidor, contendrá á éste en los límites de la subordinación. Lo que es hoy, perdono la vida á los señores de Monterabeau, que ha hablado, y Pincorney que ha oído sus palabras; les perdono, repito, porque tal vez han podido engañarse ó ignoraban las reglas de la disciplina, y no les envío arrestados, porque acaso tenga necesidad de sus servicios hoy ó mañana: sin embargo por mi autoridad discrecional les declaro comprendidos en la tercera pena que tengo á bien aplicar á los delincuentes, esta pena es una multa.



A la palabra multa, el señor de Chalabre estiró el hocico como un zorro.

— Señores, — dijo Loignac á los culpables, — habéis recibido mil libras y devolveréis ciento, cantidad que destino desde luego para recompensar el mérito de los obedientes y subordinados.

— ¡ Cien libras ! — exclamó Pincorney : — ¡ por dios Baco ! ; En dónde tengo yo esas cien libras, si he empleado para vestirme hasta el último escudo ?

— Venderéis vuestra cadena de oro, — replicó el señor de Loignac.

— La abandono, — dijo Pincorney, — al servicio de S. M.

— No, señor, el rey no comprá las alhajas de sus súbditos para pagar sus multas ; vendedla vos mismo y pagad. Ahora voy á añadir dos palabras.

He notado algunos principios de irritación entre los individuos de esta compañía ; siempre que se susciten disputas, quiero que se sometan á mi autoridad, y me reservo el derecho de juzgar acerca de la ofensa y de disponer lo necesario para los desafíos, siempre que los crea necesarios. Hoy día es moda matarse en desafíos, y yo me cuido poco de que,

por seguir la moda, se halle mi compañía á cada paso sin plazas suficientes. El primer duelo, la primera provocación que se verifique sin mi noticia, será castigada con rigurosa incomunicación, con multa fuertísima, y con pena mucho más severa si sufriese perjuicio el servicio de S. M.

Apliquense estas disposiciones todos cuantos deban aplicárselas : retiraos, caballeros.

No, esperad un momento : quince de vosotros estarán esta noche al pie de la escalera de S. M. en el momento de recibir la corte, y á la primera señal se dispersarán en las antecámaras. Otros quince se hallarán en la parte exterior mezclados entre la gente que se acerque al Palacio, y los otros quince permanecerán armados en el cuartel.

— Caballero, — dijo Sainte-Maliné acercándose á Loignac, — me ocurre una dificultad ; todo cuerpo de tropas necesita estar bien mandado. ¿ Cómo nos hemos de gobernar cuando estemos juntos, si no tenemos jefe ?

— ¡ Ira de Dios ! — le gritó Loignac : — ¿ Y yo quién soy ?

— Vos sois nuestro general.

— Os equivocáis, caballero, vuestro general es el duque de Epernon.

— Pues entonces sois nuestro brigadier, lo cual no es bastante, porque ya conocéis que hace falta un subalterno para cada una de las tres escuadras en que nos habéis dividido.

— Eso es muy justo, ya que no puedo dividirme en tres partes; sin embargo, no quiero reconocer entre vosotros más superioridad que la del mérito.

— ¡Oh! en cuanto á eso no tengáis cuidado; ya se dejará conocer por sí solo, y se verán en las obras las diferencias, aunque en conjunto no se noten.

— Nombraré jefes provisionales, — dijo Loignac después de meditar las palabras de Sainte-Maline, — y con la orden del día se os leerán los nombres de los que deban mandar por 24 horas. De este modo todos sabréis mandar y obedecer; pero como no conozco todavía las capacidades que se ocultan entre vosotros, haré la elección definitiva cuando se me manifiesten.

Sainte-Maline hizo el saludo de ordenanza y se volvió á la fila.

— Supongo que me habéis entendido, — dijo

Loignac; — os he dividido en tres escuadras de quince individuos, y ya sabéis vuestros números: la primera en la escalera, la segunda en la parte exterior, y la tercera en el cuartel; esta última casi preparada y con las armas dispuestas, es decir, pronta á marchar al primer aviso. Ahora, caballeros, retiraos.

— Señor de Montrabeau, señor de Pincorney, el pago de vuestras multas para mañana; ya sabéis que soy el tesorero. Id con Dios.

Todos salieron del salón dejando sólo á Ernaudón de Carmainges.

— ¿Deseáis alguna cosa, caballero? — le preguntó Loignac.

— Sí por cierto, — contestó aquel inclinándose; — me parece que habéis olvidado enterarnos de lo que debemos hacer. Perteneceer al servicio del rey proporciona sin duda grandes ventajas, pero yo desearía saber hasta qué punto se extienden los deberes que él mismo impone.

— Eso, caballero, — replicó Loignac, — constituye una pregunta delicada, á la cual me es imposible responder categóricamente.

— ¿Me será permitido preguntaros por qué?



Estas palabras iban dirigidas al señor de Loignac con tanta política y miramientos, que aquel jefe, contra su costumbre, en vano procuraba contestar con severidad.

— Porque yo mismo ignoro por la mañana lo que haré á la noche.

— Caballero, — dijo Carmainges, — os halláis en una posición tan alta respecto á nosotros, que debéis saber muchas cosas que nosotros ignoramos.

— Haced lo que yo he hecho, señor de Carmainges, aprended esas cosas sin que nadie os las enseñe, supuesto que no os lo impido.

— Apelo á vuestras luces, — dijo Ernautón, — porque habiendo llegado á la corte sin odios, ni amistades, y no guiándome pasión alguna, puedo aunque sin valer más, seros más útil que ningún otro.

— ¿Ni amáis ni aborrecéis?

— No por cierto.

— Creo, no obstante, que amáis al rey, ó al menos lo supongo.

— Debo y quiero hacerlo, señor de Loignac, como servidor, como súbdito y como caballero.

— Pues bien, ese es uno de los puntos cardinales que deben guiaros, y si sois hombre

hábil, él os servirá para encontrar el opuesto.

— Muy bien, caballero; — replicó Ernautón inclinándose: — ya me he fijado, y sólo me resta otro punto que me inquieta bastante.

— ¿Cuál?

— El que se refiere á la obediencia pasiva.

— Es la primera condición.

— Lo he oído perfectamente; pero la obediencia pasiva es algunas veces difícil para hombres delicados en materia de honor.

— Eso no me corresponde dilucidarlo, señor de Carmainges.

— Y sin embargo, cuando os desagrada una orden...

— Leo la firma del duque de Eperón, y esto me consuela.

— ¿Y el señor de Eperón?

— Lee la firma de S. M., y se consuela como yo.

— Teneis razón, caballero; contadme en el número de vuestros servidores.

Ernautón se dirigió á la puerta; pero Loignac le detuvo.

— Acabáis, — le dijo, — de despertar en mí ciertas ideas, y os diré á vos solo cosas que á nadie

diría, porque esos pobres diablos no han tenido la audacia ni la política de hablarme como vos.

Ernautón le saludó.

— Caballero, — añadió Loignac acercándose al joven, — tal vez esta noche vendrá á Palacio algún gran personaje : no le perdáis de vista y seguidle á todas partes cuando salga del Louvre.

— Permitidme una observación ; eso tiene visos de espionaje.

— ¡ De espionaje ! ¿ Lo creéis así ? — repuso friamente Loignac ; — acaso tenzáis razón, pero ved...

Al mismo tiempo sacó de su ropilla un papel y lo presentó á Carmainges ; éste lo desdobló y leyó lo siguiente :

« Mandad que sigan esta noche al señor de Mayenne, si por casualidad se atreve á presentarse en el Louvre. »

— ¿ Firmado ? — preguntó Loignac.

— Firmado, de Epernón, — leyó Carmainges.

— Y bien, ¿ qué decis á esto, caballero ?

— Está bien, — replicó Ernautón saludando respetuosamente ; — yo seguiré al señor de Mayenne.

Y se retiró.

## XIV.

## Los reñinos de París.

El señor de Mayenne de quien tanto se ocupaban en el Louvre, y que tan lejos estaba de pensarlo, salió del palacio de Guisa por una puerta trasera, y con botas y espuelas, montado á caballo como si acabase de llegar de viaje, se dirigió al Louvre seguido de tres caballeros.

El señor de Epernón, advertido de su venida, mandó que anunciaran al rey su visita.

El señor de Loignac, enterado también por su parte, había mandado dar segundo aviso á los



diría, porque esos pobres diablos no han tenido la audacia ni la política de hablarme como vos.

Ernautón le saludó.

— Caballero, — añadió Loignac acercándose al joven, — tal vez esta noche vendrá á Palacio algún gran personaje : no le perdáis de vista y seguidle á todas partes cuando salga del Louvre.

— Permitidme una observación ; eso tiene visos de espionaje.

— ¡ De espionaje ! ¿ Lo creéis así ? — repuso friamente Loignac ; — acaso tenzáis razón, pero ved...

Al mismo tiempo sacó de su ropilla un papel y lo presentó á Carmainges ; éste lo desdobló y leyó lo siguiente :

« Mandad que sigan esta noche al señor de Mayenne, si por casualidad se atreve á presentarse en el Louvre. »

— ¿ Firmado ? — preguntó Loignac.

— Firmado, de Epernón, — leyó Carmainges.

— Y bien, ¿ qué decis á esto, caballero ?

— Está bien, — replicó Ernautón saludando respetuosamente ; — yo seguiré al señor de Mayenne.

Y se retiró.

## XIV.

## Los reñinos de París.

El señor de Mayenne de quien tanto se ocupaban en el Louvre, y que tan lejos estaba de pensarlo, salió del palacio de Guisa por una puerta trasera, y con botas y espuelas, montado á caballo como si acabase de llegar de viaje, se dirigió al Louvre seguido de tres caballeros.

El señor de Epernón, advertido de su venida, mandó que anunciaran al rey su visita.

El señor de Loignac, enterado también por su parte, había mandado dar segundo aviso á los

Cuarenta y Cinco; y según la orden anterior, se hallaban quince en las antecámaras, quince en el patio y catorce en sus aposentos.

Decimos catorce, porque habiendo recibido Ernautón, como es sabido, una misión particular, no se hallaba entre sus compañeros.

Pero como el acompañamiento del señor de Mayenne no podía inspirar ningún recelo, la segunda escuadra recibió la orden de volver á su cuartel.

El señor de Mayenne, introducido ante S. M., le hizo una respetuosa visita, y el rey le acogió con afecto.

— ¡Hola, primo mío! — le dijo Enrique. — ¿Conque venís á visitar á París?

— Sí, señor, — respondió Mayenne; — he creído debía venir en nombre de mis hermanos y en el mío, á recordar á V. M. que no tiene vasallos más fieles que nosotros.

— ¡Pardiez! Eso es tan sabido, — dijo el rey, — que prescindiendo del placer que sabéis me causa vuestra visita, podíais haberos ahorrado la molestia del viaje. Por lo mismo, se me figura que debe ser otra la causa de vuestra venida.

— Señor, he temido que los extraños rumores

que nuestros enemigos hacen circular hace algún tiempo hubiesen alterado vuestra benevolencia hacia la casa de Guisa.

— ¿Qué rumores? — preguntó el rey con aquella naturalidad que le hacia tan tamible á sus más íntimos amigos.

— ¡Cómo! — preguntó Mayenne un tanto desconcertado. — ¿No habrá llegado á oídos de V. M. nada que nos sea desfavorable?

— Primo mío, — dijo el rey, — sabed de una vez para siempre que yo no permitiría que se hablase aquí mal de los señores de Guisa; y como lo saben todos, al parecer mejor que vos, nadie se atreve á hablar mal, duque.

— Por consiguiente, — observó Mayenne, — no me pesa haber venido, puesto que he tenido el honor de ver á mi rey, y de hallarle con tan favorables disposiciones, aunque confesaré la inutilidad de mi precipitación.

— ¡Oh, duque! París es una buena ciudad de la que siempre se puede sacar algún servicio, — observó el rey.

— Sí, señor, pero tenemos nuestros negocios en Soissons.



— ¿Qué negocios, duque?

— Los de V. M., señor.

— Cierto es, Mayenne, cierto es: continuad obrando como habéis principado, que sé apreciar y recompensar debidamente la conducta de mis servidores.

El duque se retiró sonriendo, y el rey volvió á entrar en su cámara frotándose las manos.

Loignac hizo una seña á Ernaudón, quien habló al oído á su criado, y acto continuo siguió á los cuatro caballeros.

El criado se dirigió á las caballerizas, y Ernaudón siguió á pie.

No podía perderse la pista del señor de Mayenne, pues la indiscreción de Perducas de Pincorney había hecho conocer la llegada á París de un príncipe de la casa de Guisa; al saber esta noticia, los de la Liga habían comenzado á salir de sus casas y á seguir las huellas.

El duque de Mayenne era fácil de conocer por sus anchas espaldas, su contorneado talle y espesa barba.

Habíale, pues, seguido hasta las puertas del Palacio del Louvre, y en ellas le aguardaban los

buenos ciudadanos para acompañarle hasta su morada.

En vano Mayneville procuraba separar á los más celosos diciéndoles:

— Basta de entusiasmo, amigos míos; basta de patriotismo. ¡ Ira de Dios! ¿ No conocéis que vais á comprometeros?

El duque llevaba un séquito de doscientos ó trescientos hombres por la parte más corta, cuando llegó al palacio de San Dionisio, en el cual había fijado su domicilio.

Ernaudón por consiguiente pudo enterarse de todos los movimientos del duque, sin que nadie pudiese abrigar la menor sospecha.

En el momento en que el duque volvía el rostro para saludar á su comitiva, creyó reconocer en uno de los caballeros que saludaban al mismo tiempo que él, al que acompañaba ó servía de protector al paje que había entrado por la puerta de San Antonio, y que tanta curiosidad había manifestado respecto al suplicio de Salcedo.

Casi al mismo tiempo, y no bien hubo desaparecido el señor de Mayenne, atravesó una litera por medio de la multitud; Mayneville se acercó á ella,

separóse una de sus cortinas, y, merced á un rayo de luna, Ernautón reconoció al paje y á la dama de la puerta de San Antonio.

Mayneville y la dama se dirigieron cuatro palabras, la litera desapareció bajo los arcos del Palacio, seguida del primero, y cerráronse las puertas con estrépito.

Un instante después apareció Mayneville en el balcón principal, dió las gracias en nombre del duque á los ciudadanos de París, y como era ya tarde, les invitó á que se retirasen, á fin de que la maledicencia no pudiese sacar el menor partido de aquella reunión.

Todos se alejaron al escuchar sus palabras, á excepción de diez hombres que siguieron al duque.

Ernautón se separó también, ó mejor dicho, fingió separarse, en tanto que los demás se dispersaban.

Los diez elegidos que habían quedado eran los diputados de la Liga, enviados al duque de Mayenne para felicitarle por su llegada, y también para que decidiese á su hermano á venir á París.

En efecto, aquellos dignos vecinos de la ciudad, á quienes anteriormente encontramos reunidos en el palacio de Guisa, aquellos excelentes conspiradores

que no carecían de imaginación, habían combinado en sus asambleas preparatorias multitud de planes, á los cuales sólo faltaban la sanción y el apoyo de un jefe con quien pudiesen contar.

Bussy-Leclerc acababa de anunciar que tenía ya tres conventos, á cuyos frailes había instruido en el manejo del arma, y que le seguirían además quinientos ciudadanos; en una palabra, que podía contarse con un efectivo disponible de mil hombres.

Lachapelle-Marteau se había entendido con los magistrados, con los curiales y con el populacho de París; podía por consiguiente ofrecer á la Liga consejos y brazos; los primeros representados por doscientas togas, y los segundos por doscientas cotas de malla.

Brigard disponía de los mercaderes de la calle de los Lombardos, de los pillos del Mercado, y del barrio de San Dionisio.

Crucé dividía con Lachapelle-Marteau la adhesión de los procuradores, y además representaba á la universidad de París.

Debar ofrecía todos los chalanes y empleados del Sena, especie peligrosa que formaba un contingente de quinientos hombres.



Louchard se hallaba á la cabeza de quinientos chalanes de caballos, que eran católicos rabiosos.

Un estañero, que se llamaba Pollard, y un salchichero, cuyo nombre era Gilberto, presentaban quinientos carniceros y tocineros de la ciudad y de los arrabales.

Maese Nicolás Poulain, el amigo de Chicot, ofrecía todo, sin tasa y sin la menor aprensión.

El duque, considerándose ya seguro en su estancia, escuchó con paciencia estas revelaciones, y dijo :

— Admiro verdaderamente las fuerzas de la Liga; pero no veo el objeto que sin duda venís á proponerme.

Maese Lachapelle-Marteau se dispuso al momento á pronunciar un discurso en tres partes : era un hombre prolijo, y nadie ignoraba esta circunstancia ; de modo que el duque de Mayenne se estremeció.

— Acabad pronto, — le dijo.

Bussy-Leclerc se anticipó al orador, exclamó :

— Deseamos un cambio de cosas; somos los más fuertes, y por lo tanto, queremos obtenerlo : esto es corto, claro y preciso.

— Pero ¿ cómo esperaréis conseguir ese cambio ? — le preguntó el duque.

— Paréceme, — contestó el primero con una franqueza que podía pasar por audacia en hombre de tan baja condición, — que habiendo concebido nuestros jefes el proyecto de la *unión*, á ellos y no á nosotros corresponde señalar el plan de ataque.

— Señores, — observó Mayenne, — decidis muy bien : el objeto y el ataque deben ser indicados por los que tienen el honor de ser vuestros jefes ; pero me encuentro en el caso de repetiros que el general es el único juez del momento en que debe empeñarse la batalla, y que aunque vea á sus tropas armadas y decididas, no dará la señal mientras crea que no debe hacerlo.

— Pero es el caso, monseñor, — replicó Crucé, — que la Liga tiene prisa, como ya hemos tenido el honor de manifestároslo.

— ¿ Prisa ! ¿ Y de qué, señor Crucé ? — preguntó el duque.

— De llegar.

— ¿ Adónde ?

— Á nuestro objeto, porque nosotros también hemos concebido nuestro plan.

— Eso es otra cosa, si tenéis vuestro plan, nada debo añadir.

— Sí, monseñor; pero ¿podemos contar con vuestra ayuda?

— Sin duda alguna, con tal que ese plan nos agrade á mi hermano y á mí.

— Es muy probable que os agrade, monseñor.

— Entonces veamos ese plan.

Los de la liga se miraron unos á otros, y dos ó tres hicieron seña á Lachapelle-Marteau de que hablase.

Lachapelle-Marteau se adelantó y pareció solicitar del duque el permiso de hablar.

— Hablad, — dijo el duque, — lo que tengáis que hablar.

— Hé aquí el plan, monseñor, — dijo Marteau.

— Lo hemos concebido Leclerc, Crucé y yo. Lo hemos meditado bien, y es probable que dé un resultado seguro.

— Al hecho, al hecho, señor Marteau.

— Hay muchos puntos en la ciudad que enlazan todas las fuerzas entre ellas: el grande y el pequeño Chatelet, el palacio del Templo, la Casa de Ayuntamiento, el Arsenal y el Louvre.

— Es verdad, — dijo el duque.

— Todos esos puntos están defendidos por guarniciones permanentes, pero poco difíciles de forzar, porque no pueden contar con un golpe de mano.

— Admito aun eso, — dijo el duque.

— Sin embargo, la ciudad se halla además defendida, primero, por el jefe de ronda con sus arqueros, que llevan la verdadera defensa de París á los sitios que se hallan en peligro.

Hé aquí lo que hemos ideado:

Apoderarnos en su misma casa del jefe de ronda que habita en la Couture-Sainte-Catherine.

Puede darse ese golpe de mano sin estrépito, porque aquel sitio está desierto y extraviado.

Mayenne sacudió la cabeza.

— Por muy desierto y extraviado que esté, — dijo, — no se echa abajo una puerta fuerte, ni se disparan veinte arcabuzazos sin hacer algún ruido.

— Hemos previsto esa objeción, monseñor, — dijo Marteau; — uno de los arqueros le tenemos ganado. Iremos á media noche á llamar á la puerta dos ó tres solamente; el arquero abrirá, é irá á prevenir al jefe que S. M. quiere hablarle. Esto nada tiene de extraño, porque él, á lo menos una vez por



mes, manda llamar á ese oficial por causa de informes y expediciones. Abierta así la puerta, hacemos entrar á diez de los marineros que viven en el barrio de San Pablo, y que despachen al jefe de la ronda.

— Es decir, que lo degüellen.

— Sí, monseñor. Con eso interceptamos las primeras órdenes de defensa. Verdad es que otros magistrados, otros funcionarios pueden ser echados por delante por los vecinos tímidos ó los políticos; hay el señor presidente, el señor de O..., el señor de Chiverný, el señor procurador Lagueste. Y bien, se forzarán sus casas á la misma hora; el San Bartolomé nos enseñó cómo se hacía esto, y se les tratará como se haya tratado al señor jefe de la ronda.

— ¡ Ah ! ¡ ah ! — exclamó el duque que hallaba que la cosa era grave.

— Monseñor, esa será una excelente ocasión de deshacernos de los políticos, designados todos en nuestros barrios, y de acabar con los heresiarcas religiosos y políticos.

— Todo eso es admirable, señores, — dijo Mayenne; — pero no habéis explicado si tomaréis también, en un momento, el Louvre, verdadera fortaleza, vigilada incesantemente por guardias y

caballeros. El rey, por tímido que sea, no se dejará degollar como el jefe de la ronda; empuñará la espada y, reflexionadlo bien, es rey; su presencia hará mucho efecto sobre los vecinos, y vosotros seréis batidos.

— Hemos elegido cuatro mil hombres para esa expedición del Louvre, monseñor, y cuatro mil hombres que no aman bastante al Valois para que su presencia produzca el efecto que decís.

— ¿ Creéis que bastará eso ?

— Sin duda; seremos diez contra uno, — dijo Bussy-Leclere.

— ¿ Y los Suizos ? Son cuatro mil, señores.

— Sí, pero están en Lagny, y Lagny está á ocho leguas de Paris; por consiguiente, admitiendo que el rey pueda mandarles venir, dos horas que emplearán los mensajeros en andar el camino á caballo, ocho los Suizos para venir á pie, hacen diez horas, y llegarán precisamente á tiempo para ser detenidos en las barreras, porque en diez horas seremos dueños de toda la ciudad.

— Y bien; sea así, admito todo eso; el jefe de la ronda está degollado; los políticos destruidos, las autoridades de la ciudad han desaparecido; en fin,

se han allanado todos los obstáculos; sin duda habréis ya acordado lo que entonces habéis de hacer.

— Formaremos un gobierno de personas honradas, como somos nosotros, — dijo Brigard, — y con tal que prospere nuestro pequeño comercio, que tengamos asegurado el pan para nuestros hijos y mujeres, nada más deseamos. Un poco de ambición, quizá, hará á algunos de nosotros desear ser jefes de una decena, de una cuarta, ó de una compañía. Y bien, señor duque, lo seremos, y punto concluido; ya veis que no somos exigentes.

— Señor Brigard, habláis á las mil maravillas, — dijo el duque; — sí, sé bien que sois honrados, y no permitiréis en vuestras filas ninguna mezcla.

— ¡Oh!; No, no! — exclamaron muchas voces;

— nada de hez con el buen vino.

— ¡Á las mil maravillas! — dijo el duque; — eso es hablar admirablemente. Ahora veamos. Decid, señor teniente del prebostazgo, ¿hay muchos haraganos y gente mala en la Isla de Francia?

Nicolás Poulain, que no había desplegado los labios, se adelantó como á su pesar.

— Ciertamente que los hay, monseñor, y demasiados, — respondió.

— ¿Podéis darnos aproximadamente el número total de esa gente?

— Aproximadamente, sí, monseñor.

— Decidnos, pues, cuántos son.

Poulain se puso á contar por los dedos.

— Ladrones, de tres á cuatro mil; ociosos y mendigos, de dos mil á dos mil y quinientos; ladrones de ocasión, de mil y quinientos á dos mil; asesinos, de cuatrocientos á quinientos.

— ¡Bueno! Calculando por lo bajo, tenemos de seis mil á seis mil quinientos hombres de vida airada. ¿Á qué religión pertenecen esos hombres?

— ¿Qué decís, monseñor? — preguntó Poulain.

— Pregunto si son católicos ó hugonotes.

Poulain se echó á reir.

— Son de todas las religiones, monseñor, — respondió, — ó más bien de una sola: su Dios es el oro; y la sangre es su profeta.

— Muy bien; eso en cuanto á la religión religiosa, si así puede decirse; ahora, en cuanto á religión política, ¿qué son? ¿son del Valois, de la Liga, políticos celosos ó navarros?

— Son bandidos y pillos.

— Monseñor, no supongáis, — dijo Cucé, —



que vayamos nunca á tomar á esas gentes por nuestros aliados.

— No ciertamente, no lo supongo, señor Crucé, y es precisamente lo que siento.

— ¿Y por qué lo sentís, monseñor? — preguntaron con sorpresa algunos miembros de la diputación.

— Porque ya comprendéis, señores, esos hombres que no tienen religión ni opinión, y que por consiguiente no fraternizan con vosotros, viendo que no hay en París magistrados, ni fuerza pública, ni nada en fin que los contenga, se darán á saquear vuestras tiendas mientras hagáis la guerra, y vuestras casas mientras ocupéis el Louvre: tan luego estarán en favor de los Suizos contra vosotros, tan luego con vosotros contra los Suizos. De modo que serán siempre los más fuertes.

— ¡Diablo! — exclamaron los diputados mirándose unos á otros.

— Creo que la cosa es bastante grave para que se piense en ella, ¿no es verdad, señores? — dijo el duque. — Por lo que á mí toca, me ocupo mucho de ella, y buscaré el medio de obviar ese inconveniente, porque vuestro interés es antes que el

nuestro: esa es la divisa de mi hermano y la mía.

Los diputados hicieron un murmullo de aprobación.

— Señores, ahora permitid á un hombre que ha andado veinticuatro leguas á caballo en una noche y un día, que vaya á dormir algunas horas; ningún peligro hay en la dilación, á lo menos por ahora, mientras que si os pusiérais á la obra, lo habría; quizá no sea esta vuestra opinión.

— ¡Oh! Sí lo es, señor duque, — dijo Brigard.

— Muy bien.

— Así pues, nos despedimos muy humildemente de vos, monseñor, — continuó diciendo Brigard, — y cuando tengáis á bien fijarnos una nueva reunión...

— La fijaré lo más pronto posible, señores; perded cuidado, — dijo Mayenne; — quizá mañana, pasado mañana á más tardar.

Y despidiéndose de ellos, los dejó aturridos con aquella previsión que había descubierto un peligro en el que ellos no habían siquiera pensado.

Pero no bien había desaparecido, cuando se abrió una puerta oculta en la tapicería, y se lanzó en la sala una mujer.

— ¡La duquesa! — exclamaron los diputados.  
— Sí, señores, — dijo ella, — y que viene á sacaros de embarazos.

Los diputados, que conocían su resolución, pero que al mismo tiempo tenían su entusiasmo, se agruparon en torno de ella.

— Señores, — continuó la duquesa sonriendo, — lo que no han podido hacer los Hebreos, lo ha hecho Judith sola: esperad. También yo tengo mi plan.

Y presentando á los de la Liga dos blancas manos que besaron los más galantes, salió por la puerta por donde había pasado Mayenne.

— ¡Por dios Bao! — exclamó Bussy Leelere lamiéndose el bigote, y siguiendo con la vista á la duquesa, — decididamente, creo que ésa es el hombre de la familia.

— ¡Uf! — murmuró Nicolás Poulain limpiándose el sudor que caía gota á gota por su frente al ver á madama de Montpensier, — mucho quisiera no mojar en nada de esto.

XV.

Fray Borromeo.

Eran poco más ó menos las diez de la noche; los señores diputados se hallaban bastante contritos, separándose unos de otros con urbanidad según llegaban á las esquinas de las calles inmediatas á sus casas.

Nicolás Poulain, que habitaba más lejos que todos, se quedó el último y solo, reflexionando profundamente en la situación perpleja que le había arrastrado la exclamación por que principia el último párrafo del anterior capítulo.



— ¡La duquesa! — exclamaron los diputados.  
— Sí, señores, — dijo ella, — y que viene á sacaros de embarazos.

Los diputados, que conocían su resolución, pero que al mismo tiempo tenían su entusiasmo, se agruparon en torno de ella.

— Señores, — continuó la duquesa sonriendo, — lo que no han podido hacer los Hebreos, lo ha hecho Judith sola: esperad. También yo tengo mi plan.

Y presentando á los de la Liga dos blancas manos que besaron los más galantes, salió por la puerta por donde había pasado Mayenne.

— ¡Por dios Bao! — exclamó Bussy Leclere lamiéndose el bigote, y siguiendo con la vista á la duquesa, — decididamente, creo que ésa es el hombre de la familia.

— ¡Uf! — murmuró Nicolás Poulain limpiándose el sudor que caía gota á gota por su frente al ver á madama de Montpensier, — mucho quisiera no mojar en nada de esto.

XV.

Fray Borromeo.

Eran poco más ó menos las diez de la noche; los señores diputados se hallaban bastante contritos, separándose unos de otros con urbanidad según llegaban á las esquinas de las calles inmediatas á sus casas.

Nicolás Poulain, que habitaba más lejos que todos, se quedó el último y solo, reflexionando profundamente en la situación perpleja que le había arrastrado la exclamación por que principia el último párrafo del anterior capítulo.

En efecto, aquel día había sido para todos, y particularmente para él, fecundo en acontecimientos.

Se dirigía, pues, á su casa temblando por lo que acababa de oír, y diciéndose que si La Sombra había temido por conveniente arrastrarle á denunciar el complot de Vincennes, jamás le perdonaría Roberto Briquet el no haber revelado el plan de campaña, tan sencillamente desenvuelto por Lachapelle-Marteanu ante el señor de Mayenne.

Cuando más absorto estaba en sus reflexiones y en medio de la calle de la Pierre-au-Real, especie de callejón de cuatro pies de ancho que daba á la calle nueva de Saint-Merry, vió correr en dirección opuesta á la suya á un hombre con hábito de dominico arremangado hasta las rodillas, y era preciso que uno se estrechase contra la pared, porque no podían pasar de frente dos personas por aquel callejón.

Nicolás Poulain esperaba que la humildad religiosa le cedería la acera, puesto que él era hombre de espada; pero no sucedió así; el fraile corría como un ciervo acosado, con tanta furia que hubiera derribado una muralla, y Nicolás Poulain, ree-gando, se separó para evitar un choque.

Pero entonces comenzó entre ambos en aquel estrecho paso encajonado entre casas la incómoda evolución que hacen dos hombres indecisos, que querrian pasar ambos, que procuran no embrazarse, y que se interceptan el paso involuntariamente.

Poulain empezó á jurar, el fraile á maldecir, hasta que éste, menos sufrido que aquél, le agarró por medio del cuerpo para arrimarlo contra la pared.

En aquel conflicto, y cuando ya estaban para llegar á las manos, se reconocieron.

— ¡Fray Borromeo! — dijo Poulain.

— ¡Maese Nicolás Poulain! — exclamó el fraile.

— ¿Cómo estáis? — preguntó Poulain con esa admirable naturalidad é inalterable maasedumbre de los parisienses.

— Muy mal, — respondió el fraile mucho más difícil de calmar que el seglar, — porque me habéis detenido, y tenía mucha prisa.

— ¡Qué demonio de hombre sois! — replicó Poulain; — ¡siempre belicoso como un romano! ¿Pero adónde diablos vais con tanta prisa á estas horas? ¿Qué es lo que ocurre? ¿está ardiendo el priorato?



— No, pero había ido á casa de la duquesa para hablar á Mayneville.

— ¿ Á casa de qué duquesa ?

— Se me figura que no hay más que una en cuya casa puede hablarse á Mayneville, — dijo Borromeo, quien desde luego había creído podía responder categóricamente al teniente del prebostazgo, pero que, á pesar de que éste podía espiar sus pasos, no quería ser demasiado comunicativo con el curioso.

— ¿ Y qué ibais á hacer á casa de la duquesa de Montpensier ?

— Es muy sencillo, — respondió Borromeo buscando una respuesta espeziosa ; — nuestro reverendo prior ha sido solicitado por la duquesa para ser su confesor ; el prior había aceptado, pero le acometió un escrúpulo de conciencia, y ahora rehusa. La entrevista debía verificarse mañana, y debo decir á la duquesa de parte de fray Gorenflot que no cuente con él.

— Muy bien ; pero, querido hermano, no tenéis trazas de dirigiros al palacio de Guisa ; antes al contrario, lleváis una dirección diametralmente opuesta.

— Sin duda que así debe ser, supuesto que vengo de allá, — repuso Borromeo.

— Entonces ¿ adónde os dirigís ?

— Me han dicho que la señora duquesa había ido á visitar al señor de Mayenne, que ha llegado esta noche y se ha hospedado en el palacio de San Dionisio.

— Verdad es. — dijo Poulain ; — el duque está efectivamente en el palacio de San Dionisio, y la duquesa con él ; pero, compadre, ¿ á qué viene haceros el disimulado conmigo ? Por lo regular no se envía al tesorero á hacer las comisiones del convento.

— ¿ Por qué no, tratándose de una princesa ?

— Y no sois vos, confidente de Mayenne, quien da crédito á las confesiones de la duquesa de Montpensier.

— Y entonces, ¿ á qué daré crédito ?

— ¿ Qué diablos ! amigo mío, demasiado bien conocéis la distancia que hay desde el priorato hasta el medio del camino, puesto que me lo habéis hecho medir. ¡ Cuidado ! me decís tan poco, que acaso creeré demasiado.

— Hariais muy mal, querido señor Poulain ; porque no sé más de lo que os digo. Ahora os ruego que no me detengáis, porque no hallaría á la duquesa.

— La hallaréis en su palacio adonde volverá, y en donde habríais podido aguardarla.

— Si, pero no me disgustará el ver al paso al señor duque.

— Id, pues.

— Porque al cabo, bien le conocéis, si le dejo meterse en casa de su cortejo, me será imposible atraparle.

— Eso se llama hablar. Ahora que sé á quién buscáis, os dejo ir en paz: adiós, y buena fortuna.

Borromeo, al ver el paso libre, dió las buenas noches á Nicolás Poulain, y echó á correr.

— ¡Vamos, vamos! parece que aun hay algo de nuevo. — murmuró Nicolás Poulain viendo desaparecer en la sombra el hábito del dominico; — pero, ¿qué necesidad tengo yo de saber lo que pasa? ¿Acaso cogería yo apégo al oficio que me hacen desempeñar? No lo quiera Dios.

Y diciendo esto fué á acostarse, no con la calma de una buena conciencia, pero con la quietud que nos da en todas las situaciones de esta vida, por falsas que sean, el apoyo de un hombre más fuerte que nosotros.

En este intermedio, Borromeo proseguía su carrera con la velocidad que le daba la esperanza de desquitar el tiempo perdido.

Conocía, en efecto, las costumbres del señor de Mayenne, y sin duda, para estar bien informado, tenía razones que no había creído conveniente manifestar á maese Poulain.

Lo cierto es que llegó sudando y sin aliento al palacio de San Dioniso en el momento en que el duque, después de haber hablado de sus grandes negocios, iba á despedir á su hermana para poder ir á visitar á aquella dama de la Cité de quien sabemos que estaba quejoso Joyeuse.

Los dos hermanos, después de muchos debates sobre la acogida del rey y el plan de los diez, se habían convenido en los hechos siguientes:

El rey no concebía sospechas, y por lo tanto cada día era más fácil combatir su poder.

Era indispensable organizar la liga de las provincias del Norte, en tanto que él abandonaba á su hermano y no hacia caso de Enrique de Navarra.

Entre estos dos últimos enemigos, el duque de Anjou era el único temible por su ambición; en cuanto á Enrique de Navarra, se sabía por buenos



espías que sólo se ocupaba en galantear á sus tres ó cuatro queridas.

— Paris está preparado, — decía en alta voz el duque de Mayenne. — Pero su alianza con la familia real daba mucha fuerza á los hombres políticos y á los verdaderos realistas; era, pues, preciso esperar un rompimiento entre el rey y sus aliados, rompimiento que el carácter inconstante de Enrique debía provocar en breve. — Así pues, — añadía Mayenne, — ya que nada nos apura, esperemos.

— Por mi parte, — decía la duquesa, — necesitaba diez hombres esparecidos en todos los barrios de Paris para sublevar la ciudad después del golpe que medito; he encontrado esos diez hombres, y no pido más.

En esto se ocupaban, cuando Mayneville entró de improviso anunciando que Borromeo quería hablar al duque.

— ¡Borromeo! — exclamó el duque sorprendido. — ¿Qué significa eso?

— Monseñor, — respondió Mayneville, — es aquel sujeto que me enviasteis de Nancy cuando pedí á V. A. un hombre de acción y de ingenio.

— Ya me acuerdo, os contesté que tenía un hom-

bre que reunía ambas cualidades, y sin detención os envié al capitán Borroville. ¿Ha cambiado por ventura de nombre y se llama ahora Borromeo?

— Sí, monseñor, ha cambiado de nombre y de uniforme: se llama Borromeo, y es fraile dominico,

— ¡Borroville fraile!

— Sí, monseñor.

— ¿Y con qué objeto ha hecho esa locura? El diablo debe alegrarse mucho si llega á conocerle bajo la capucha.

— ¿Por qué se ha hecho fraile? — La duquesa hizo una seña á Mayneville. — Ya lo sabréis más tarde, monseñor, porque ese es un secreto; entretanto escuchad al capitán Borroville, ó al hermano Borromeo si os parece mejor.

— Sí, sí, dijo la duquesa de Montpensier, — porque esta visita me da algún cuidado.

— También á mí, si he de decir la verdad, — añadió Mayneville.

— Ea pues, hacedle entrar sin perder momento.

En cuanto al duque, vacilaba entre el deseo de escuchar al mensajero y el temor de faltar á una cita de su querida.

Miraba por consiguiente á la puerta y al reloj.

La primera se abrió, dieron las once en el segundo.

— ¡Hola, Borroville! — exclamó el duque sin poder contener la risa, á pesar de su mal humor. — ¡Qué disfrazado estáis, amigo mío!

— Monseñor, — dijo el capitán, — creed que no me encuentro á gusto con este hábito endemoniado; pero, en fin, lo que es preciso es preciso, como decía vuestro padre el duque de Guisa.

— Tened presente, Borroville, — dijo el señor de Mayenne, — que no he sido yo quien os ha metido en él; por consiguiente no os quejéis de mí.

— No, monseñor, toda ha sido obra de la señora duquesa; pero tampoco me quejo de ella, ya que estoy aquí para servirla.

— Gracias, capitán; veamos lo que tenéis que decirnos á estas horas.

— Lo que desgraciadamente no he podido decirnos antes, monseñor, porque tenía á todo el priorato espiondo mis pasos.

— Pues bien, hablad.

— Señor duque, — dijo Borroville, — el rey envía refuerzos al duque de Anjou.

— ¡Bah! — replicó Mayenne, — ya conocemos

ese estribillo, pues hace tres años que nos lo están cantando.

— Lo que es ahora podéis creer de todo punto la noticia.

— ¡Cómo es eso! — dijo Mayenne moviendo la cabeza como un corcel que se encabrita.

— El señor de Joyeuse ha salido para Ruan hoy mismo, es decir, anoche á las dos de la mañana; debe embarcarse en Dieppe y llevar tres mil hombres á Amberes.

— ¿Y quién os ha dicho eso, Borroville?

— Un hombre que ha marchado á Navarra.

— ¡Á Navarra! ¿Tal vez con alguna comisión para Enrique?

— Sí, señor.

— ¿Y quién le envía?

— El rey; y con una carta.

— ¿Qué clase de hombre es?

— Se llama Roberto Briquet.

— ¿Qué más?

— Es grande amigo de don Modesto Gorenflot.

— ¿Es cierto eso?

— Como que se tutean.

— ¿Y decís que va de embajador del rey?



— Estoy seguro de ello, pues desde el priorato ha enviado á buscar al Louvre sus credenciales, y un fraile ha sido el encargado de esta comisión.

— ¿Quién es ese fraile?

— Nuestro bravo Santiaguillo Clemente; el mismo que habéis visto en el priorato, señora duquesa.

— ¿Y no os ha enseñado las credenciales? — preguntó el señor de Mayenne.

— Monseñor, no se las ha entregado el rey, pues las ha remitido al mensajero en una carta por conducto seguro.

— Es preciso apoderarnos de esa carta.

— Sí, sí, es preciso, — repitió la duquesa.

— ¿Cómo no habéis pensado en ello? — añadió Mayneville.

— Y tanto como he pensado, pues he querido que acompañase al mensajero un hombre de mi devoción, una especie de Hércules; Pero Roberto Briquet ha desconfiado de él, y no ha querido admitirlo.

— Debíais haber ido vos mismo.

— Imposible.

— ¿Por qué?

— Porque me conoce.

— Como fraile sí, mas no como capitán.

— Eso es lo que no sabemos, porque el tal Roberto Briquet tiene el ojo muy listo.

— Dadme sus señas.

— Alto, seco, todo su cuerpo se compone de nervios, de músculos y de huesos; es astuto, burlón y taciturno.

— ¡ Ah! ¡ ah! ¡ Qué tal maneja la espada?

— Como el que la ha inventado, monseñor.

— ¿Y su rostro?

— Se parece á todos los rostros cuando él quiere.

— ¿Decís que es amigo del prior?

— Desde que éste era simple fraile.

— Me asalta una sospecha, — murmuró Mayenne arrugando las cejas: — yo la aclararé.

— Obrad con presteza, monseñor, porque ese tuno debe caminar de prisa.

— Borroville, — dijo Mayenne, — vais á marchar á Soissons, donde está mi hermano.

— ¿Y el priorato, monseñor?

— Se me figura, — contestó Mayneville, — que bien sabréis forjar un cuento á don Modesto, ya que éste cree cuanto le decís.

— Pondréis en conocimiento del señor de Guisa,  
— prosiguió Mayenne, todo cuanto sabéis acerca  
de la comisión del señor de Joyeuse.

— Está bien, monseñor.

— Te olvidas de la Navarra, hermano, — ob-  
servó la duquesa.

— No por cierto, supuesto que me encargo de  
ella, — repuso Mayenne. — Mayneville, mandad  
que me ensillen un caballo.

Y añadió en voz baja.

— ¿ Vivirá todavía ? Sí, sí ; debe vivir.

XVI.

Chicot latino.

Según recordarán nuestros lectores, luego que  
marcharon los dos jóvenes mensajeros del rey, Chi-  
cot prosiguió su camino con paso rápido; mas no  
bien hubieron desaparecido aquéllos en el valle que  
forma el costado del puente de Juvisy sobre el Orge,  
cuando Chicot, que tenía, al parecer, como Argos,  
el privilegio de ver por detrás, y que no divisaba ya  
á Ernautón ni á Sainte-Maline, se detuvo en el punto  
culminante de un cerro, examinó el horizonte, los

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALEJONSO REYES"  
Apdo. 1825 MONTERREY, MEXICO



fosos, el llano, los matorrales, el río, todo, en fin, hasta las nubes que se deslizaban oblicuamente por detrás de los grandes olmos del camino, y seguro de que nadie podría estorbarle ni espiarle, se sentó junto á un foso con la espalda apoyada contra un árbol, y empezó lo que él llamaba su examen de conciencia.

Tenía dos bolsas de dinero, porque ya había notado que la bolsita que le había entregado Sainte-Maline contenía, además de la carta real, ciertos objetos redondos y suaves que se asemejaban mucho al oro ó plata acuñada.

Aquella bolsita era un regalo verdaderamente regio, pues tenía dos EE. bordadas primorosamente por ambos lados.

— Es linda, — dijo Chicot mirándola atentamente, — y no puedo menos de confesar que el rey se ha portado conmigo de la manera más espléndida. ¡ Su nombre con sus armas! Nadie hay más generoso ni más estúpido tampoco. Decididamente no puede hacerse carrera de él.

— ¡ Pardiez! — continuó Chicot, — si de algo me admiro es de que ese rey excelente y bondadoso no haya hecho bordar también en la bolsa de la

carta que me ha mandado llevar á mi cuñado y mi recibo. ¡ Para qué nos hemos de incomodar? Todos hacen hoy alarde de ser polítieos; pues politiqueemos como todo el mundo. ¡ Bah! Aun cuando asesinen á ese pobre Chicot, como han hecho con el correo que ese mismo Enrique enviaba á Roma para el señor de Joyeuse, sería un amigo menos, y nada más, y los amigos son tan comunes en los tiempos por que atravesamos, que bien podemos prodigarlos. Es preciso confesar que Dios elige mal cuando elige. Veamos ahora el dinero que hay en el bolsillo, y luego nos ocuparemos de la carta. — Cien escudos... Precisamente la misma suma que he pedido prestada á Gorenflot... ¡ Magnificencia y munificencia de Enrique! — Poco á poco, no le calumniemos; pues aquí sale un paquetito... Oro español... Cinco piezas de á ocho, á saber: veinte luises... Vamos, vamos; hé aquí un proceder delicado que prueba que el rey sabe hacer bien las cosas, y á no ser por su cifra, y las flores de lis bordadas, que me parecen superfluas, le enviaría un beso en alas del vienteillo que sopla. Por otra parte, este bolsillo me incomoda mucho, porque los mismos pájaros que pasan por encima de mi cabeza

son capaces de figurarse que soy un emisario real y burlarse de mí ó de denunciarme á los demás viajeros, cosa que no me gustaria mucho.

Chicot vació el bolsillo en el hueco de la mano, sacó del suyo el saquillo de tela de Gorenflot, y metiendo en él todo el dinero junto, dijo á los escudos :

— Bien podéis estar juntos, hijos míos, porque al fin todos sois de la misma tierra.

Sacando en seguida la carta, metió en el bolsillo una piedra, apretó los cordones, y lo arrojó como si lo disparase con una honda, al medio del río, que serpenteaba bajo el puente.

El agua saltó ; dos ó tres círculos rompieron su tranquila superficie, y el bolsillo fué á perderse en los abismos.

— Esto ha sido por mí, — dijo Chicot, — ahora trabajemos por Enrique.

Y recogió la carta que había puesto en el suelo para lanzar la bolsa con más facilidad.

Pero vió que venía por aquel camino un asno cargado de leña. Dos mujeres conducían aquel asno, el cual caminaba con un paso tan fiero, como si, en vez de leña, estuviese cargado de reliquias.

Chicot ocultó la carta bajo su ancha mano, apoyada sobre el suelo, y las dejó pasar.

Viéndose ya solo, volvió á coger la carta, rompió su sello y rasgó el sobre con una imperturbable tranquilidad, como si se tratase de una simple carta de procurador. Luego cogió el sobre que estregó entre las manos ; deshizo el sello entre dos piedras, y lo envió todo á hacer compañía á la bolsa.

Ahora, — dijo Chicot, — veamos el estilo.

Desdobló la carta y leyó :

« Mi muy querido hermano : aquel profundo amor que os profesaba nuestro muy amado hermano y rey difunto, Carlos IX, reside aún bajo las bóvedas del Louvre y ocupa mi corazón constantemente.

Chicot hizo una salutación.

» Así es que me repugna el hablaros de asuntos tristes y desagradables ; pero sois fuerte en la adversidad, y por lo mismo no vacilo en comunicaros cosas que sólo se dicen á los amigos valientes y experimentados.

Chicot se interrumpió y saludó de nuevo.

» Además, tengo un empeño soberano en persuadirlos de este interés, que es el honor de mi nombre, y del vuestro, hermano mío.



» Nos parecemos en cuanto á que ambos nos hallamos rodeados de enemigos. Chicot os lo explicará.

— *Chicotus explicabit!* — dijo Chicot; — ó más bien *evolvet*, que es infinitamente más elegante.

» Vuestro servidor, el señor vizconde de Turena, está dando diariamente motivos de escándalo á vuestra corte. No quiera Dios que yo me mezcle en vuestros negocios, sino por vuestro bien y honor; pero vuestra esposa, á quien con gran pesar llamo mi hermana, debía tomarse este cuidado por vos en mi lugar; lo que no hace.

— ¡ Oh! ¡ oh! — exclamó Chicot continuando sus traducciones latinas: — *Quæque omittit facere*. Esto es muy duro.

» Os encargo, pues, hermano mío, que veléis por que las inteligencias de Margarita con el vizconde de Turena, extrañamente ligado con nuestros enemigos comunes, no produzcan consecuencias vergonzosas y perjudiciales para la casa de Borbón. Haced un buen ejemplar, tan luego como os cercioréis del hecho, y os cercioraréis de él así que hayáis oído á Chicot explicar mi carta.

— *Statim atque audiveris Chicotam litteram explicantem*. Prosigamos, — dijo Chicot.

» Sería desagradable que se concibiese la menor sospecha sobre la legitimidad de vuestra herencia, punto precioso en que Dios no me permite pensar, porque ¡ ay! yo estoy condenado á no revivir en mi posteridad.

» Los dos cómplices que, como rey y como hermano, os denunció, se reúnen casi siempre en un castillejo, que se llama Loignac. Su pretexto es la caza, y ese castillejo es un foco de intrigas á que no son extraños los Guisas; porque sabéis, á no dudarlo, mi querido Enrique, con qué extraño amor persiguió mi hermana al duque de Guisa y á mi propio hermano el duque de Anjou, cuando yo llevaba este nombre y él se llamaba el duque de Alenzón.

*Quo et quàm irregulari amore sit persecuta et Henricum Guisium, et germanum meum, etc.*

» Os abrazo, y os recomiendo mis consejos, asegurándoos que estoy dispuesto á ayudaros en todo y por todo. Entretanto, servios de los consejos de Chicot, portador de esta carta.

— *Age, auctore Chicot*. Perfectamente. Ya soy consejero del rey de Navarra.

» Vuestro afectísimo, etc., etc. »

Acabada la lectura de la carta, Chicot llevó las manos á fa frente, exclamando :

— ¡ Oh ! Esta me parece una mala comisión, y me prueba que huyendo de un peligro se cae en otro mayor, como dice Horacio Flaco.

En verdad, más quiero habérmelas con Mayenne.

Y sin embargo, prescindiendo de ese maldito bolsillo bordado, cuya invención no le puedo perdonar, la carta es de un hombre diestro. En efecto, suponiendo á Enriquito formado de la pasta con que de ordinario se hacen los maridos, esta carta le indispone al mismo tiempo con su mujer, con Turena, con Anjou, con Guisa y hasta con la España ; porque, para que Enrique de Valois esté tan bien informado en el Louvre de lo que pasa en el palacio de Enrique de Navarra en Pau, preciso es que tenga allí algún espía, y este espía va á devanar los sesos á Enriquito.

Por otra parte, esta carta va á proporcionarme disgustos sin cuento, si tropiezo con un español, con un lorenés, con un bearnés ó un flamenco, bastante curioso para tratar de indagar qué es lo que voy á hacer en Bearne.

Muy poco previsor sería yo, si no me prometiese el encuentro de alguno de esos curiosos.

Sobre todo el dichoso Borromeo debe tenerme reservada alguna cosa, ó mucho me engaño.

Segundo punto : ¿ Qué es lo que ha pretendido Chicot solicitando una comisión cerca del rey Enrique ? Su objeto era vivir tranquilo.

Pues bien ; Chicot va á indisponer al rey de Navarra con su mujer.

Esto no hace el negocio de Chicot, puesto que indisponiendo á tan poderosos personajes, va á hacerse enemigos mortales que le impedirán llegar á la edad dichosa de ochenta años.

¡ Y bien ! tanto mejor ; no se puede vivir á gusto sin ser joven.

Pero en ese caso tanto valía esperar una puñalada del duque de Mayenne.

No, no ; todas las cosas son relativas en este mundo, según la divisa de Chicot.

Chicot, pues, proseguirá su viaje.

Pero Chicot es hombre agudo y tomará sus precauciones. En consecuencia, sólo llevará consigo dinero, á fin de que si matan á Chicot, sólo lo pague su pellejo.



Chicot va á dar la última mano á lo que ha comenzado; es decir, que va á traducir desde la cruz á la fecha esa hermosa epístola en latín y á aprenderla de memoria, aunque ya sabe las dos terceras partes; en seguida comprará un caballo; porque, á la verdad, desde Juvisy hasta Pau es preciso echar muchas veces el pie derecho delante del izquierdo.

Pero antes de hacer esto, Chicot rasgará la carta de su amigo Enrique de Valois en muchísimos y menudos pedazos y tendrá especial cuidado de que éstos, reducidos á átomos, se esparzan en el río y en el aire, así como en la tierra, nuestra madre común, á cuyo seno vuelve todo, hasta los disparates de los reyes.

Cuando Chicot acabe lo que ha empezado...

Y al decir esto se interrumpió para ejecutar su proyecto. Una tercera parte de la carta fué á parar al río: el aire se llevó otra, y la tercera desapareció en un agujero practicado al efecto con un instrumento, que ni era daga ni cuchillo, pero que en caso de necesidad podía reemplazar á la una y al otro, y que Chicot llevaba metido en su cinturón.

Concluido esto, continuó diciendo:

— Chicot se pondrá en camino con todas las pre-

cauciones imaginables y comerá en la buena ciudad de Corbeil, como honrado estómago que es.

Entretanto, ocupémonos del tema latino que nos hemos propuesto, porque se me figura que vamos á componer un magnífico discurso.

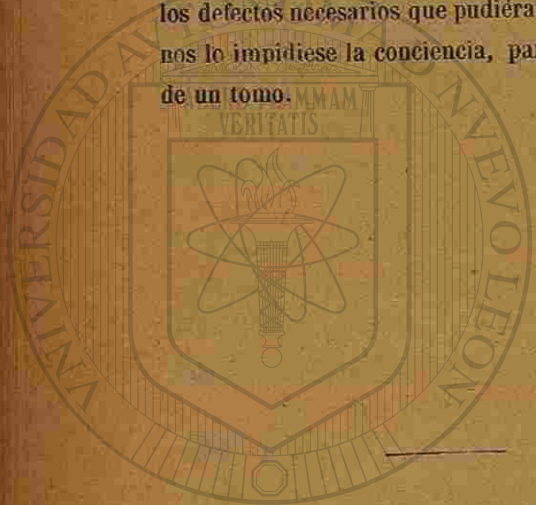
Chicot se detuvo aquí, pues acababa de ocurrirle la idea de que no podría traducir en latín la palabra *Louvre*, y esto le puso de mal humor.

También se veía obligado á expresar en latín macarrónico la palabra *Margarita*, llamándola *Margota*, así como de *Chicot*, había hecho *Chicotus*, pues de lo contrario ninguno de estos nombres hubiera quedado en latín, sino en griego.

Ocupado Chicot en buscar para sus frases latinas el purismo y giro ciceroniano, llegó hasta Corbeil, ciudad agradable, en que el atrevido mensajero se entretuvo en admirar las maravillas de San Spiro, y muy particularmente las de un pastelero, tabernero y mesonero, que perfumaba con los deliciosos vapores de sus manjares los contornos de la catedral.

No describiremos la comida de Chicot, ni el caballo que compró al mesonero, porque esto sería imponernos una tarea demasiado grande para nues-

tras fuerzas; diremos únicamente que la primera se prolongó muchísimo, y que el segundo tenía todos los defectos necesarios que pudiéramos desear, si no nos lo impidiese la conciencia, para escribir cerca de un tomo.



## XVII.

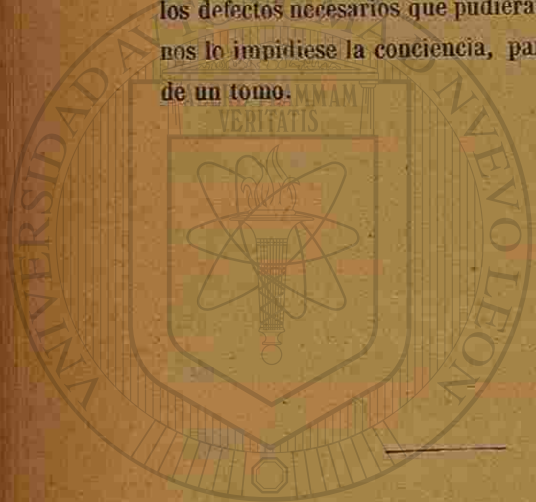
## Los cuatro vientos.

Chicot, con un caballo que debía de ser muy fuerte para llevar un personaje tan grande, hizo noche en Fontainebleau, tomó por la mañana el camino de la derecha, y llegó hasta un pueblecito llamado Orgeval. Bien hubicra querido andar algunas leguas más aquel día, porque estaba deseoso de alejarse de París, pero su cabalgadura comenzaba ya á dar tantos y tan grandes tropezones, que juzgó urgente detenerse.

Además, su vista, de ordinario tan perspicaz, no



tras fuerzas; diremos únicamente que la primera se prolongó muchísimo, y que el segundo tenía todos los defectos necesarios que pudiéramos desear, si no nos lo impidiese la conciencia, para escribir cerca de un tomo.



## XVII.

## Los cuatro vientos.

Chicot, con un caballo que debía de ser muy fuerte para llevar un personaje tan grande, hizo noche en Fontainebleau, tomó por la mañana el camino de la derecha, y llegó hasta un pueblecito llamado Orgeval. Bien hubicra querido andar algunas leguas más aquel día, porque estaba deseoso de alejarse de París, pero su cabalgadura comenzaba ya á dar tantos y tan grandes tropezones, que juzgó urgente detenerse.

Además, su vista, de ordinario tan perspicaz, no

había podido percibir nada en todo lo largo del camino que pudiese inquietarle; pues, hombres, carretas y barreras le habían parecido completamente inofensivos.

Pero Chicot, aunque en seguridad, á lo menos en apariencia, no por eso se creía seguro; porque, como saben nuestros lectores, nadie se fiaba menos que él en apariencias.

Así pues, antes de acomodar su caballo, antes de recogerse, él mismo, examinó con escrupulosa atención toda la casa.

Enseñáronle vastos aposentos con tres ó cuatro puertas de entrada; pero, según su parecer, que no dejaba de ser exacto, no sólo eran demasiadas puertas para una habitación, sino que tampoco cerraban bastante bien.

Al fin, el mesonero le indicó un espacioso gabinete sin más salida que una puerta de comunicación con la escalera; esta puerta tenía fuertes cerrojos por la parte interior.

Chicot mandó que le dispusiesen en él una cama, prefiriéndolo desde luego á los otros cuartos que había visto, y que, aunque mejor amueblados, estaban peor defendidos.

Examinó con cuidado los cerrojos, y satisfecho de su solidez, así como de la facilidad con que corrían, cenó en el mismo gabinete, no quiso que quitaran la mesa so pretexto de que solía acosarle el hambre por la noche, se desnudó, colocó su ropa en una silla y se acostó.

Pero antes de acostarse, sacó de su ropilla, como hombre precavido, el saquillo que contenía sus escudos, y lo puso con su espada debajo de la almohada.

En seguida repasó mentalmente tres veces seguidas el contenido de la carta del rey.

La mesa le servía de segundo baluarte, y con todo, no le pareció suficiente aquella defensa: se levantó, pues; cogió un pesado armario del gabinete entre sus brazos, y lo arrastró hasta colocarlo delante de la puerta de entrada, tapiándola así herméticamente.

Contaba, pues, entre su persona y cualquier agresor posible, una puerta, un armario y una mesa.

La hostería había parecido á Chicot casi inhabitada; el mesonero tenía un semblante cándido, soplaban el viento furiosamente, y rechinaban las ramas de los árboles con aquel ruido infernal que,



al decir de Lucrecia, se convierte en un suave y hospitalario murmullo para el viajero encerrado bajo llave y tendido en un blando y magnífico lecho.

Chicot se tendió muellemente en el suyo después de haber terminado todos sus preparativos de defensa. Es preciso convenir en que aquella cama era deliciosa y que estaba preparada de tal modo, que podía garantizar á un hombre contra cualquiera inquietud que le proporcionasen sus semejantes ó los acontecimientos que le sobreviniesen.

En efecto, aparecía como escondido entre largas y anchas cortinas de sarga verde, y un cobertor de plumas comunicaba un calor saludable á los miembros del dormido viajero.

Chicot había cenado como aconseja Hipócrates, es decir, parcamente; sólo había bebido una botella de vino, y su estómago, dilatado convenientemente, enviaba á todo el organismo del cuerpo esa sensación de bienestar que comunica sin interrupción ese órgano complaciente que suplente al corazón de muchos hombres tenidos por honrados.

Un velón que Chicot había puesto en la orilla de la mesa inmediata á la cama, alumbraba el gabi-

nete, y nuestro hombre leía antes de dormirse, tal vez por llamar el sueño, un libro curioso y nuevo que acababa de salir á luz, escrito por un corregidor de Burdeos, llamado Montagne ó Montaigne.

El tal libro se había impreso en dicha ciudad el mismo año de 1581, y contenía las dos primeras partes de una obra que luego fué muy conocida, intitulada *Ensayos*, bastante agradable y divertida para que un hombre se arriesgase á leerla dos veces al día; pero tenía al mismo tiempo la ventaja de ser eminentemente pesado para no impedir el sueño á un hombre que había caminado quince leguas sin echar pie á tierra y bebido su correspondiente botella de vino generoso después de la cena.

Chicot estimaba mucho aquel libro que al salir de París había metido en el bolsillo de su ropilla, y á cuyo autor conocía personalmente. El cardenal de Perrón le llamaba *Breviario de los hombres honrados*, y Chicot, que sabía apreciar el talento y el buen gusto del cardenal, no había tenido inconveniente en aceptar por breviario los *Ensayos*, del corregidor de Burdeos.

Pero sucedió que estando leyendo el capítulo octavo se quedó profundamente dormido.

El velón seguía iluminando la estancia, la puerta estaba cerrada, y el armario, la mesa, la espada y el saquillo de los escudos se mantenían en su sitio. El mismo san Miguel Arcángel hubiera dormido como Chicot, sin pensar en Satanás, aun cuando le hubiese oído rugir en la parte exterior de aquella puerta y al través de sus cerrojos.

Ya hemos dicho que hacía mucho viento: los silbidos de esa serpiente gigantesca se deslizaban entre espantosas melodías por debajo de la puerta y movían las tablas de un modo extraño y singular. El viento es la más perfecta imitación, ó, por mejor decir, la más completa parodia de la voz humana, pues unas veces chilla remedando á una criatura que llora, y otras imita con sus sordos rugidos la cólera de un marido irritado con su mujer.

Chicot conocía que se había levantado una terrible tempestad, y una hora después toda aquella barahunda se había convertido para él en un elemento de tranquilidad, supuesto que luchaba animoso contra el frío con su colcha de plumas, y contra el viento con sus ronquidos.

Pero á pesar de su sueño, figurábase que la

tempestad iba en aumento y aun que se acercaba de una manera horrorosa.

De repente hace estremecer la puerta del gabinete una terrible ráfaga de viento, saltan las chapas, los anillos y los cerrojos, y el armario, perdiendo su equilibrio, se desploma sobre el velón, que queda apagado y rotó, y sobre la mesa, que cae hecha pedazos.

Chicot, aunque dormía bien, tenía la ventaja de despertarse pronto y con toda su presencia de espíritu; esta presencia le indicó que era mucho mejor para él dejarse deslizar por el espacio vacío entre la cama y la pared, que bajar de la cama por delante. En efecto, al hallarse entre la cama y la pared, sus dos manos expertas y aguerridas se dirigieron rápidamente hacia el lado izquierdo de la cabecera, en que estaba el saquillo de escudos, y hacia el derecho al puño de la espada.

Chicot abrió tamaños ojos, pero nada vió; seguía reinando profundísima la noche.

Aplicó entonces el oído, y le pareció que en aquella noche fatal se habían propuesto los cuatro vientos disputarse en singular combate la posición de su gabinete, desde el armario, que continuaba aplastando la mesa, hasta las sillas, que rodaban cho-



cando unas con otras y por encima de los demás muebles.

En medio de tan infernal batahola, creyó Chicot que los cuatro vientos acababan de penetrar en carne y hueso en su gabinete, y que por lo tanto eran sus enemigos Euro, Noto, Aquilón y Bóreas, con sus molletudos carrillos y sus enormes patas.

Resignado, porque estaba convencido de que nada podía hacer contra las divinidades del Olimpo, se agazapó en el rincón de la cama, semejante al hijo de Oileo después de uno de aquellos terribles arrebatos de furor que nos refiere Homero.

Lo único que hizo fué presentar la punta de su larga tizona al viento, ó mejor dicho, á los vientos, con el objeto de que en caso de acercarse á él demasiado los mitológicos personajes, se atravesasen á sí mismos sin consideración alguna, aun cuando resultase lo que resultó de la herida hecha por Diomedes á Venus.

Por fin, después de algunos minutos de una zambra abominable, tal como nunca atormentó humanos oídos, aprovechó Chicot de un momento de respiro que le otorgó la tempestad para

dominar con su voz la furia del deseneadenado elemento y la terquedad de los muebles, empeñados en coloquios demasiado estrepitosos para ser naturales.

Chicot pidió á grandes voces : ¡ socorro !

Hizo al cabo él solo tanto ruido, que los cuatro vientos se calmaron, como si el mismo Neptuno hubiera pronunciado el famoso *quos ego* : seis ú ocho minutos después de haberse retirado, al parecer, Euro, Noto, Aquilón y Bóreas, apareció el mesonero con una linterna en la mano para iluminar el drama.

El teatro en que acababa de representarse ofrecía un aspecto lamentable muy parecido al de un campo de batalla. El grande armario tendido sobre la desquiciada mesa dejaba descubierta la entrada de par en par, y la puerta, únicamente sostenida por un cerrojo, oscilaba á derecha é izquierda como la vela de un buque ; las tres ó cuatro sillas que completaban el ajuar estaban patas arriba ; y por último, la vajilla que había adornado la mesa, se veía amontonada y hecha mil pedazos en el suelo.

— Este es un verdadero infierno, — exclamó

Chicot reconociendo al mesonero á la luz de la linterna.

— ¡ Oh, Dios mío ! — gritó éste al ver el horroso estrago que acababa de suceder. — ¿ Qué ha habido aquí, caballero ?

Y levantó ambas manos, y por consiguiente su linterna, al cielo.

— ¿ Cuántos demonios tenéis alojados en esta casa, amigo mío ? — le preguntó Chicot.

— ¡ Válgame Dios ! ; Qué tiempo ! — contestó el posadero con el mismo gesto patético.

— ¿ Pero no son seguros esos malditos cerrojos ?  
¿ Es de cartón la casa por ventura ? Voy á salir de ella ahora mismo, porque prefiero hallarme en medio del campo.

Y Chicot, saliendo de su escondite, apareció espada en mano en el espacio que había quedado libre entre el pie de la cama y la pared.

— ¡ Pobres muebles míos ! — dijo suspirando el mesonero.

— ¿ Y mis vestidos, — exclamó Chicot, — en dónde están ? — Yo los he dejado en la silla.

— ¡ Vuestros vestidos, caballero ! — respondió

áquél sencillamente. — Si los habéis dejado ahí, ahí deben estar todavía.

— ¡ Cómo si los he dejado ! ; Suponéis acaso que he llegado aquí ayer en este traje ?

Y Chicot procuró, aunque en vano, cubrir sus carnes con su ligera camisa.

— ¡ Oh, señor ! — repuso el huésped bastante apurado para desenredarse de tan apremiante argumento, — bien sé que llegasteis vestido.

— Me alegro de que convengáis en ello.

— Pero...

— ¿ Pero qué ?

— El viento ha abierto la puerta y todo lo ha dispersado.

— No es esa mala razón.

— Ya lo estáis viendo.

— Sin embargo, — replicó Chicot, — vamos á discurrir un poco. Cuando el viento entra en alguna parte, y precisamente ha debido entrar aquí para ocasionar este desorden que veo, ¿ no es cierto ?

— No hay duda en ello.

— Pues bien, cuando el viento entra en alguna parte, es porque llega de afuera.

— Indudablemente.



— ¿No lo negáis?

— No, porque sería una locura.

— Ahora bien; el viento, al entrar en este gabinete, debía traer á él los vestidos de los que duermen en otros cuartos, en vez de llevar los míos no sé adonde.

— ¡ Ah! En efecto; eso es evidente, y así debía suceder; y sin embargo, existe, ó parece existir, la prueba de lo contrario.

— Compadre, — dijo Chicot, que acababa de explorar el piso del aposento con sus investigadoras miradas, — ¿ qué camino ha traído el viento para visitarme?

— No os entiendo, caballero.

— Os pregunto de qué lado sopla el viento.

— Del Norte, caballero, del Norte.

— En ese caso ha caminado por el lodo, porque hé aquí las señales de sus zapatos.

— Y Chicot enseñaba el mismo tiempo á su huésped las huellas de un calzado lleno de barro, marcadas en el piso del aposento.

El mesonero se puso pálido.

— Ahora, querido mío, — prosiguió Chicot, — sólo debo daros un consejo, y es que vigileis bien

á esa especie de vientos que se dirigen á las posadas, penetran en los dormitorios después de forzar las puertas, y se retiran después de robar los vestidos de los viajeros.

El mesonero dió dos pasos atrás para desembarazarse de los muebles que yacían por el suelo y acercarse á la entrada del pasadizo.

No bien tuvo segura la retirada, cuando preguntó á Chicot:

— ¿ Por qué me llamáis ladrón?

— ¡ Toma! ¿ Qué habéis hecho de vuestra cara de hombre honrado? — le preguntó Chicot. — Habéis cambiado mucho en poco tiempo.

— He cambiado porque me insultáis.

— ¡ Yo!

— Si por cierto, me llamáis ladrón, — repitió el posadero en tono más alto y semejante al de una amenaza.

— Os llamo ladrón, porque sois responsable de mis efectos, y porque mis efectos han sido robados en vuestra casa. Me parece que no me negaréis esto.

Y Chicot á su vez, como un espadachín que

quiere probar á su adversario, hizo un gesto amenazador.

— ¡Eh! ¡eh! ¡Á mi, vosotros! — grito el huésped.

Á estas voces se presentaron en lo alto de la escalera cuatro hombres provistos de sendos garros.

— ¡Pardiez! — dijo Chicot; — hé aquí á Noto-Euro, Aquilón y Bóreas. Pues bien, ya que la ocasión se presenta, voy á desterrar de la tierra el viento Norte, en obsequio de la humanidad, á fin de que tengamos una primavera eterna.

Y diciendo y haciendo sacudió un mandoble tan terrible en la dirección del viento más inmediato, que si éste no hubiese dado un salto hacia atrás con la ligereza de un verdadero hijo de Eolo, hubiera quedado dividido de arriba abajo.

Pero como desgraciadamente al ejecutar aquel movimiento retrógrado miraba de hito en hito á Chicot, y por consiguiente no veía los objetos que tenía detrás, fué á caer en la orilla del primer escalón, y no pudiendo conservar el centro de gravedad, rodó estrepitosamente todas las escaleras.

Esta retirada fué una señal para sus compañeros

que desaparecieron igualmente con la misma precipitación que si fueran fantasmas que se abisman en una trampa.

El último de ellos, sin embargo, tuvo el tiempo suficiente para dirigir en voz baja algunas palabras al mesonero, en tanto que sus amigos se abismaban en las entrañas de la tierra.

— Bien, bien, — murmuró el huésped, — parecerán vuestros vestidos.

— Es lo único que deseo.

— Ahora os los traerán.

— Corriente: me parece que bien puedo desear no salir desnudo de aquí.

Lleváronle en efecto los vestidos, pero visiblemente deteriorados.

— ¡Dios mío! ¡Dios mío! — exclamó Chicot. — Muchos clavos debe de haber en vuestra escalera. ¡Malditos vientos! Pero en fin, os debo una reparación. ¿Cómo había yo de sospechar de vos? Tenéis una fisonomía de hombre honrado que...

El mesonero se sonrió afablemente.

— Y ahora supongo, — dijo, — que volveréis á dormir.

— No, no, muchas gracias; he dormido bastante.



— ¿Qué vais á hacer?

— Vais á prestarme vuestra linterna, y continuaré mi lectura interrumpida por el sueño.

Nada replicó el mesonero; entregó á Chicot la linterna y se retiró.

Chicot levantó el armario apoyándolo contra la puerta, y se tendió en la cama.

El resto de la noche transcurrió tranquilamente, y el viento cesó del todo, como si la espada de nuestro viajero hubiese penetrado el odre que los encerraba.

Al amanecer pidió su caballo el embajador del rey, pagó el gasto hecho, y prosiguió su camino diciendo:

— Veremos esta noche.

## XVIII.

Como Chicot continuó su viaje, y de lo que le aconteció.

Chicot pasó toda la mañana en felicitarse de haber tenido la sangre fría y la paciencia que hemos dicho, durante aquella noche de prueba.

— Pero, — dijo para sí, — no se coge dos veces á un lobo viejo en una misma trampa... Es, pues, casi seguro que hoy van á inventar una doble diablura contra mí; y por consiguiente debemos estar alerta.

El resultado de este raciocinio lleno de prudencia,

— ¿Qué vais á hacer?

— Vais á prestarme vuestra linterna, y continuaré mi lectura interrumpida por el sueño.

Nada replicó el mesonero; entregó á Chicot la linterna y se retiró.

Chicot levantó el armario apoyándolo contra la puerta, y se tendió en la cama.

El resto de la noche transcurrió tranquilamente, y el viento cesó del todo, como si la espada de nuestro viajero hubiese penetrado el odre que los encerraba.

Al amanecer pidió su caballo el embajador del rey, pagó el gasto hecho, y prosiguió su camino diciendo:

— Veremos esta noche.

## XVIII.

Como Chicot continuó su viaje, y de lo que le aconteció.

Chicot pasó toda la mañana en felicitarse de haber tenido la sangre fría y la paciencia que hemos dicho, durante aquella noche de prueba.

— Pero, — dijo para sí, — no se coge dos veces á un lobo viejo en una misma trampa... Es, pues, casi seguro que hoy van á inventar una doble diablura contra mí; y por consiguiente debemos estar alerta.

El resultado de este raciocinio lleno de prudencia,



fué que Chicot hizo aquel día una marcha que el mismo Jerofonte no hubiera creído indigna de immortalizar en su retirada de los Diez Mil. Todo árbol, el menor accidente de terreno, cualquier tapia, le servían de puntos de observación ó de fortificación natural. Y aun, durante el camino, había hecho alianzas, si no ofensivas, á lo menos defensivas.

En efecto, cuatro especieros de París, que iban á Orleans á surtirse de confites de Cotignac, y á Limoges de frutas, secas, se dignaron aceptar la compañía de Chicot, que les dijo era un mercader de medias de Burdeos que volvía á su casa después de terminar sus negocios; y como Chicot, natural de la Gascuña, no había perdido el acento gascón sino cuando le era particularmente necesario, no inspiró ninguna desconfianza á sus compañeros de viaje.

Componiase, pues, este ejército de cinco especieros y cuatro amanuenses, y no era más despreciable en cuanto al valor que en cuanto al número, en atención á las costumbres belicosas introducidas desde la formación de la Liga entre los especieros parisienses.

No confesaremos que Chicot profesaba gran respeto hacia el valor de sus nuevos compañeros; pero en aquella ocasión se verificaba el refrán que dice, que tres cobardes juntos tienen menos miedo que un valiente solo.

Por consiguiente Chicot alejó de sí todo miedo desde el momento en que se halló entre cuatro cobardes, y aun renunció á volverse, como antes, para ver si alguno le seguía.

Resultó de ahí que llegaron sin tropiezo, politiquando mucho y echando mil bravatas, á la ciudad designada para cenar y pasar la noche.

Cenaron todos, bebieron largo, y cada uno se retiró á su cuarto.

Durante aquel festín, Chicot no había escaseado su elocuencia burlona que divertía á sus compañeros, ni los tragos de moscatel y Borgoña que alimentaban su elocuencia. Como comerciantes, esto es, como gente libre, habían tratado sin conmiseración á S. M. el rey de Francia y á todas las majestades de la tierra, así de Lorena, como de Navarra, Flandes y de todas partes.

Chicot se fué á su dormitorio, después de haber citado para el siguiente día á sus cuatro compañeros

que acababan de conducirle casi en triunfo desde la mesa hasta su cuarto.

Maese Chicot, por lo tanto, se encontraba custodiado en su pasadizo como un príncipe, por los cuatro viajeros, cuyos dormitorios precedían al suyo, que estaba situado al extremo, y que era por consiguiente inexpugnable, merced á las alianzas intermedias.

En efecto, como en aquella época había poca seguridad en los caminos públicos, aun para aquellos caminantes que sólo atendían á sus propios negocios, todos procuraban asegurarse el apoyo de los viajeros que iban en su compañía, y Chicot, que nada había contado respecto á su percance de la noche precedente, hizo muchos esfuerzos, como puede concebirse, tocante á la redacción de aquel artículo del tratado, que todos adoptaron sin la menor dificultad.

Esto quiere decir que Chicot, sin faltar á las reglas de su prudencia ordinaria, podía acostarse y dormir. Y tanto más debía hacerlo, cuanto que, para mayor precaución, acababa de examinar minuciosamente todos los rineones del aposento, cerrando los cerrojos y cerrando de firme los postigos

de la única ventana del mismo. Ya se deja conocer que había asimismo golpeado la pared por varias partes y que en todas fué satisfactorio el sonido producido por sus puños.

Pero durante su primer sueño acaeció un suceso que la misma Esfinge, ese adivino por excelencia, no hubiera podido prever; no parecía sino que el diablo tenía empeño en dar al traste con los proyectos de Chicot, y ya se sabe que el diablo es más ladino que todas las esfinges del mundo.

Á eso de las nueve y media llamaron suavemente á la puerta del cuarto que los mozos especieros ocupaban juntos, en una especie de zaquizamí, situado precisamente sobre el pasadizo de la posada. Uno de ellos abrió aunque de malísimo humor, y se encontró frente á frente con el posadero.

— ¡ Cuánto celebro, — dijo éste, — el ver que os habéis acostado vestidos! Como que voy á haceros un gran servicio. Ya sabéis que vuestros amos se han enzarzado mucho en la mesa hablando de política: pues bien, un regidor del ayuntamiento ha oído sus discursos y dado parte al señor alcalde, y como éste se precia de ser sumamente fiel, ha enviado al punto la ronda, que acaba de conducir á vuestros



amos á la municipalidad para que den sus descargos. La cárcel está inmediata á la municipalidad, y así no seáis tontos, salvaos con las mulas, y vuestros amos, que se os reunirán cuando puedan, no podrán menos de agradecer vuestra previsión.

Los mozos al oír esto saltaron de la cama como corzos, bajaron sin detenerse á la cuadra, montaron temblando en las mulas y se dirigieron por el camino de París, encargando al posadero que enterase á sus amos de la ruta que seguían, si volvían por casualidad sanos y salvos al mesón.

Hecho esto y habiendo visto desaparecer á los cuatro mozos por la esquina de la calle, fué á llamar el posadero con las mismas precauciones á la primera puertá del pasadizo.

El mercader que en aquel cuarto dormía, se despertó gritando con voz de trueno:

— ¿Quién va allá?

— ¡Silencio, desgraciado! — le contestó el mesonero; — acercaos de puntillas á la puerta.

Obedeció el especiero, pero, á guisa de hombre prudente, arrimó el oído á la puerta sin abrirla, y preguntó:

— ¿Quién sois?

— ¿No conocéis, la voz del amo de la posada?

— Si, ahora sí; por Cristo! Pero ¿qué ocurre?

— Ocorre que en la mesa habéis hablado del rey con demasiada libertad, que el alcalde ha sido avisado por algún espía, y que ha venido la ronda. Por fortuna he indicado á los empleados el desván que ocupan vuestros criados, y en este momento los están prendiendo arriba, en lugar de prenderos aquí.

— ¿Qué es lo que me decís! — exclamó el mercader.

— La pura verdad; daos prisa, si queréis salvaros, mientras está libre la escalera.

— ¿Y mis compañeros?

— No tenéis tiempo para avisarles.

— ¿Pobres amigos!

— Y el especiero se vistió precipitadamente.

Durante este tiempo el mesonero, como cediendo á una inspiración repentina, golpeó en el tabique que separaba al primer mercader del segundo.

Enterado éste de lo que acontecía, abrió suavemente su puerta; el tercero, avisado del mismo modo, llamó al cuarto, y viéndose ya reunidos desaparecieron escalera abajo como una bandada de

golondrinas, levantando las manos al cielo y marchando de puntillas, á fin de no ser sentidos.

— ¡ Pobre mediero ! — decían : — toda la culpa va á recaer sobre él, aunque ciertamente ha sido quien más ha hablado. En fin, que mire bien cómo sale del aprieto, pues el posadero no ha podido avisarle como á nosotros.

En efecto, maese Chicot, como debe presumirse, ignoraba todo cuanto acababa de suceder, pues al mismo tiempo que los especieros huían encomendándole á Dios, dormía profundamente.

El mesonero se aseguró de éste poniéndose á esuchar á la puerta ; en seguida bajó hasta una sala baja, cuya puerta, cuidadosamente cerrada hasta entonces, se abrió á una señal suya.

Acto continuo se quitó el gorro y entró.

En la sala había seis hombres armados, y uno de ellos parecía jefe de los demás.

— ¿ Qué hay ? — preguntó éste.

— He obedecido vuestras órdenes, señor oficial.

— Es decir que ya no hay nadie en el mesón.

— Nadie.

— La persona designada ignora todo... no se ha despertado... ¿ eh ?

— Como decís, señor oficial.

— Señor mesonero, ya sabéis en nombre de quién obramos, ya sabéis á qué causa servimos, supuesto que sois uno de sus defensores.

— Sí por cierto, y ya veis que he sacrificado, por ser fiel á mi juramento, la ganancia que debían haberme dejado mis huéspedes ; pero recuerdo que en el juramento se dice : « Sacrificaré mis bienes á la defensa de la santa religión católica. »

— Y también mi vida... Sin duda olvidáis esto, repuso el oficial con altanería.

— ¡ Dios mío ! — exclamó el posadero juntando las manos. — ¡ También se me pide la vida ? ¡ Tengo mujer é hijos !

— Sólo os la pedirán, si no obedecéis ciegamente lo que se os mande.

— ¡ Obedeceré, obedeceré !

— En ese caso, retiraos, cerrad bien todas las puertas, y suceda lo que quiera, aun cuando veáis arder el mesón, ó lo sintáis desplomarse sobre vuestra cabeza, no os mováis de vuestro cuarto. Ya veis que el encargo es fácil de cumplir.

— ¡ Jesús ! ¡ Jesús ! estoy arruinado, — murmuró el pobre hombre.



— Tengo orden de indemnizaros, — dijo el oficial; — aquí tenéis treinta escudos.

— ¡ Mi casa tasada en treinta escudos ! — exclamó lastimeramente el mesonero.

— ¡ Ea, callad con mil diablos ! que no se os romperá un solo vidrio. ¡ Vaya unos campeones asquerosos de la Liga que tenemos en esta tierra !

El mesonero fué á encerrarse como un parlamentario á quien se previene que va á ser saqueada la ciudad en que reside.

El oficial sin perder tiempo colocó á los dos hombres mejor armados debajo de la ventana del aposento de Chicot, y él mismo acompañado de los otros tres subió al dormitorio del pobre mediero, como le llamaban sus compañeros de viaje, que se hallaban ya lejos de la población.

— Ya sabéis lo que ha de hacerse, — dijo el oficial. — Si abré la puerta, si se deja registrar, si le encontramos lo que buscamos, nada tiene que temer de nosotros; pero si sucede lo contrario... un buen golpe de daga... ¿ estáis ? Nada de pistola, ni de arcabuz, porque al fin somos cuatro contra uno y es inútil.

Llegaron á la puerta, y el oficial llamó.

— ¿ Quién va ? — preguntó Chicot despertándose sobresaltado.

— Conviene fingir, — murmuró el oficial, añadiendo en voz alta: — Somos vuestros compañeros de viaje, que queremos comunicaros un asunto importante.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! — repuso Chicot; — sin duda el vino de la cena os ha enronquecido la voz, compañeros.

El oficial suavizó la suya y dijo con el tono más insinuante que le fué posible :

— Vamos, abrid, querido compañero y amigo.

— ¡ Ira de Dios ! — exclamó Chicot. — ¡ Cómo apestan á hierro vuestras especias !

— ¡ Qué es eso ! — gritó al fin el oficial perdiendo la paciencia. — ¿ No quieres abrir ? echad vosotros la puerta abajo.

Chicot corrió á la ventana, la abrió con fuerza y vió en la calle dos espadas desnudas.

— ¡ Estoy cercado ! — exclamó.

— ¡ Ah ! ¡ ah ! ¡ Compadre, — dijo el oficial, que había oído el ruido que hizo la ventana al abrirse, — temes el salto peligroso ? Tienes razón. Vamos, ¡ ábrenos, ábrenos !

— Pardiez, — dijo Chicot, — la puerta es sólida, y recibiré un refuerzo cuando hagáis ruido.

El oficial soltó una carcajada y mandó á los soldados que desclavaran los goznes.

Chicot se puso á gritar para llamar á los mercaderes.

— Imbecil, — dijo el oficial, — ¿ crees que te hemos dejado socorro ? ; Desengáñate, estás solo y por consiguiente perdido ! Vamos, has de tripas corazón... ; Andad, vosotros !

Y Chicot oyó tres culatazos de mosquete dados contra la puerta con la fuerza y regularidad de tres arietes.

— Aquí hay, — dijo, — tres mosquetes y un oficial, y allá abajo dos espadas solamente : hay que saltar quince pies : esto no vale nada. Prefiero las espadas á los mosquetes.

Y atándose su saco á la cintura, se montó sin vacilar en el antepecho de la ventana, espada en mano.

Los dos hombres que habían quedado abajo tenían las suyas con las puntas hacia arriba ; Chicot había discurrido, con razón, que jamás un hombre, aunque sea el mismo Goliath, espera la caída de

otro hombre, aunque sea un pigmeo, cuando este otro hombre puede matarlo al matarse.

Los soldados mudaron de táctica y retrocedieron decididos á herir á Chicot cuando estuviese en el suelo.

Aquí es donde el gascón los esperaba. Saltó con tanta habilidad, que cayó de pie y permaneció en cuclillas ; al mismo tiempo uno de los hombres le asestó una estocada capaz de atravesar una pared ; pero Chicot no se tomó el trabajo de pararla, recibéndola en la mitad del pecho, seguro como estaba de que, merced á la cota de malla de Gorenflot, la hoja de su enemigo se rompería como un vidrio.

— ; Tiene coraza ! — dijo el soldado.

— ; Pardiez ! — replicó Chicot, que de un revés le había ya cortado la cabeza.

El otro se puso á gritar, no pensando ya más que en defenderse, porque Chicot atacaba ; pero, como desgraciadamente no tenía siquiera las fuerzas de Jacobo Clemente, no tardó en hallarse tendido al lado de su camarada ; de suerte que cuando derribaron la puerta y el oficial se asomó á la ventana, no vió ya más que á los dos centinelas bañados en su sangre.



Á cincuenta pasos de los moribundos huía Chicot muy tranquilamente.

— Es un demonio, — gritó el oficial, — y está hecho á prueba de hierro.

— Sí, pero no á prueba de plomo, — replicó un soldado apuntándole con su mosquete.

— ¡ Desgraciado ! — exclamó el oficial levantando el arma : — nada de ruido, porque vas á despertar á todo el pueblo ; mañana le encontraremos.

— Estoy discurrendo, — dijo filosóficamente uno de los soldados, — que hubiera sido mejor poner cuatro hombres abajo y dos solamente arriba.

— ¡ Sois un majadero ! — respondió el oficial.

— ¡ Ya veremos lo que le llama á él el duque ! — dijo gruñendo aquel soldado para consolarse.

Y dejó descansar la culata de su mosquete en el suelo.

## XIX.

## Tercera jornada.

Si Chicot huía con tanta calma, era porque se hallaba en Etampes, esto es, en una ciudad, en medio de una población respetable, bajo la salvaguardia de magistrados que, á su primera demanda, hubieran puesto el negocio en tela de juicio y arrestado al mismo duque da Guisa.

Sus asaltantes conocieron perfectamente su falsa posición, por lo que el oficial prohibió, como se ha visto, á sus soldados el hacer fuego, á riesgo de que se escapase Chicot.

Á cincuenta pasos de los moribundos huía Chicot muy tranquilamente.

— Es un demonio, — gritó el oficial, — y está hecho á prueba de hierro.

— Sí, pero no á prueba de plomo, — replicó un soldado apuntándole con su mosquete.

— ¡ Desgraciado ! — exclamó el oficial levantando el arma : — nada de ruido, porque vas á despertar á todo el pueblo ; mañana le encontraremos.

— Estoy discurrendo, — dijo filosóficamente uno de los soldados, — que hubiera sido mejor poner cuatro hombres abajo y dos solamente arriba.

— ¡ Sois un majadero ! — respondió el oficial.

— ¡ Ya veremos lo que le llama á él el duque ! — dijo gruñendo aquel soldado para consolarse.

Y dejó descansar la culata de su mosquete en el suelo.

## XIX.

## Tercera jornada.

Si Chicot huía con tanta calma, era porque se hallaba en Etampes, esto es, en una ciudad, en medio de una población respetable, bajo la salvaguardia de magistrados que, á su primera demanda, hubieran puesto el negocio en tela de juicio y arrestado al mismo duque da Guisa.

Sus asaltantes conocieron perfectamente su falsa posición, por lo que el oficial prohibió, como se ha visto, á sus soldados el hacer fuego, á riesgo de que se escapase Chicot.



Por la misma razón se abstuvo de perseguirle, pues sabía que al primer paso que diesen tras él, habriadespertado á toda la población con sus gritos.

La pequeña partida, disminuida en su tercera parte, se ocultó en las tinieblas, abandonando, para no comprometerse tanto, sus dos muertos y dejándoles las espadas á su lado, para hacer creer que habían muerto en desafío.

Chicot buscó en vano por todas partes á los especieros y sus mozos.

Luego, calculando prudentemente que sus asaltantes, habiendo errado el golpe, debían abandonar el pueblo, creyó que él, en buena estrategia, debía permanecer allí.

Hizo aun más; después de haber hecho un rodeo, y oído desde la esquina de una calle inmediata alejarse los caballos, tuvo la audacia de volver á la posada, en donde halló al mesonero que aun no se había calmado del susto, y á quien dejó ensillar su caballo en la cuadra, mirándole absorto como á una fantasma.

Chicot se aprovechó de aquel estupor favorable para no pagar su gasto, que, por su parte, se guardó bien de reclamar el posadero.

En seguida se fué nuestro viajero á pasar el resto de la noche en la sala principal de otra posada, en medio de todos los bebedores, quienes al notar el rostro risueño y gracioso continente del desconocido, estuvieron lejos de sospechar que, aunque acababa de estar á punto de ser asesinado, había dado muerte á dos hombres.

Al despuntar el dia ya estaba Chicot en camino y dominado por inquietudes que se aumentaban por instantes. Había salido felizmente de dos tentativas pero la tercera podía serle funesta.

En aquel momento se hubiera arreglado de buena gana amistosamente con todos los partidarios del duque de Guisa, salvo el enjaretarles las bolas que tan bien sabía inventar.

La aparición de un grupo de árboles le inspiraba temores difíciles de describir; la vista de un foso le hacia temblar como un azogado; una cerca algo más alta que lo regular le inspiraba tentaciones de volverse atrás.

De vez en cuando le ocurría la idea de despachar, así que llegase á Orleans, un correo al rey, para pedirle una escolta que se relevase de ciudad en ciudad.

Pero como, hasta dicha ciudad, el camino era solitario y muy seguro, conoció Chicot que si hacia lo que había pensado, se le tendría por cobarde, que perdería la buena opinión en que le tenía el rey, y que además la escolta le incomodaría mucho; á esto se añadía la consideración de que dejaba á retaguardia cien fosos, cincuenta vallados, veinte cercas y diez sotos, sin que se le hubiese aparecido el menor objeto sospechoso.

Pero después de haber pasado de Orleans, sintió Chicot aumentarse sus temores. Eran las cuatro de la tarde, es decir, cerca de anochecer; el camino estaba cubierto de maleza como un bosque, y se presentaba en progresión ascendente como una escalera; destacándose el viajero en medio de la sombra del crepúsculo, aparecía semejante á un mamarracho que sirve de blanco, expuesto á las balas que cualquiera hubiera podido dirigirle.

De repente, oyó Chicot un ruido lejano parecido al que hacen en tierra dura los caballos que corren á escape.

Volvió el rostro, y, como hacia el medio de la cuesta que él había ya pasado, vió á varios jinetes que corrían á toda brida.

Los contó al punto; eran siete.

Cuatro de ellos llevaban mosquetes cruzados á la espalda.

El sol poniente daba á los cañones un brillo de color sanguinolento.

Los caballos de aquellos jinetes se acercaban por momentos al de Chicot, y éste por su parte no trataba de apostárselas á la carrera; pues conocía que el resultado de este empeño sólo hubiera sido disminuir sus recursos en caso de ser atacado.

Lo único que hizo fué dirigir su caballo á derecha é izquierda para evitar la puntería fija de los arcabuceros.

Chicot ejecutaba esta maniobra con un perfecto conocimiento de aquella arma y de los que la manejaban, porque en el momento en que los jinetes de retaguardia estuvieron á cincuenta pasos de él, le saludaron con cuatro balazos, que siguiendo la dirección en que fueron disparados, pasaron por encima de su cabeza.

Chicot los aguardaba ya hacia rato, por eso había tomado sus medidas de antemano. Al oír silbar las balas, abandonó las riendas y se dejó caer del caballo, pero al mismo tiempo tuvo la precaución de



desevainar la tizona, y de empuñar con la mano izquierda una daga cortante como una navaja de afeitar y cuya punta era semejante á la de una aguja.

Cayó pues á tierra de tal modo, que sus piernas parecían dos resortes plegados, aunque dispuestos á extenderse con la mayor facilidad: al mismo tiempo, merced á la posición escogida por aquella caída voluntaria, su cabeza se encontraba resguardada, porque el pecho del caballo la defendía.

Un grito de alegría salió del grupo de sus perseguidores, quienes al ver en tierra á Chicot le creyeron muerto.

— Ya os lo decía yo, imbécil, — murmuró corriendo á todo escape un hombre enmascarado; — habéis errado el golpe anoche por no haber seguido mis órdenes. Ahí lo tenéis ahora, puesto á buen recaudo. Muerto ó vivo, que se le registre, y si se mueve que se le remate.

— ¡ Oh, señor! — contestó respetuosamente el caballero á quien iban dirigidas las anteriores palabras.

Todos echaron pie á tierra, á excepción de un soldado que recogió las bridas de todos los caballos.

Chicot no era precisamente lo que se llama un hombre devoto, pero en aquel trance se acordó de que hay un Dios, de que este Dios le abría los brazos, y que tal vez no transcurrirían cinco minutos sin que el pecador se encontrase delante de su juez supremo.

Balbuó una melancólica y ferviente oración que llegó sin duda al cielo.

Dos hombres con espada en mano se acercaron á Chicot, y al oír sus lamentos, conocieron perfectamente que aun estaba vivo.

Como no se movía, ni hacía el menor ademán para defenderse, el más atrevido de los dos hombres tuvo la imprudencia de acercarse al alcance de su mano izquierda: la daga de Chicot, lanzada como por un resorte, entró en el pescuezo del osado caballero, y al mismo tiempo sumió la mitad de su espada en los riñones del otro que se aprestaba á huir.

— ¡ Ira de Dios! — gritó el jefe: — aquí hay traición: cargad los arcabuces, porque ese tunante parece que aun está con vida.

— Ya lo creo, — contestó Chicot: — sí, en efecto todavía estoy vivo.

Diciendo así y respirando fuego por los ojos,

arremetió pronto como el pensamiento contra el jefe, dirigiendo contra su careta, la punta de la espada.

Pero dos soldados le tenían ya cercado, y no tuvo más remedio que descargar sobre ellos dos soberbios mandobles que le dejaron libre por aquella parte.

— ¡Muchachos! ¡Muchachos! — gritó el jefe.

— ¡Los arcabuces con mil diablos!

— Antes que se preparen los arcabuces, — replicó Chicot, — te abriré las entrañas, seo pícaro, y romperé las cintas de tu careta para conocerte.

— Mantencos firme, señor, que yo os defenderé, — se oyó gritar al mismo tiempo á una voz que pareció á Chicot como bajada del cielo.

Era la de un joven que cabalgaba en un magnífico corcel negro: tenía dos pistolas en las manos, y gritó á Chicot:

— ¡Bajaos, con mil demonios! ¡bajaos! os digo.

Chicot obedeció maquinalmente.

Al mismo tiempo sonó un pistoletazo, y un hombre rodó á los pies de Chicot soltando la espada que empuñaba.

Entretanto los caballos principiaron á espantarse y á hacer cabriolas, y en vano los tres jinetes que

habían quedado vivos intentaron volver á montar, el mancebo disparó en medio de esta refriega otro pistoletazo, y derribó á otro hombre.

— Dos á dos, — dijo Chicot, — generoso salvador, tomad el vuestro, aquí tengo yo el mío.

Diciendo así, principió á dirigir sendas estocadas contra el enmascarado, que, aunque temblando de rabia ó de miedo, le hizo frente como hombre ejercitado en el manejo de las armas.

El joven por su parte, sin necesidad de empuñar la espada, había cogido á su contrario por medio del cuerpo, lo había derribado al suelo y lo maniató con su cinturón como á un cordero en el matadero.

Al verse Chicot enfrente de un solo adversario, recobró toda su calma, y por consiguiente su superioridad. Arremetió vigorosamente á su enemigo, dotado de gran corpulencia, le hizo recular hacia la cuneta del camino, y, después de una finta, le dió una estocada en las costillas.

Apenas vió Chicot en el suelo á su adversario, puso el pie sobre su espada para que no pudiera cogerla, y cortó con su puñal los cordones de la máscara.



— ¡ El señor de Mayenne ! — exclamó. — ¡ Diablo, ya me lo sospechaba !

El duque no contestó ; estaba desmayado, así por la pérdida de la sangre, como por el gran golpe que recibió al caer.

Chicot se rascó la nariz, según acostumbraba hacer en todo acto serio. Luego que reflexionó por espacio de medio minuto, se remangó el brazo, tomó su ancha daga, y se aproximó al duque para cortarle lisa y llanamente la cabeza ; pero en aquel momento sintió que un brazo de hierro sujetaba el suyo, y oyó una voz que le decía :

— ¡ Poco á poco, caballero ! no se mata al enemigo vencido.

— Joven, — respondió Chicot, — me habéis salvado la vida, es verdad ; os lo agradezco en el alma ; pero aceptad una leccioncita muy útil en estos tiempos de degradación moral en que vivimos. Cuando un hombre ha sufrido en tres días tres ataques ; cuando ha corrido tres veces el riesgo de perder la vida ; cuando todavía está caliente la sangre de enemigos que le han disparado desde lejos, sin provocación alguna de su parte, cuatro arcabuzos, como hubieran hecho con un lobo rabioso,

entonces, joven, ese valiente, permitidme que os lo diga, puede hacer impunemente lo que voy á hacer.

Y Chicot volvió á coger el cuello de su enemigo para acabar la operación ; pero también fué detenido esta vez por la vigorosa mano del joven.

— No haréis semejante cosa, — dijo, — á lo menos mientras yo esté aquí. ¿ No os basta la sangre que sale de esa herida que le habéis hecho ? ¿ Queréis derramarla toda ?

— ¡ Sin duda, — dijo Chicot sorprendido, — conocéis á ese miserable !

— Ese miserable es el duque de Mayenne, príncipe igual en grandeza á muchos reyes.

— Una razón más, — contestó Chicot con voz sombría... — ¿ Pero vos, quién sois ?

— Yo soy el que os ha salvado la vida, señor, — respondió friamente el joven.

— Y el que, si no me engaño, me entregó una carta del rey en el camino de Charentón hará pronto tres días.

— El mismo.

— ¿ En ese caso estáis al servicio del rey ?

— Tengo ese honor, — respondió el joven haciendo una reverencia.

— ¿Y estando al servicio del rey os interesáis por el señor de Mayenne? ¡Diablo! Permittedme que os diga que eso no es propio de un buen servidor.

— Creo, por el contrario, señor, que en este momento soy un buen servidor del rey.

— Tal vez, — dijo Chicot tristemente, — tal vez; pero no es esta la ocasión de filosofar. ¿Cómo os llamáis?

— Ernautón de Carmainges, señor.

— Pues bien, señor Ernautón, ¿qué vamos á hacer de ese carroña igual en grandeza á todos los reyes de la tierra? Porque os advierto que yo cazo muy largo.

— Yo cuidaré del señor de Mayenne, señor.

— Y del compañero que escucha allá abajo, ¿qué pensáis hacer?

— El pobre diablo no puede oír nada, porque, á lo que creo, le he dejado bien amarrado y está sin sentido.

— Vamos, señor de Carmainges, habéis salvado hoy mi vida; pero la comprometéis furiosamente para más adelante.

— Hoy cumplo con mi deber; más adelante Dios proveerá.

— Hágase como lo deseáis; por otra parte, me repugna matar á ese hombre sin defensa, aunque sea mi mayor enemigo. Así, pues, quedad con Dios.

Y Chicot apretó la mano de Ernautón.

— Tal vez tiene razón, — dijo para sí alejándose para tomar su caballo.

Pero volviéndose de pronto, añadió:

— En verdad que tenemos á nuestra disposición siete buenos caballos, y creo haber ganado cuatro por mi parte; ayudadme á escoger... ¿Entendéis de caballos?

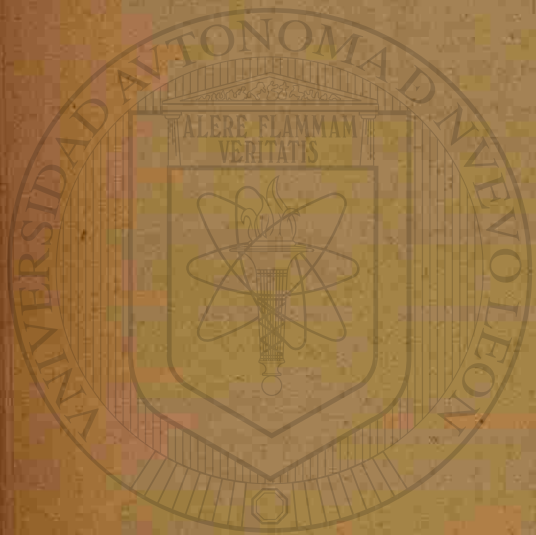
— Tomad el mío, — respondió Ernautón: — sé lo que puede hacer.

— ¡Oh! esa es demasiada generosidad: guardadlo para vos.

— No, yo no tengo tanta necesidad como vos de caminar ligero.

Chicot no se hizo de rogar, montó en el caballo de Ernautón, y desapareció.





XX.

**Ernautón de Carmainges.**

Ernautón quedó en el campo de batalla bastante perplejo acerca de lo que debía hacer con los dos enemigos que iban á abrir los ojos entre sus brazos.

Sin embargo, como no había ningún peligro en dejarles alejarse, y como era probable que maese Roberto Briquet (este era el nombre con que Ernautón conocía á Chicot) no volvería atrás para rematarlos, nuestro joven fué á ver si descubría

algún auxiliar, y no tardó en hallar en el mismo camino lo que buscaba.

En lo alto de la cuesta se percibía un carro que Chicot había debido dejar atrás, según la velocidad con que corría, y que se destacaba vigorosamente en el fondo de un cielo iluminado por los rojos rayos del sol próximo al ocaso.

Tiraban de aquel carro dos bueyes guiados por un aldeano.

Ernautón se acercó al conductor, quien, al verte llegar, tuvo fuertes tentaciones de abandonar su carro y tomar las de Villadiego, y le refirió que acababa de darse un combate entre hugonotes y católicos, y que había sido funesto á cuatro hombres, pero que quedaban dos heridos, que necesitaban socorro.

El paisano, bastante asustado de la responsabilidad de una buena obra, pero más asustado aun, como hemos dicho, del semblante guerrero de Ernautón, ayudó á éste á transportar al carro al señor de Mayenne y al soldado que, desmayado ó no, seguía con los ojos cerrados.

Quedaban los cuatro muertos.

— Caballero, — preguntó el aldeano, — ¿ estos cuatro hombres eran católicos ó hugonotes ?

Ernautón había visto al paisano hacer la señal de la cruz en el momento de su terror.

— Hugonotes, — respondió.

— En ese caso, — replicó el paisano, — no hay inconveniente en que yo registre sus bolsillos, ¿ no es verdad ?

— Ninguno, — respondió Ernautón, á quien era indiferente que fuese aquel paisano, ó el primero que llegara, quien heredase á aquellos pobres diablos.

El paisano no aguardó á que se lo dijeran dos veces, y registró escrupulosamente los bolsillos de los muertos.

Éstos, al parecer, habían tenido muy buen sueldo en vida, porque, terminada la operación, se pintó la alegría en la cara del aldeano.

De aquella felicidad que inundó todo su cuerpo y alma á la vez, resultó que aguijoneó de firme sus bueyes para llegar más pronto á su ehoza.

El señor de Mayenne recobró los sentidos en el establo, y en una buena cama de paja de aquel excelente católico. El dolor causado por las sacu-



didadas del carro, no había bastado á reanimarle; pero cuando el agua fresca derramada sobre la herida hizo correr de ella algunas gotas de sangre amoratada, el duque abrió los ojos y los fijó en los hombres y las cosas que le rodeaban con una sorpresa fácil de concebir.

No bien se reanimó el señor de Mayenne, cuando Ernautón hizo que el aldeano se retirase.

— ¿Quién sois, caballero? — le preguntó el duque.

Ernautón se sonrió y dijo:

— ¿No me reconocéis ya?

— En efecto, — añadió el duque arrugando el entrecejo, — sois el que ha prestado ayuda á mi enemigo.

— Sí, pero también soy el que ha evitado que vuestro enemigo os matase.

— Así debe ser, supuesto que estoy vivo, á menos que me haya creído muerto.

— Se ha retirado sabiendo que respirabais.

— Pero creía que mi herida era mortal.

— Lo ignoro, pero el resultado ha sido que, á no haberme opuesto yo, iba á haceros una que indudablemente lo hubiera sido.

— Pero ¿por qué habéis ayudado á matar á los míos para estorbar después mi muerte?

— Nada es más sencillo, caballero, y extraño mucho que un hombre principal (pues me parece que lo sois) no comprenda mi conducta. La casualidad me ha conducido por el mismo camino que seguíais, y al notar que muchos hombres acometían á uno solo, he defendido á éste; pero viendo después que aquel valiente (porque sea quien fuere, caballero, debemos reconocer su bravura) decidió la victoria batiéndose brazo á brazo contra vos, interpose mi espada entre su daga y vuestro pescuezo, porque no me pareció puesto en razón que abusase de su victoria matándoos.

— ¿Me conocéis? — preguntó Mayenne lanzando sobre su interlocutor escrutadoras miradas.

— No tengo necesidad de conoceros; sé que estáis herido, y esto me basta.

— Hablad con más franqueza, caballero; vos me conocéis.

— Por Dios, que también es muy particular que no queráis comprenderme: os aseguro que tan poco noble me parece el asesinar á un hombre que yace

por tierra indefenso, como el que seis armados acometan á uno solo.

— Admitiréis, sin embargo, la observación de que todo cuanto se hace en el mundo puede estar sujeto á ciertos motivos...

Ernautón se inclinó sin contestar.

— ¿No habéis visto, — prosiguió Mayenne, — que he cruzado la espada de hombre á hombre con mi contrario?

— Sí.

— Ese hombre, además, es un enemigo mortal para mí, así como yo lo soy para él.

— Lo creo, porque me ha dicho lo mismo.

— ¿Y si no muero de esta herida?

— Nada tengo que ver con eso, y haréis lo que os acomode.

— ¿Y me creéis en efecto herido de peligro?

— He examinado la herida, caballero, y aunque la considero grave, se me figura que no moriréis de ella. El acero ha rozado las costillas, según creo, pero sin penetrar en la cavidad del pecho. Respirad y veréis como no sentís dolor alguno hacia el pulmón.

Mayenne respiró con trabajo, pero sin padecer interiormente.

— Es verdad, — dijo; — pero, ¿y los hombres que me acompañaban?

— Han muerto á excepción de uno.

— ¿Han quedado en el camino?

— Sí.

— ¿Los han registrado?

— El aldeano que habéis visto al abrir los ojos y que os da hospitalidad, se ha encargado de eso.

— ¿Qué ha encontrado?

— Algún dinero.

— ¿Y papeles?

— Lo ignoro.

— ¡Ah! — exclamó Mayenne con manifiesta satisfacción.

— Por lo demás, el hombre que ha quedado vivo puede informaros mejor que yo.

— ¿En dónde está?

— En esta choza á dos pasos de aquí.

— Llevadme á su lado, ó más bien traedle al mío, y si sois hombre de honor, como creo, juradme que no le haréis la menor pregunta.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO



— No soy curioso, caballero, y ya sé todo cuanto me importa respecto á este asunto.

El duque miró á Ernaudón con alguna inquietud.

— Caballero, — le dijo éste, — desearia que encargaseis á otro esa comision que me dais.

— Perdonad, caballero, me he equivocado, y os suplico que me serváis en lo que os pido.

Cinco minutos después se hallaba el soldado en el establo.

Al divisar al duque de Mayenne, lanzó un grito, pero el duque tuvo la serenidad de poner un dedo sobre su boca, y el soldado calló.

— Caballero, — dijo Mayenne á Ernaudón, — mi reconocimiento será eterno, y tal vez algún día nos encontremos en mejores circunstancias. ¿ Puedo saber á quién tengo el honor de hablar ?

— Yo soy el vizconde Ernaudón de Carmainges, caballero.

Mayenne esperaba una explicación más detallada, pero el joven conoció que le tocaba á su vez mostrarse reservado.

— ¿ Seguíais el camino de Beaugency, caballero ?

— añadió el duque.

— Sí, por cierto.

— Quiere decir que os he servido de mucha incomodidad, pues no podéis poneros en marcha esta misma noche.

— Al contrario, caballero, voy á partir ahora mismo.

— ¿ En dirección á Beaugency ?

Ernaudón miró á Mayenne como hombre á quien incomodaba tan pertinaz insistencia.

— No, hacia París, — contestó al fin.

El duque pareció admirarse.

— Perdonad, — repuso de allí á un instante; — pero no deja de ser extraño que, dirigiéndoos á Beaugency y habiéndoos detenido una circunstancia imprevista, abandonéis el objeto de vuestro viaje sin motivo apremiante.

— La cosa es muy sencilla, caballero, — respondió Ernaudón; — iba á una cita, y como he tenido precisión de detenerme aquí por el suceso que sabéis, me impide encontrar á la persona que buscaba : por eso me vuelvo atrás.

Mayenne procuró, aunque en vano, leer en el semblante impasible de Ernaudón otro pensamiento que el que expresaban sus palabras.

— Mucho siento, — murmuró, — que no per-

manezcáis conmigo algunos días, pues enviaría á este soldado para que me trajese de Paris un cirujano, porque ya podéis conocer perfectamente que me será imposible permanecer solo entre estos aldeanos á quienes no conozco.

— ¿Y por qué, — replicó Ernaudón, — no ha de ser vuestro soldado quien se quede aquí, y yo quien os envíe un cirujano ?

Mayenne vaciló.

— ¿ Sabéis el nombre de mi enemigo ?

— No, señor.

— ¡ Cómo ! ¿ Le habéis salvado la vida y no os ha dicho cómo se llama ?

— No se lo he preguntado.

— ¿ Por qué ?

— También á vos os he salvado la vida, caballero, y sin embargo nada os he preguntado tampoco. En cambio los dos sabéis mi nombre. ¿ Qué importa que el libertador no sepa cómo se llama el hombre á quien ha salvado ? Éste es quien debe saber cómo se llama su salvador.

— Ya veo, caballero, que nada podré saber de vos, y que sois tan discreto como valiente.

— Y yo, caballero, estoy conociendo que pronun-

ciáis esas palabras como una recriminación, que siento mucho, porque lo mismo que os alarma debiera por el contrario tranquilizaros. Me es imposible haberme mostrado demasiado discreto con el uno sin serlo un poco con el otro.

— Tenéis razón : dadme vuestra mano, señor de Carmainges.

Ernaudón le alargó la mano, pero sin que nada hiciese sospechar en su rostro que sabía que la que estrechaba era mano de príncipe.

— Habéis censurado mi conducta, caballero, mas no puedo justificarme ni revelar grandes secretos. Mejor es, por consiguiente, que no vayamos más lejos en cuanto á confianzas recíprocas.

— Tened presente, caballero, que os defendéis cuando yo no os acuso : creed que sois perfectamente libre para hablar ó callar.

— Mil gracias, caballero, ya callo : sabed únicamente que pertenezco á una casa principal, y que puedo servirlos en cuanto se os ofrezca.

— Dejémonos de eso, caballero, — respondió Ernaudón, — y creed que seré tan discreto en cuanto á vuestra fortuna como respecto á vuestro nombre.



Merced al amo á quien sirvo, de nadie tengo necesidad.

— ¡ Vuestro amo ! — exclamó Mayenne con inquietud. — ¿ De qué amo queréis hablar ?

— Han cesado nuestras confianzas, según vos mismo habéis dicho, — replicó Ernautón.

— Es justo.

— Además, vuestra herida empieza á inflamarse, y os conviene guardar silencio.

— Sí, tenéis razón. ¡ Oh ! ¡ si estuviese aquí mi cirujano !

— Yo vuelvo á París, como os he dicho, y podéis indicarme dónde vive.

Mayenne hizo una señal al soldado, quien se acercó á él, y ambos hablaron en voz baja.

Ernautón se separó de ellos dando una nueva prueba de su discreción habitual.

Por último, después de algunos minutos de consulta, el duque se volvió hacia Ernautón.

— Señor de Carmainges, — le dijo : — ¿ me dais vuestra palabra de honor de que, si os entrego una carta, la pondréis fielmente en manos de quien va dirigida ?

— Os la doy, caballero.

— Y yo creo en ella, pues sois demasiado generoso para que no me fie ciegamente de vos.

Ernautón le hizo un saludo.

— Voy á confiaros parte de mi secreto, — dijo Mayenne, — soy de la guardia de la señora duquesa de Montpensier.

— ¡ Ah ! — exclamó Ernautón con sencillez : — ¡ por Dios vivo, que yo ignoraba que la señora duquesa de Montpensier tuviese guardias !

— En estos tiempos de turbulencias, — contestó Mayenne, — todo el mundo se guarda lo mejor que puede, y como la casa de Guisa es una casa soberana...

— No os pido la menor explicación, caballero ; pertenecéis á la guardia de la señora duquesa, y esto me basta.

— Prosigo, pues : iba á Amboise con una comisión cuando he encontrado á mi enemigo : ya sabéis lo demás.

— Sí, — dijo Ernautón.

— Detenido por esta herida antes de haber cumplido dicha comisión, debo dar cuenta á la duquesa de los motivos de mi tardanza.

— Es vuestro deber.

— ¿Y tendréis la bondad de poner en sus propias manos la carta que voy á tener el honor de escribirle?

— Con tal que haya por aquí papel y tinta... — observó Carmainges levantándose para buscar dichos objetos.

— Es inútil, contestó Mayenne; — ese soldado debe tener mi cartera.

En efecto, el soldado la sacó de su bolsillo, Mayenne se volvió hacia la pared para tocar un resorte, y la cartera se abrió; escribió algunas líneas en ella con un lapicero, y la volvió á cerrar con las mismas precauciones y misterio.

Una vez cerrada la cartera, era imposible abrirla sin romperla, á no conocer el secreto del resorte mencionado.

— Caballero, — dijo el joven, — dentro de tres días estará esta cartera en poder de la duquesa.

— ¿En su propia mano?

— En propia mano de la duquesa de Montpensier.

El duque estrechó las de su valiente y generoso emisario, y fatigado por la conversación que

acababa de tener y por la carta que había escrito, cayó sobre la paja bañado en sudor.

— Caballero, — dijo el soldado de un modo que pareció á Ernautón poco en armonía con su traje, — me habéis amarrado como á un becerro; pero, que os parezca bien ó mal, miro vuestro lazo como una cadena de amistad y os lo probaré á su tiempo.

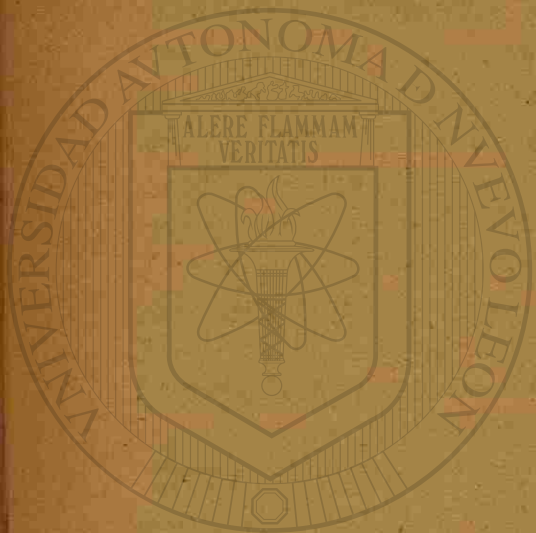
Al mismo tiempo le alargó la mano, cuya blanca había llamado ya la atención del joven.

— Sea como queréis, — dijo Carmainges sonriéndose, — ya tengo dos amigos más.

— No os burléis, caballero, — replicó el soldado; — lo mucho no daña, si es bueno.

— Habláis como un libro, camarada, — contestó Ernautón, — y partió sin perder tiempo.





XXI.

El patio de los caballos.

Ernautón partió al punto, y como había tomado el caballo del duque en reemplazo del suyo, que había dado á Roberto Briquet, caminaba con tanta rapidez que hacia la mitad del tercer día estaba ya en París.

Serían las tres de la tarde cuando entraba en el Louvre, en el cuartel de los Cuarenta y Cinco, sin que ningún acontecimiento notable hubiese señalado su regreso.

Al-verle los gascones lanzaron gritos de sorpresa. El señor de Loignac, al oír aquellos gritos, entró en el cuartel, y al ver á Ernautón frunció el ceño lo más que pudo, lo cual no impidió á Ernautón el acercarse á él con desembarazo.

El señor de Loignac le hizo seña de que le siguiese al gabinete situado al extremo del dormitorio, que era una especie de sala de audiencia en donde aquel juez pronunciaba sus sentencias sin apelación.

— ¿Conque es así como os conducís, caballero? — le dijo desde luego. — Si no me equivoco en la cuenta, hace cinco días con cinco noches que faltáis del cuartel; y ¿vos, caballero, á quien yo creía uno de los más juiciosos, sois quien da semejante ejemplo de infracción á las órdenes recibidas?

— Caballero, — contestó Ernautón inclinándose, — he hecho lo que se me ha ordenado.

— ¿Y qué os han ordenado?

— Que siguiese al señor de Mayenne, y le he seguido.

— ¿Durante cinco días y cinco noches?

— Durante cinco días y cinco noches.

— ¿Luego el duque ha salido de París?

— La misma noche, y me pareció sospechoso.

— Razón teniais. ¿Y qué más?

Ernautón refirió entonces sucintamente, pero con el calor y la energía de un hombre intrépido, la aventura del camino y todos sus resultados. Á medida que hablaba, el rostro tan móvil de Loi-

gnac reflejaba todas las impresiones que el narrador suscitaba en su alma.

Pero cuando Ernautón llegó á hablar de la carta confiada á su cuidado por el señor de Mayenne;

— ¿Y tenéis esa carta? — preguntó.

— Sí, señor.

— ¿Dialo! Esto merece alguna atención. — replicó el capitán; — os suplico que me esperéis aquí, ó más bien, venid conmigo.

Ernautón se dejó conducir y llegó detrás de Loignac al patio de los caballos del Louvre, donde se hacían los preparativos necesarios para la salida del rey, y el señor de Epernón miraba ensayar dos caballos recién llegados de Inglaterra, regalo de Isabel á Enrique III, los cuales debían ser enganchados aquel mismo día al coche del rey.

En tanto que Ernautón permanecía á la entrada del patio, se aproximó el señor de Loignac al duque de Epernón, y tirándole suavemente de la capa, le dijo:

— Noticias, señor duque, grandes noticias.

El duque se separó del grupo en que se hallaba, y se aproximó á la escalera por donde debía bajar el rey.



— Hablad, señor de Loignac, hablad.

— El señor de Carmainges acaba de llegar de la parte de Orleans. El señor de Mayenne se halla en una aldea peligrosamente herido.

El duque lanzó una exclamación, y repitió :

— ¿ Herido ?

— Y además, — continuó Loignac, — ha escrito á madama de Montpensier una carta que el señor de Carmainges tiene en su bolsillo.

— ¡ Oh ! oh ! exclamó de Epernón, — haced que venga el señor de Carmainges ; quiero hablarle ahora mismo.

Loignac obedeció, y tomando de la mano á Ernautón, que, como hemos dicho, se había quedado aparte por respeto durante el coloquio de sus jefes, dijo :

— Señor duque, aquí tenéis á vuestro viajero.

— Según parece, — dijo de Epernón, — tenéis en vuestro poder una carta del duque de Mayenne.

— Sí, monseñor.

— ¿ Eserita desde una aldea cerca de Orleans ?

— Sí, monseñor.

— ¿ Y dirigida á madama de Montpensier ?

— Sí, monseñor.

— Tened á bien entregarme esa carta, — dijo el duque alargando la mano con la tranquila negligencia de un hombre que cree no tener que hacer más que expresar su voluntad, cualquiera que ella sea, para verla puntual y exactamente obedecida.

— Perdonad, monseñor, si he comprendido mal, — contestó Carmainges, — ¿ me habéis dicho que os entregue la carta del señor de Mayenne á su hermana ?

— En efecto, eso he dicho.

— Sin duda ignoráis, señor duque, que me han confiado esta carta.

— ¿ Qué importa ?

— Importa mucho, monseñor ; he dado al señor duque mi palabra de entregar esa carta á la misma duquesa.

— ¿ Servís al rey ó al señor de Mayenne ?

— Sirvo al rey, monseñor.

— Pues bien, el rey quiere ver esa carta.

— Monseñor, vos no sois el rey.

— Creo, señor de Carmainges, que habéis olvidado á quién estáis hablando, — dijo de Epernón pálido de cólera.

— Me acuerdo muy bien, monseñor, y por eso me opongo á lo que exigís.

— ¡ Os oponéis! Creo que habéis dicho que os oponéis, señor de Carmainges.

— Eso he dicho.

— Señor de Carmainges, ¿ habéis olvidado vuestro juramento de fidelidad?

— Monseñor, no sé que haya jurado hasta ahora fidelidad más que á una sola persona, y esa persona es S. M. Si el rey me pide la carta, la tendrá, porque el rey es mi señor, pero el rey no está aquí.

— Señor de Carmainges, — dijo el duque que comenzaba á montar en cólera, mientras que Ernautón, por el contrario, parecía irse enfriando á medida que resistía, — señor de Carmainges, sois como todos los de vuestro país: ciego en la prosperidad; vuestra fortuna os deslumbra, hidalguito mío, y la posesión de un secreto de Estado os aturde.

— Lo que me aturde, señor duque, es la desgracia en que estoy próximo á caer respecto de vuestra señoría, pero no mi fortuna, que corre grande riesgo por no obedeceros; pero no importa, hago lo que debo, y nadie, excepto el rey, verá la carta que me pedís, á no ser la persona á quien viene dirigida.

El señor de Epernón hizo un ademán de terrible amenaza y dijo:

— Ahora mismo, Loignac, ahora mismo vais á llevar al calabozo al señor de Carmainges.

— Verdad es que de este modo, — dijo Carmainges sonriendo, — no podré entregar á la duquesa de Montpensier la carta de que soy portador, á lo menos mientras esté encerrado; pero si llego á salir...

— Hacéis bien en decir si llegáis á salir, — replicó de Epernón.

— Y saldré, señor, á no ser que mandéis asesinar me en el calabozo, — dijo Ernautón con una resolución que, á medida que hablaba se hacia más fría y más terrible; — sí, saldré: las paredes son menos firmes que mi voluntad. Repito, pues, que cuando salga de mi encierro...

— ¿ Qué haréis?

— Hablaré al rey y el rey me atenderá.

— ¡ Al calabozo, al calabozo! — exclamó de Epernón perdiendo todo comedimiento, llevadlo al calabozo, y que le quiten la carta.

— Nadie tocará á ella, — dijo Ernautón dando un salto hacia atrás y sacando de su pecho el librito de



memorias de Mayenne, — y haré pedazos la carta, puesto que solo á este precio puedo salvarla; el duque de Mayenne aprobará mi conducta, y S. M. me perdonará.

Y en efecto, impelido el joven por su leal resistencia, iba á separar ya en dos pedazos la preciosa cubierta, cuando una mano sujetó suavemente su brazo.

Si la presión hubiera sido violenta, indudablemente habría redoblado sus esfuerzos para aniquilar la carta; pero viendo que usaban con él de cierto comedimiento, se detuvo, y volviendo la cabeza, dijo:

— ¡El rey!

En efecto, el rey acababa de bajar la escalera de su palacio del Louvre, y parándose un instante en el último escalón pudo oír el fin de aquella plática, y entonces fué cuando su augusto brazo sujetó el de Carmainges.

— ¿Qué es eso, señores? — preguntó con esa voz á la que sabía dar cuando quería un poder soberano.

— ¿Qué ha de ser, señor, — exclamó el duque de Epernon sin tomar el trabajo de disimular la

cólera, — sino que ese hombre, uno de vuestros Cuarenta y Cinco, va á cesar de pertenecer á ellos? ¿Qué ha de ser, sino que, enviado por mi en vuestro nombre para vigilar al señor de Mayenne durante su estancia en París, le ha seguido hasta más allá de Orleans, y se ha encargado de entregar una carta suya á madama de Montpensier?

— ¿Conque el señor de Mayenne os ha dado una carta para madama de Montpensier? — preguntó el rey.

— Sí, señor, — respondió Ernautón, — pero el señor duque de Epernon no os dice en qué circunstancias.

— ¿Y dónde está esa carta? — preguntó el rey.

— Precisamente esa es la causa del conflicto, señor; el señor de Carmainges se niega rotundamente á entregármela y quiere llevarla á su destino, negativa que, según mi opinión, solo es propia de un mal servidor de V. M.

El rey miró á Carmainges. Éste hincó la rodilla en tierra, y dijo:

— Señor, soy un pobre hidalgo, hombre honrado y nada más. He salvado la vida á vuestro mensajero, á quien iban á asesinar el señor de Mayenne y

cinco de sus camaradas, porque al llegar á tiempo pude inclinar la balanza del combate en su favor.

— ¿Y durante ese combate no sucedió nada al señor de Mayenne? — preguntó el rey.

— Sí sucedió, señor; fué herido, y aun gravemente.

— ¡ Bueno! — dijo el rey. — ¿ Qué más?

— ¿ Qué más, señor?

— Sí.

— Vuestro mensajero, que parece tener motivos particulares de odio contra el señor de Mayenne...

El rey se sonrió.

— Vuestro mensajero, señor, quería acabar con su enemigo; pero yo creí que en mi presencia, es decir, en presencia de un hombre cuya espada pertenece á V. M., semejante venganza sería un asesinato político, y...

Ernautón vaciló.

— Acabad, — dijo el rey.

— Y salvé la vida del señor de Mayenne contra vuestro mensajero, como había salvado la de vuestro mensajero contra el señor de Mayenne.

El duque se enoigó de hombros, Loignae se

mordió su largo bigote, y el rey, después de un momento de silencio, dijo:

— Continúad.

— Reducido Mayenne á un solo compañero, pues los otros cuatro habían muerto; reducido, digo, á un solo compañero, no queriendo separarse de él, ignorando que yo estaba al servicio de V. M., se ha fiado de mí y me ha suplicado que lleve una carta á su hermana. Hé aquí la carta; la ofrezco á V. M., señor, para que disponga de ella como dispondría de mí. Aprecio en mucho mi honra, señor; pero desde el momento en que para tranquilizar mi conciencia cuento con la garantía de la voluntad real, hago abnegación de mi honor; está en vuestras manos.

Ernautón, que continuaba arrodillado, presentó al rey la cartera; pero éste la rechazó suavemente con la mano.

— ¿ Qué deciais, de Epernón? El señor de Carmaingés es un hombre honrado y un fiel servidor.

— ¡ Yo, señor! — exclamó de Epernón. — ¿ V. M. pregunta lo que yo decía?

— Sí; al bajar esta escalera oí pronunciar la palabra calabozo. ¡ Pardiez! Todo lo contrario: cuando se encuentra por casualidad un hombre



como el señor de Carmainges, sería preciso hablar solamente, como entre los Romanos, de coronas y de recompensas. Una carta, señor duque, es siempre del que la lleva ó de la persona á quien va dirigida.

De Epernón hizo una reverencia, no tanto en señal de asentimiento, cuanto para ocultar su enojo.

— Llevad esta carta á su destino, señor de Carmainges.

— Pero, señor, pensad en lo que puede contener esa carta, — dijo de Epernón: — no nos las echemos de delicados cuando se trata de la vida de V. M.

— Llevad vuestra carta, señor de Carmainges, — replicó el rey sin responder á su favorito.

— Gracias, señor, — dijo Carmainges retirándose.

— ¿Adónde la lleváis?

— Á madama la duquesa de Montpensier. Creo haber tenido el honor de decirlo á V. M.

— Me he explicado mal; quería decir á qué sitio. ¿Al palacio de Guisa, al de San Dionisio, ó á Bel...

Una mirada de Epernón detuvo al rey.

— No tengo instrucción alguna particular del señor de Mayenne sobre este punto; llevaré la carta

al palacio de Guisa y allí sabré dónde está madama de Montpensier.

— ¿Según eso tratáis de seguir la pista á la duquesa?

— Sí, señor.

— ¿Y si la halláis?

— Desempeñaré mi cometido.

— Eso es; ahora decidme, señor de Carmainges, — añadió el rey mirando fijamente al joven, — ¿habéis jurado ó prometido otra cosa al señor de Mayenne además de entregar esa carta á su hermana?

— No, señor.

— ¿No habéis prometido, por ejemplo, — insistió el rey, — alguna cosa como el secreto sobre el sitio en que podiais encontrar á la duquesa?

— No, señor; nada de eso he prometido.

— Os impondré, pues, una sola condición.

— Señor, soy esclavo de V. M.

— Entregaréis esa carta á madama de Montpensier, pero tan pronto como desempeñéis ese cometido, volveréis á buscarme á Vincennes, adonde iré esta tarde.

— Sí, señor.

— Y donde me daréis cuenta fiel del sitio donde halléis á la duquesa.

— V. M. puede estar seguro de que así lo haré.

— Sin más explicación ni confidencia, ¿lo entendéis?

— Señor, lo prometo.

— ¡Qué imprudencia! — exclamó el duque de Eperón. — ¡Oh! señor!

— No conoceré á los hombres, duque, ó á lo menos á ciertos hombres. Si este es leal con Mayenne, también lo será conmigo.

— Con V. M., señor, — exclamó Ernautón, — seré más que leal, seré vuestro esclavo.

— Os encargo, de Eperón, — dijo el rey, — que no arméis disputas aquí, y perdonad ahora mismo á este buen servidor lo que consideraréis como una falta de adhesión, y que yo miro como una prueba de lealtad.

— Señor, — dijo Carmainges, — el duque de Eperón es demasiado perspicaz para no haber visto en medio de mi desobediencia á sus órdenes, desobediencia cometida bien á pesar mío, cuánto le respeto y le amo, y para no haber conocido que

mi única falta consiste en haber hecho, ante todas cosas, lo que yo consideraba como mi deber.

— ¡Diablo! — dijo el duque cambiando de fisonomía con la misma movilidad que si hubiese quitado ó puesto una máscara, — hé aquí una prueba que os hace mucho honor, mi querido Carmainges, y en verdad que sois un cumplido mancebo: ¿no es así, Loignac? Pero, entretanto, le hemos dado una buena broma.

Y el duque soltó una carcajada.

Loignac se volvió por no responder; pues, aunque gascón, no se sentía con fuerzas para mentir con el descaro que su ilustre jefe.

— ¿Era por probarle? — dijo el rey en tono de duda. — Si así era, tanto mejor, de Eperón; pero no os aconsejo que hagáis esas pruebas con todos, porque habria muchos que sucumbirian á ellas.

— Tanto mejor; — repitió á su vez Carmainges; — tanto mejor, señor duque, si ha sido una prueba, pues entonces estoy seguro de no haber decaído del aprecio de monseñor.

Pero, aunque así se expresaba, el joven parecía tan poco inclinado á creer como el rey.



— Y bien; ahora que todo está terminado, señores, marchemos, — dijo Enrique.

De Epernón se inclinó.

— Vendréis conmigo, duque.

— Es decir, que voy á acompañar á V. M. á caballo, pues creo que esa es la orden que se ha dignado darme.

— Sí; ¿y quién irá á la otra portezuela? — preguntó Enrique.

— Un fiel servidor de V. M., el señor de Sainte-Maline, — dijo de Epernón observando el efecto que este nombre producía en Ernautón.

— ¡Loignac! — añadió. — Llamad al señor de Sainte-Maline.

— Señor de Carmainges, — dijo el rey comprendiendo la intención del duque de Epernón, — vais á desempeñar vuestra comisión, ¿no es así? y volveréis inmediatamente á Vincennes.

— Sí, señor.

Y Ernautón, á pesar de toda su filosofía, partió, teniéndose por muy dichoso en no presenciar el triunfo que iba á llenar de tanto gozo el corazón ambicioso de Sainte-Maline.

## XXII.

## Los siete pecados de Magdalena.

El rey había echado una ojeada sobre sus caballos, y al verlos tan vigorosos y piafadores, no quiso exponerse solo á los riesgos del viaje en coche; por lo cual, después de haber dado la razón enteramente á Carmainges, como hemos visto, hizo seña al duque para que tomase asiento en su carroza.

Loignac y Sainte-Maline se colocaron á las portezuelas, y un solo correo marchaba delante.

— Y bien; ahora que todo está terminado, señores, marchemos, — dijo Enrique.

De Epernón se inclinó.

— Vendréis conmigo, duque.

— Es decir, que voy á acompañar á V. M. á caballo, pues creo que esa es la orden que se ha dignado darme.

— Sí; ¿y quién irá á la otra portezuela? — preguntó Enrique.

— Un fiel servidor de V. M., el señor de Sainte-Maline, — dijo de Epernón observando el efecto que este nombre producía en Ernautón.

— ¡Loignac! — añadió. — Llamad al señor de Sainte-Maline.

— Señor de Carmainges, — dijo el rey comprendiendo la intención del duque de Epernón, — vais á desempeñar vuestra comisión, ¿no es así? y volveréis inmediatamente á Vincennes.

— Sí, señor.

Y Ernautón, á pesar de toda su filosofía, partió, teniéndose por muy dichoso en no presenciar el triunfo que iba á llenar de tanto gozo el corazón ambicioso de Sainte-Maline.

## XXII.

## Los siete pecados de Magdalena.

El rey había echado una ojeada sobre sus caballos, y al verlos tan vigorosos y piafadores, no quiso exponerse solo á los riesgos del viaje en coche; por lo cual, después de haber dado la razón enteramente á Carmainges, como hemos visto, hizo seña al duque para que tomase asiento en su carroza.

Loignac y Sainte-Maline se colocaron á las portezuelas, y un solo correo marchaba delante.



El duque se había instalado al vidrio de la maciza máquina, y el rey con todos sus perros sobre los almohadones del fondo.

Entre todos aquellos perros había uno predilecto, que era el que hemos visto en brazos del rey, en el balcón de la casa de Ayuntamiento el día del suplicio de Salcedo, y que tenía un cojín particular sobre el cual dormitaba blandamente.

Á la derecha del rey había una mesa, cuyos pies estaban fijos en el piso del coche, cubierta de dibujos iluminados que S. M. recortaba con maravillosa destreza, no obstante los vaivenes del coche.

La mayor parte de aquellos dibujos se reducía á estampas religiosas. Sin embargo, como en aquella época se hacía en punto á religión una mezcla bastante tolerante de las ideas paganas, no se hallaba mal representada la mitología en los dibujos religiosos del rey.

Por lo pronto, Enrique, siempre metódico, había escogido un argumento completo entre todos sus dibujos, y se ocupaba en recortar la vida de Magdalena la pecadora.

El argumento se prestaba por sí mismo á lo pin-

toresco, y la imaginación del pintor había realizado esas ventajas. Véase allí á la Magdalena, hermosa, joven y festejada; baños suntuosos, bailes y placeres de toda especie figuraban en la colección.

El artista había tenido la ingeniosa ocurrencia, como más tarde debía tenerla Callot al pintar la *Tentación de San Antonio*, de cubrir los caprichos de su buril con el manto legítimo de la autoridad eclesiástica; de suerte que cada dibujo, con el título correspondiente de los siete pecados capitales, estaba explicado por una leyenda particular.

— Magdalena sucumbe al pecado de la ira.

— Magdalena sucumbe al pecado de la gula.

— Magdalena sucumbe al pecado de la soberbia.

— Magdalena sucumbe al pecado de la lujuria.

Y así sucesivamente hasta el séptimo y último pecado capital.

El dibujo que el rey se ocupaba en recortar cuando pasaba el coche por la puerta de San Antonio, representaba á Magdalena sucumbiendo al pecado de la ira.

La bella pecadora, medio recostada sobre magníficos cojines y sin otro velo que sus hermosos cabellos dorados, con los cuales debía enjugar más

adelante los perfumados pies de Jesucristo, hacía arrojar por el lado derecho en un vivero lleno de lampreas, cuyas ávidas cabezas salían á la superficie del agua como otros tantos hocicos de serpientes, á un pobre esclavo que había roto un jarrón precioso, al paso que en el izquierdo mandaba azotar á una mujer más desnuda que ella, supuesto que tenía su mata de pelo recogida, y á la cual había impuesto aquel castigo por haber arrancado, al peinar á su ama, algunas hebras de sus preciosos cabellos, cuya profusión debiera haber hecho á Magdalena más indulgente hacia una falta tan ligera.

El fondo del cuadro ofrecía varios perros castigados por haber dejado pasar impunemente á pobres mendigos que pedían limosna, y gallos degollados por el enorme delito de haber cantado demasiado claro y muy de madrugada.

Al llegar á la Cruz Faubin, el rey había ya recorrido todas las figuras de aquel dibujo, y se disponía á proseguir su tarea con el que tenía por lema:

— Magdalena sucumbe al pecado de la gula.

Éste representaba á la bella pecadora muellemente acostada en uno de esos lechos de oro y púrpura, en que los antiguos descansaban mientras conían:

cuanto los gastrónomos romanos conocían de más delicado y exquisito en carnes, pescados y frutas, desde los lirones con miel y los barbos de Falerno hasta las langostas de Stromboli y las granadas de Sicilia, adornaba aquella mesa. Los perros se disputaban en el suelo un faisán, al paso que hacían sombra á la rica estancia pájaros de mil colores que picaban en aquella abundante mesa higos, fresas y cerezas, que dejaban caer no pocas veces sobre un enjambre de ratones, que con la boca abierta esperaban aquel maná que llovía del cielo.

Magdalena tenía en la mano, llena de un licor rubio como el topacio, una de aquellas copas de forma extraña que Petronio describe cuando refiere el festín de Trimalción.

Distraído completamente en tan importante tarea, el rey se contentó con alzar la vista al pasar por delante del priorato de los Dominicos, cuya campana tocaba á visperas.

Todas las puertas y ventanas de aquel convento estaban tan perfectamente cerradas, que á no resonar en el interior del monumento antiguo las vibraciones de la campana, nadie lo hubiera creído habitado.



Después de aquella mirada dirigida al priorato, el rey prosiguió con actividad sus recortes.

Sin embargo, un observador diestro hubiera visto que Enrique, cien pasos más allá, lanzaba otra mirada más atenta y detenida que la primera á una casa de hermosa apariencia situada en la orilla izquierda del camino, y que, construída en el centro de un vistoso jardín, ostentaba enfrente del primero un gran enverjado de hierro, cuyos remates figuraban lanzas doradas.

Aquella casa de campo se llamaba Bel-Esbat.

Todas sus puertas y ventanas estaban abiertas, formando contraste con el convento de los Dominicos, á excepci3n de una sola de las últimas, cuyo interior ocultaba una celosía.

Al mismo tiempo en que el rey pasó, la celosía retemblo con un movimiento casi imperceptible.

El rey cambi3n una mirada y una sonrisa con de Epern3n, y en seguida se puso á recortar otro pecado capital.

Era el de la lujuria.

El artista habia representado el vicio de la pecadora con tan terribles y vivos colores, habia sellado las faltas escandalosas de Magdalena con tanta

verdad, con tanto atrevimiento, con tanto empeño, que solo citaremos un rasgo del dibujo, por más que sea epis3dico.

El ángel custodio de Magdalena volaba asustado hacia el cielo cubriéndose los ojos con ambas manos.

Este dibujo, lleno de minuciosos pormenores, absorbía de tal modo la atención del rey, que proseguía contemplándolo, sin reparar en cierta vanidad que se pavoneaba al estribo izquierdo del carruaje.

Lástima grande era para Sainte-Maline, porque éste se consideraba feliz, al verse, él, segundo vástago de una familia pobre de Gascuña, á caballo, cerca del rey, y al oír la voz de S. M. el rey cristianísimo, que decía á su perro favorito :

— ¡ Quieto, quieto, Amor! que ya me estás incomodando.

Ó al señor de Epern3n, coronel-general de la infantería del reino :

— Duque, se me figura que estos caballos van á hacernos volcar y desnuearnos.

De vez en cuando, no obstante, y á fin de reprimir su propio orgullo, miraba Sainte-Maline á

Loignac que marchaba muy serio al otro estribo, y á quien la costumbre de aquel honor le hacía mirarlo con indiferencia: y conociendo que su oficial parecía mucho mejor, con su tranquilo continente y su aire modesto y verdaderamente militar, que él con todos los humos de matón que descubría, trató de moderarse, pero en vano, pues al punto volvía su vanidad á ser juguete de sus locos pensamientos.

— Todos me ven, todos me miran, — murmuraba, — y todos se preguntan: ¿Quién es ese venturoso caballero que acompaña al rey?

Al paso que caminaba el coche y que de ningún modo justificaba los temores del rey, debía durar mucho tiempo la felicidad de Sainte-Maline, porque los caballos de la reina Isabel, abrumados con el peso de sus ricos arneses cuajados de plata y profundamente guarnecidos y aprisionados por tirantes parecidos á los del arca de David, avanzaban muy poco á poco en la dirección de Vincennes.

Pero cuanto más orgulloso se mostraba nuestro joven, cierta cosa, como un aviso del cielo, llegó á disminuir su contento y á tornar su dicha en tris-

teza profunda: acababa de oír al rey pronunciar el nombre de Ernautón.

Durante dos ó tres minutos repitió el rey dos ó tres veces el mismo nombre, y ciertamente era curioso el ver á Sainte-Maline inclinarse hacia el coche para pescar al vuelo la solución de aquel enigma.

Pero, como suele acontecer en todas las cosas interesantes, el enigma quedaba interrumpido por un incidente inesperado ó por un ruido cualquiera.

El rey lanzaba una exclamación arrancada por el disgusto que le ocasionaba el haber dado en algún sitio del dibujo tal cual tijeretazo poco diestro, ó por alguna nueva orden terminante comunicada con toda la ternura posible al inquieto Amor, para impedir su exagerada, pero visible pretensión de meter tanto alboroto como un perro dogo.

El hecho es que desde París á Vincennes el rey pronunció seis veces, por la parte más corta, el nombre de Ernautón, y cuatro, lo menos, el duque, sin que Sainte-Maline hubiese podido comprender el objeto de aquellas diez repeticiones.

Se figuró, porque á todos nos gusta engañarnos, que únicamente se trataba de que tal vez quería



conocer el rey los motivos de la desaparición de Carmainges, y que sin duda el señor de Epernón, para distraerle durante el camino, le refería aquellos motivos verdaderos ó falsos.

Por fin llegaron á Vincennes, pero todavía quedaban al rey tres pecados por recortar, de modo que pretextando que quería proseguir su importante ocupación, se encerró en su aposento no bien bajó del coche.

Soplaba un viento sumamente frío, y ya Sainte-Maline trataba de acomodarse al lado de una gran chimenea, junto á la cual pensaba calentarse y dormir, cuando Loignac le tocó en el hombro.

— Hoy estáis de servicio, — le dijo con el tono imponente que solo pertenece al hombre que, después de haber obedecido largo tiempo, sabe hacerse obedecer cuando debe mandar. — Dormiréis por consiguiente otro día, pero ahora levantaos, señor de Sainte-Maline.

— Velaré quince días consecutivos si es menester, — respondió éste.

— Siento mucho no tener otra persona de quien echar mano por esta noche, — añadió Loignac haciendo como que buscaba á su alrededor.

— Caballero, — repuso Sainte-Maline, — es inútil que os dirijáis á otro, porque si es preciso no dormiré en un mes.

— No seré tan exigente como todo eso ; tranquilizaos.

— ¿ Qué debo hacer ahora ?

— Montar á caballo y volver á París.

— Estoy pronto, pues he metido el caballo ensillado en la cuadra.

— Bien : iréis en derechura al cuartel de los Cuarenta y Cinco.

— Está bien.

— Despertaréis á todos, pero os conduciréis de tal modo, que, á excepción de los tres jefes que voy á designaros, nadie sepa adónde se va, ni de lo que se trata.

— Obedeceré fielmente vuestras primeras instrucciones.

— Hé aquí las otras :

Dejaréis catorce hombres en la puerta de San Antonio.

Colocaréis otros quince á medio camino.

Volveréis á Vincennes con los catorce restantes.

— Dadlo ya por hecho, señor de Loignac; pero ¿á qué hora debemos salir de París?

— Al anochecer.

— ¿A pie ó á caballo?

— Á caballo.

— ¿Con qué armas?

— Con todas, á saber: dagas, espadas y pistolas.

— ¿También con corazas?

— Sí.

— ¿Qué más tenéis que prevenirme?

— Hé aquí tres pliegos cerrados; uno para el señor de Chalabre, otro para el señor de Birán y otro para vos. El señor de Chalabre mandará la primera partida, al señor de Birán la segunda y vos la tercera.

— Está muy bien.

— Nadie abrirá su pliego hasta que se halle en su puesto, y al dar las seis. El señor de Chalabre abrirá el suyo en la puerta de San Antonio: el señor de Birán en la Cruz-Faubin, y vos en la puerta de Danjou.

— ¿Hay que venir pronto?

— Con toda la velocidad de vuestros caballos,

pero sin inspirar sospechas ni llamar la atención. Para salir de París cada uno tomará una puerta diferente: el señor de Chalabre la puerta Bourdelle, el señor de Birán la del Temple, y vos, que tenéis que andar más, tomaréis el camino recto, es decir, la puerta de San Antonio.

— Bien, señor.

— Las demás instrucciones están en esos tres pliegos. Podéis retiraros.

Sainte-Maline saludó é hizo un movimiento para salir.

— Á propósito, — replicó Loignac, — desde aquí hasta la Cruz-Faubin caminad tan ligero como queráis; pero desde la Cruz-Faubin á la barrera id al paso. Es más tiempo del que necesitáis.

— Perfectamente, señor.

— ¿Habéis comprendido bien, ó queréis que os repita la orden?

— Es inútil.

— Buen viaje, señor de Sainte-Maline.

Y salió Loignac metiendo ruido con sus espuelas.

— Catorce en la primera partida, quince en la segunda y otros quince en la tercera, es evidente



que no se cuenta con Ernautón, y que ya no forma parte de los Cuarenta y Cinco.

Sainte-Maline, henchido de orgullo, desempeñó su cometido con exactitud, si bien dándose la mayor importancia posible.

Media hora después de su partida de Vincennes, y cumplidas al pie de la letra todas las instrucciones de Loignac, atravesaba la barrera, y al cabo de un cuarto de hora se hallaba en el cuartel de los Cuarenta y Cinco.

La mayor parte de estos señores saboreaban ya desde sus aposentos el vapor de la cena que humeaba en las cocinas respectivas de sus amas de gobierno.

Así, la noble Lardilla de Chaventrade había preparado un plato de carnero con zanahorias y muchas especias, es decir, á la moda de Gascuña, plato suculento al que Militor, por su parte, prestaba su poderoso apoyo, esto es, pinchaba de vez en cuando con un tenedor de hierro para probar el grado de cocción de la carne y de las legumbres.

Pertinaz de Monterabeau, auxiliado de aquel eríado singular de quien se dejaba tutear sin tutearle, ejercía para una escuadra á escote sus propios

talentos culinarios. El rancho fundado por este hába administrador reunía á ocho asociados, cada uno de los cuales contribuía con seis sueldos por comida.

El señor de Chalabre no comía jamás ostensiblemente, de modo que cualquiera podía tenerle por un ser mitológico, colocado por la naturaleza fuera de todas las necesidades; y si algo hacia dudar de su naturaleza divina era su falta de carnes.

Miraba almorzar, comer y cenar á sus compañeros, como un gato orgulloso que no quiere mendigar, pero que, no obstante, tiene hambre, y que para apagar su hambre se lame los bigotes. Justo es, sin embargo, decir que cuando se lo ofrecían, y se lo ofrecían pocas veces, rehusaba diciendo que tenía los últimos bocados en la boca, y los bocados no eran jamás menos que perdices, faisanes, cogujadas, pasteles de gallo silvestre y pescados finos, todo esto rociado, por supuesto, profusamente con exquisitos vinos de España, del Archipiélago, de los añejos y secos, como Málaga, Chipre y Siracusa.

Como se ve, toda aquella sociedad disponía á su antojo del dinero de S. M. Enrique III.

Por lo demás, se podía juzgar del carácter de cada uno por el aspecto que presentaba su ridículo apo-

sento. Los unos eran apasionados á las flores y cultivaban en un cacharro esportillado sobre su ventana algún mezquino rosal ó alguna escabiosa amarillenta. Otros tenían, como el rey, afición á las estampas, sin poseer su habilidad en recortarlas; otros en fin, como verdaderos canónigos, habían introducido en la casa el ama ó la sobrina.

El prudente de Eperón había dicho en voz baja á Loignac que, no habitando los Cuarenta y Cinco el interior del Louvre, debía hacer la vista gorda sobre todo esto, y Loignac hacía la vista gorda.

Sin embargo, cuando sonaba la corneta, toda aquella gente se convertía en soldados y esclavos de una disciplina rigurosa, montaban á caballo y se hallaban dispuestos á todo.

En invierno se acostaban á las ocho, en verano á las diez, pero quince solamente dormían, otros quince no dormían más que con un ojo, y los demás de ninguna manera.

Como no eran más que las cinco y media de la tarde, Sainte-Maline halló á toda su gente en pie y en la disposición más gastronómica del mundo; pero con una sola palabra derribó todas las escudillas.

— Á caballo, señores, — dijo.

Y dejando á toda la sociedad de mártires entregada á la confusión de aquella maniobra, explicó la orden á los señores de Birán y de Chalabre.

Los unos, abrochándose sus cinturones y poniéndose sus corozas, engulleron algunos bocados humedecidos con un gran trago de vino: y los otros, cuya comida estaba menos avanzada, se armaron con resignación. Solo el señor de Chalabre, ajustándose su cinturón, aseguraba que hacía más de una hora que había comido.

Tocóse llamada, y solo se presentaron cuarenta y cuatro comprendido Sainte-Maline.

— Falta el señor Ernautón de Carmainges, — dijo el señor de Chalabre, á quien había tocado el turno de ejercer las funciones de furriel.

Una alegría profunda llenó el corazón de Sainte-Maline, alegría que refluyó á sus labios, los cuales gesticularon una sonrisa, cosa rara en aquel hombre de temperamento tético y envidioso.

En efecto, á juicio de Sainte-Maline, Ernautón se perdía irremisiblemente con aquella ausencia injustificable en los momentos de una expedición de tanta importancia.

Partieron, pues, los Cuarenta y Cinco, ó más bien



los cuarenta y cuatro, cada pelotón por el camino que le estaba indicado, esto es: el señor de Chalabre con trece hombres por la puerta Bourdelle.

El señor de Birán con catorce por la puerta del Temple.

Y, en fin, Sainte-Maline con otros catorce por la puerta de San Antonio.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

## TABLA

de los títulos contenidos en el tomo segundo.

	Pág.
I..... El Priorato de los Dominicos . . . . .	5
II..... Los dos Amigos . . . . .	17
III.... El Almuerzo . . . . .	31
IV.... El hermano Borromeo . . . . .	31
V..... La Lección . . . . .	67
VI.... La Penitente . . . . .	81
VII... La Emboscada . . . . .	99
VIII... Los Guisas. . . . .	119
IX..... En el Louvre . . . . .	129
X..... La Revelación. . . . .	159
XI.... Los dos Amigos . . . . .	155
XII.... Sainte-Maline. . . . .	137
XIII... El señor de Loignac dirige una alocución á los Cuarenta y Cinco . . . . .	181

	Pág.
XIV.... Los Vecinos de Paris . . . . .	204
XV..... Fray Borromeo . . . . .	219
XVI.... Chicot Latino. . . . .	231
XVII... Los Cuatro Vientos . . . . .	243
XVIII.. Como Chicot continuó su viaje, y de lo que le aconteció . . . . .	259
XIX... Tercera jornada . . . . .	275
XX... Ernaúton de Carmaingos . . . . .	289
XXI... El Pátio de los Caballos. . . . .	303
XXII.. Los siete Pecados de Magdalena . . . . .	321

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA  
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA  
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA